

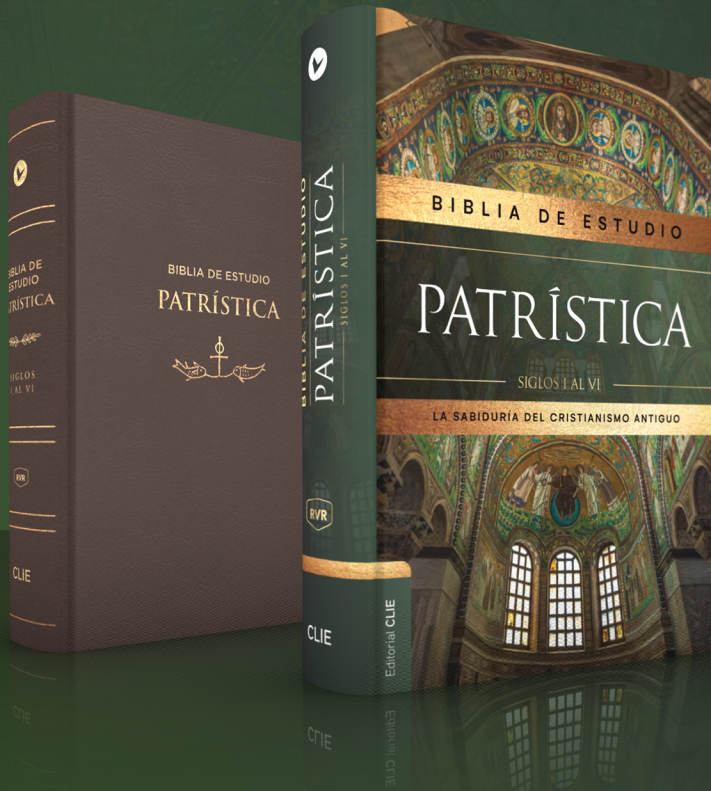
LETRA EXCLUSIVA
FÁCIL DE LEER
**Comfort
Print®**



BIBLIA DE ESTUDIO PATRÍSTICA

LA SABIDURÍA DEL CRISTIANISMO ANTIGUO

SIGLOS I AL VI



A LAS FUENTES DEL CRISTIANISMO

 Editorial **CLIE**
desde 1924

 HarperCollins Christian Publishing

www.clie.es

PRÓLOGO

...

CRISTOCÉNTRISMO de la EXÉGESIS de los Padres de la Iglesia



Fabituados como estamos a la exégesis histórico-gramatical de la Biblia, nos puede sorprender y, hasta cierto punto molestar/escandalizar, la hermenéutica practicada por los Padres de la Iglesia, que es abiertamente espiritual y alegórica en muchos casos, especialmente en lo que respecta a la lectura e interpretación del Antiguo Testamento, y que según nuestros criterios modernos parece en muchos casos sacada fuera de contexto. Desde nuestro actual punto de vista, el método de los Padres presenta ciertos límites que no se pueden negar. Ellos no conocían ni podían conocer los recursos de orden filológico, histórico, arqueológico, ni temáticas de investigación, de documentación que están a disposición de la exégesis moderna, y por lo tanto, una parte de su trabajo exegético puede considerarse caduco. O dicho tajantemente por uno de sus opositores: «La exégesis patristica es acritica y por eso irrelevante para el lector moderno de la Biblia».

Sin embargo, y a pesar de estas descalificaciones, un gran número de eruditos coincide en afirmar que los méritos de los Padres para una mejor comprensión de la Biblia son incalculables y superan con mucho los inconvenientes. Los Padres permanecen para nosotros como verdaderos maestros gracias a «una especie de suave intuición de las cosas celestiales, y a una admirable penetración del espíritu, gracias a las cuales van más adelante en la profundidad de la palabra divina».

Lo primero que debemos tener en cuenta es que los Padres leían la Escritura en referencia a Cristo. Este es el criterio fundamental y esencial de su hermenéutica. En la lectura de la Biblia, los Padres no hacen más que proseguir la línea iniciada por Jesús y por los apóstoles, de modo que el rechazo radical de la exégesis de los Padres significaría un rechazo de la exégesis de Jesús mismo y de los apóstoles. Todos ellos comparten una y la misma convicción: «Toda la Sagrada Escritura es un solo libro y este libro es Jesucristo», por tanto, Cristo se encuentra en el centro de toda la Sagrada Escritura, desde el Génesis hasta el Apocalipsis.

Este principio cristocéntrico no está reñido con una exégesis que sea a la vez crítica, filológica, respetuosa de los modernos métodos filológicos e históricos, pero exige que esa exégesis también esté abierta a la profundidad del texto que va más allá de la letra, tal y como como desarrollaron los Padres de la Iglesia, con excesos, a veces, pero con indudables aciertos.

No existe para el exégeta cristiano otro camino que este que sea fiel a la enseñanza apostólica tal como se registra en el Nuevo Testamento: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que *dan testimonio de mí*... No penséis que yo voy a

acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque *de mí escribió él*. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?» (Jn 5:39, 45-47). Lo mismo viene a decir Lucas, cuando el Jesús resucitado se acerca a dos discípulos en el camino a Emaús, afligidos por lo que acaba de ocurrir en Jerusalén, y les reprende con estas palabras: «¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían» (Lc 24:25-27).

Desde esta perspectiva se puede decir que el mismo Cristo que es la «luz del mundo», lo es también de las Escrituras. «El esplendor de la venida de Cristo ilumina la ley de Moisés con el resplandor de la verdad; quitado el velo que cubría su letra, pone al descubierto ante todos los creyentes los bienes que permanecían ocultos» (Orígenes, *De principiis*). Desde el primer día los apóstoles anuncian el Evangelio recurriendo a las Escrituras para mostrar a sus conciudadanos que todo lo que ellos predicaban es «conforme a las Escrituras», pues «los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A estos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles» (1 Pe 1:10-12).

A esta enseñanza apostólica se atuvieron los Padres de la Iglesia, y la pusieron en práctica en su lectura e interpretación del Antiguo Testamento. «El Antiguo Testamento está lleno de profecías acerca del Señor», dice Teodoreto de Ciro. Y no solo de profecías, sino de imágenes, figuras y tipos de Cristo. Esto explica el interés de los Padres de la Iglesia por ver a Cristo en todos y cada uno de los libros del Antiguo Testamento, realizando una lectura espiritual o alegórica, a veces extrema, pero siempre dentro de los límites del *testimonio de Cristo*, del principio de que Cristo está presente en ella, como sombra y prefiguración de su realidad histórica y salvífica. La exégesis de los Padres, nos recuerda que la Escritura, según la percepción apostólica de la misma, tiene otras dimensiones que van más allá de la pura letra, de modo que, obligados como estamos a estudiar y ejercitar la exégesis histórico-crítica conforme a las herramientas que han puesto a nuestra disposición las ciencias bíblicas, una vez realizada esta tarea, y mientras la hacemos, no olvidemos la dimensión complementaria de su sentido espiritual, teológico, que tiene a Cristo por referente. Quedarnos en el nivel filológico o histórico sería un grave perjuicio para la fe y la comprensión más plena de la misma Escritura cuyo mensaje se pretende comprender. Adquirir la inteligencia o comprensión más auténtica de la Escritura es propiamente el objetivo de la exégesis bíblica; debe buscar penetrar siempre mejor en el *sentido* de los textos, sentido que está y permanece presente en los textos, pero parcialmente oculto, implícito, por lo que se debe buscar también más allá de las formulaciones explícitas. «No basta estudiar, como suele decirse, “el texto como texto”. Interpretar quiere decir trascender los límites de las expresiones, explicitar lo implícito, revelar la vida profunda de los textos» (Ignace de la Potterie). Los Padres pueden enseñar a los exegetas modernos, y al cristiano en general, un acercamiento verdaderamente teológico a la Sagrada Escritura, como también una interpretación que se atiene constantemente al criterio del testimonio de Cristo, que es «la inteligencia interna»; el «sentido interior» del texto bíblico (Gregorio Magno).

Los Padres en general son unánimes en un punto fundamental aprendido de la doctrina apostólica: hay que leer las Escrituras en referencia a Cristo y a la Iglesia. La parte más censurable de su exégesis que a nosotros nos toca mejorar es en haber creído que podían aplicar este criterio a cada palabra de la Biblia, de manera muy a menudo fantástica, empujando el simbolismo a excesos que hoy nos son impracticables. Como disculpa podemos decir que los Padres de la Iglesia no escribieron comentarios bíblicos propiamente dichos hasta bien entrado el siglo tercero, lo que explica que su estilo sea más pedagógico y doctrinal que exegetico. Durante esos primeros siglos, los autores cristianos se limitan a citar textos bíblicos por su semejanza de tema o palabras, produciendo verdaderas cadenas de textos sin apenas atención al contexto o tiempo, práctica que ha llegado hasta nuestro siglo en aquellas personas que toman la Biblia como una cantera o conjunto de proposiciones dictadas por Dios, las cuales basta con extraerlas mediante asociación de ideas o palabras similares para llegar a su sentido.

Mucho antes de poseer su propia Biblia, los cristianos se valieron de la Biblia del pueblo judío. Pero los cristianos no la leían del mismo modo que los judíos; los cristianos la leían a la luz de la obra de Dios en la persona de Jesucristo. Así pues, como nos recuerda el profesor Marcelo Merino, «la Escritura nunca ejerció sobre los cristianos una autoridad tan fuerte como ejercía la Torah sobre

los judíos. Cristo sería la autoridad máxima para los cristianos». Por eso es muy importante tomar conciencia de que los cristianos nunca fueron seguidores de un libro, sino de una Persona, «piedra angular» de la iglesia (2:20), de la que da testimonio la Escritura judía: «La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la *pedra* principal del ángulo» (Sal 118:22; cf. Is 28:16; Zc 10:14; Lc 20:17; 1 Pd 2:6). Cristo es en todos los sentidos el fundamento de la fe (1 Co 3:11), el centro de la historia de salvación, el criterio de verdad en toda discusión. Todo está a él referido y subordinado, hasta las mismas Sagradas Escrituras. Se puede decir que las «profecías se acabarán, y cesarán las lenguas» (1 Co 13:8), pero cuando venga el Perfecto, las Escrituras, en cuanto condicionadas a mantener viva la memoria de Jesús, entonces se extinguirán como débiles llamas ante la presencia del Sol de justicia y verdad. Agustín lo expresó de un modo muy acertado al escribir: «Cuando llegue, pues, nuestro Señor Jesucristo... no habrá necesidad de lámparas, ni se nos leerán los profetas, ni se abrirán las cartas del Apóstol, ni iremos en busca del testimonio de Juan, ni necesitaremos siquiera del Evangelio mismo. Desaparecerán, pues, todas las Escrituras, que, como lámparas, estaban encendidas en la noche de este siglo con el fin de no dejarnos en tinieblas».

Otra característica de la hermenéutica practicada por los Padres de la Iglesia es la libertad con la que los textos son leídos e interrogados. Constantemente hacen preguntas al texto en busca de una explicación que no aparece a primera vista en la superficie de la letra, o que está en contradicción con otros. No están atados, prisioneros del texto, de la letra, sino que en el espíritu del Evangelio buscan un sentido más pleno y racional en el contexto de la fe y de la tradición doctrinal de la Iglesia, moviéndose así en lo que hoy se llama «círculo hermenéutico». Pero lo verdaderamente llamativo es esa manera de dialogar, no tanto con el texto, como con el autor último del texto, es decir, con Dios, en un espíritu de congenialidad y confianza, mediante el cual el lector e intérprete se pone en disposición de ser enseñado en el coloquio que establece en el interior de su espíritu con el Espíritu sin fuerza ni violencia, según el espíritu de adopción por el que el hijo se interesa por las cosas de su Padre y solicita ser instruido. La interpretación de la Escritura presupone no sólo una cierta preparación académica, sino una congenialidad espiritual capaz de estar en sintonía con el texto y espíritu del mismo, respetando su literalismo pero yendo más allá del mismo cuando las circunstancias lo requieren. El texto inspirado no se puede quedar dentro de una urna de cristal como un objeto sagrado intocable, un documento más venerado que comprendido, sino que es inspirador al mismo tiempo, abriendo nuevos campos de entendimiento en cada momento, actualizando así su contenido en el marco de la fe: «El que investiga la palabra divina ponga todo su empeño en llegar a lo que quiso decir el autor, por quien el Espíritu Santo compuso aquella Escritura; ya lo consiga, o ya obtenga otro sentido de aquellas palabras que no se oponga a la pureza de la fe, teniendo un testimonio de cualquier otro lugar de la divina Escritura» (Agustín, *De doctrina cristiana*, III, 27, 38).

Todos los que hemos intervenido en la redacción y edición de esta *Biblia de estudio de Patrística* hemos procedido con máxima responsabilidad respecto a los autores aquí convocados y los lectores que quizás se acercan por vez primera a la obra de los Padres de la Iglesia. En todo momento hemos sido respetuosos con los textos patrísticos confiando que el lector haga el esfuerzo de entendimiento y el ejercicio de superar la distancia temporal y mental que nos separa de ellos participando como participamos de una misma fe y mismo deseo de ser enseñados por Dios mediante su Palabra y esa larga lista de testigos que han reflexionado sobre la misma.

Esperamos y deseamos que esta obra sirva de ayuda al lector para entrar en el rico mundo de los Padres de la Iglesia y reciban de ellos la iluminación necesaria, el estímulo oportuno para leer la Biblia con provecho y plenitud de sentido.

Alfonso Roper Berzosa

... 7 GRUPOS ...

PADRES

de la iglesia

01

APOSTÓLICOS

- CLEMENTE DE ROMA
- IGNACIO DE ANTIOQUÍA
- HERMAS



02

APOLOGISTAS

- JUSTINO
- IRENEO DE LYON
- TERTULIANO



07

HISPANOS

- PRISCILIANO
- PRUDENCIO
- IDACIO DE CHAVES
- ISIDORO DE SEVILLA



06

CAPADOCIOS

- BASILIO DE CESAREA
- GREGORIO NACIANCENO
- GREGORIO DE NISA

03

ALEJANDRINOS

- CLEMENTE
- ORÍGENES
- ATANASIO
- CIRILO
- DÍDIMO EL CIEGO
- EVAGRIO PÓNTICO
- DIONISIO



04

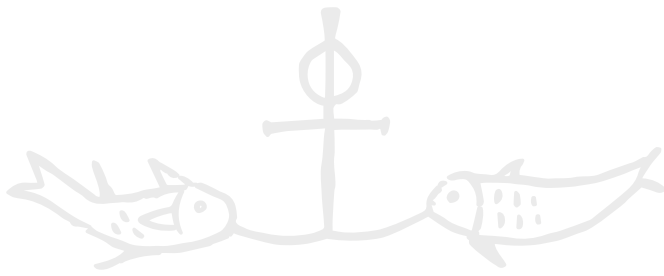
LATINOS

- MARCIÓN DE SÍNOPE
- HIPÓLITO
- CIPRIANO
- MARIO VICTORINO
- HILARIO DE POITIERS
- ZENÓN DE VERONA
- PELAGIO
- SEVERINO BOECIO
- CASIODORO
- AMBROSIO
- JERÓNIMO
- AGUSTÍN DE HIPONA
- GREGORIO MAGNO
- DIONISIO DE ROMA
- DÁMASO
- LEÓN MAGNO

05

SIRIOS

- EUSEBIO DE CESAREA
- EVDOXIO DE CONSTANTINOPLA
- MARCELO DE ANCIRA
- CIRILO DE JERUSALÉN
- APOLINAR DE LAODICEA
- DIODORO DE TARSO
- EPIFANIO DE SALAMINA
- JUAN CRISÓSTOMO
- TEODORO DE MOPSVESTIA
- NESTORIO
- TEODORETO DE CIRO
- EFRÉN EL SIRIO



PRIMERA EPÍSTOLA UNIVERSAL DEL APÓSTOL

SAN JUAN¹


La palabra de vida


CAPÍTULO 1

Lo que era desde el principio², lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos³, lo que hemos contemplado⁴, y palparon nuestras manos⁵ acerca del Verbo de vida⁶.

2 (porque la vida fue manifestada⁷, y la hemos visto⁸, y testificamos⁹, y os anunciamos¹⁰ la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y nos fue manifestada¹¹);

3 lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos¹² también; para que también vosotros tengáis


1  **Ocasión del comentario.** [N.E. AGUSTÍN de Hipona predicó estas homilias probablemente en la semana de Pascua del año 407. Eligió este texto biblico porque está a tono con la alegría de las fechas pascales y porque pensó que le sería posible acabar su comentario en esa semana. Así, aunque interrumpía la exposición del evangelio de san Juan que tenía entre manos, seguía con el apóstol Juan. La razón principal, sin embargo, era que en esta carta «tan dulce para quienes tienen sano el paladar del corazón en el que se saborea el pan de Dios y tan célebre en la santa Iglesia de Dios» se encarece sobre todo el amor. De hecho, muchas cosas dice en ella y casi todas referidas al amor (cf. AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, prol.)]

2  **Principio.** Según algunos, *el que era desde el principio* equivale a *Yo soy el que soy* (Ex 3:14), y es razonable aplicar *el era* solo al Verbo de Dios que dispone que exista cuanto existe. Solo el Salvador, participando del cual vienen al ser todas las cosas, es lo que es. Cabe otra interpretación: por medio de la ley y de los profetas oímos que había de venir *el que era desde el principio*, lo vimos con los ojos cuando vino y, palpándolo en el escrutinio de las Escrituras, que daban testimonio de él, creímos lo referente al Verbo de la vida (DÍDIMO, *In I. ep. Iohannis enarratio*, PG 39,1775-1776).

Ese Verbo, hecho carne para que la tocasen con las manos, comenzó a ser carne en el seno de la virgen María; pero no empezó entonces a ser Verbo pues, según san Juan, *existía desde el principio*. Ved que la carta testifica a favor de su evangelio, en el que oísteis hace poco: *En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios* (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 1,1)

El bienaventurado apóstol Juan escribió esta epístola sobre la fe y el amor perfectos, alabando la piedad de quienes perseveraban unidos a la Iglesia y, más aún, poniendo de manifiesto la impiedad de quienes, con su delirante enseñanza, turbaban la paz de la Iglesia, sobre

todo la impiedad de Cerinto y la de Marción, quienes pretendían que Cristo no existió antes de María, pensando en los cuales escribió Juan también su evangelio. Si en el evangelio afirma con palabras propias y del Señor que el Hijo es consustancial con el Padre, en la epístola saca a la luz con palabras personales lo que aprendió del Señor y refuta con autoridad apostólica la necedad de los herejes (BEDA, *In I. epistolam Iohannis*, PL 93,85).

3  **Ojos.** La Vida misma se ha manifestado en la carne, al aparecer perceptible por los sentidos a fin de que una realidad que solo se puede ver con el corazón se viera también con los ojos, con el objetivo de sanar los corazones. En efecto, al Verbo se lo percibe solo con el corazón, mientras que a la carne se la ve también con los ojos del cuerpo. Teníamos ojos para ver la carne, pero no para ver al Verbo. Por eso *el Verbo se hizo carne* que nos fuera posible ver, para sanar en nosotros lo que nos capacita para ver al Verbo (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 1,1).

Al indicar que refiere no solo lo que oyó, sino también lo que oyó de Cristo el Señor, inspira confianza en lo que anuncia, confirmando a su vez que vio cosas que, conforme a su evangelio, no comenzaron en el tiempo sino que permanecieron sin interrupción en la eternidad. Sostiene que Dios es la Luz verdadera y que, si alguien quisiera lograr conocerla, debe vivir en una conciencia luminosa, porque no puede darse que alguien que se halle en el error tenebroso pueda llenarse de su santa luz (CASIODORO, *Complexiones* PL 70, 1569-1570).

Ya en el inicio de la epístola san Juan proclama a la vez la divinidad y la humanidad verdadera de nuestro Señor Jesucristo. En efecto, el Hijo de Dios existió desde el principio, pero los discípulos lo oyeron y lo vieron con sus ojos cuando se hizo presente como hombre, como explica más extensamente en su evangelio (cf. Jn 1:1-14) (BEDA, *In I. epistolam Iohannis*, PL 93,85).

comuni3n con nosotros; y nuestra comuni3n verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo 14.

4 Os escribimos estas cosas para que vuestro gozo sea completo 15.

Dios es luz

5 Y este es el mensaje que hemos oído de él 16, y os anunciamos: Dios es luz 17, y no hay ningunas tinieblas en él 18.

4 **Contemplado.** Los verbos «ver» y «contemplar» indican respectivamente la percepci3n sensible y la intelectual a que se refiere Mt 5:8. Pero Juan no mantiene siempre la distinción, como muestra Jn 14,9 (**DÍDIMO**, *In l. ep. loannis enarratio*, PG 39,1776-1777).

Los discípulos no solo vieron al Señor con sus ojos corpóreos, como los demás; también contemplaron con los ojos del espíritu a aquel cuyo poder divino veían. Sobre todo los que lo vieron transfigurado en la montaña, uno de los cuales era Juan (**BEDA**, *In l. epistolam loannis*, PL 93,85).

5 **Manos.** Muchos piensan que el autor de la epístola se refiere al momento posterior a la resurrección. Aunque solo Tomás lo palpó, él representaba a todos, dado que Jesús había hablado en plural: «Palpadme y ved» (Lc 24:39) (**DÍDIMO**, *In l. ep. loannis enarratio*, PG 39,1775-1776).

6 **Vida.** Con la muerte del cuerpo, los sentidos perecen, de modo que nadie percibe nada por su cuerpo: ni ve, ni oye, ni huele, ni gusta, ni toca. Lo mismo sucede cuando el alma pierde los sentidos espirituales: ni ve a Dios, ni oye la Palabra de Dios, ni percibe el suave olor de Cristo, ni gusta la buena Palabra de Dios, ni sus manos palpan el Verbo de Vida. Con razón se habla de muertos (**ORÍGENES**, *Comm. in epist. ad Romanos* 4,5,10: SC 539,246).

Es el mismo cuerpo de Cristo que fue tocado con las manos (**AGUSTÍN**, *In ep. loannis ad Parthos*, 1,1).

7 El apóstol abate la locura de los maniqueos que niegan que el Señor tomara carne verdadera. De ella no podían dudar los apóstoles, disponiendo de la prueba de la vista y del tacto. De modo especial Juan que, acostumbrando a reposar en su pecho durante la cena, disponía de tanta más libertad para tocarlo cuanto más lo tenía. Incluso después de resucitar de entre los muertos, sus manos tocaron lo que habían conocido de palabra en relación con el Verbo de vida (cf. Lc 24:39), esto es, que había recuperado su carne verdadera, aunque incorruptible. Con razón dice *palparon nuestras manos en relación con el Verbo de vida*, porque, cuando pudieron comprobar con sus manos la verdad de la resurrección de su carne, tuvieron mayor certeza de que él es el Verbo de Vida, es decir, Dios verdadero. Algo que también Tomás confesó cuando se le ordenó a él en concreto que lo palpara (**BEDA**, *In l. epistolam loannis*, PL 93,85-86).

7 **Manifestada.** Se manifestó en la carne, al hacerse perceptible a los sentidos, para que una realidad que solo es visible al corazón se hiciese visible también a los ojos para sanar los corazones (**AGUSTÍN**, *In ep. loannis ad Parthos*, 1,1).

Se trata de la vida de que el apóstol habla en el evangelio (cf. Jn 11:25), manifestada en la carne y avalada con milagros divinos. De esa Vida darían testimonio a la posteridad con indiscutible veracidad los discípulos presentes que la vieron cuando manifestó con signos su gloria y creyeron en él (cf. Jn 2:11). Y dado que el apóstol Juan atestigua –junto con sus compañeros– que él vio la Vida que se había manifestado, queden confundidos el hereje Apeles y sus seguidores. Él pretende que la misma Vida –el Señor Salvador– no se manifestó verdaderamente al

mundo como Dios, sino solo en apariencia de hombre (**BEDA**, *In l. epistolam loannis*, PL 93,86).

8 **Visto.** *La hemos visto –dice– y somos testigos.* ¿Dónde la vieron? En su manifestación. ¿Qué significa «en su manifestación»? En el sol, es decir, en esta luz visible. Pero ¿cómo se pudo ver a la luz del sol a quien hizo el sol, sino porque puso su tienda a la luz del sol y, como esposo que sale de su tálamo, saltó de gozo como un gigante dispuesto a recorrer el camino? (Sal 19:5)... El tálamo de dicho esposo fue el seno de la virgen puesto que en aquel seno virginal se unieron los dos, el esposo y la esposa, el esposo que es el Verbo y la esposa que es la carne. Efectivamente está escrito: *Y serán dos en una sola carne* (Gén 2:24; Mt 19:6). Isaías, de forma magistral, recuerda que esos dos son una sola cosa, pues hablando en nombre de Cristo dice: *Como a esposa me impuso la corona y como a esposa me adornó con joyas* (Is 61:10). Parece que es uno solo el que habla y se hizo a la vez esposo y esposa, puesto que no son dos, sino una sola carne, dado que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. A esa carne se une la Iglesia y se constituye el Cristo entero, cabeza y cuerpo (**AGUSTÍN**, *In ep. loannis ad Parthos*, 1,2).


9 **Testificamos.** Con ese testimonio los apóstoles se hacen mejores a sí mismos. Sirvan como ejemplo los atletas de la piedad, llamados mártires o testigos que se honraron a sí mismos porque al ser martirizados no habían añadido nada a la verdad (**DÍDIMO**, *In l. ep. loannis enarratio*, PG 39,1777).

La hemos visto y somos testigos. En efecto, ellos dieron testimonio de lo que vieron y de lo que oyeron de quienes la vieron. Solo que, como ese mismo testimonio desagradaba a los hombres contra los que se profería, padecieron cuanto padecieron los mártires. Los mártires son testigos de Dios. Dios quiso tener a hombres por testigos, para que también los hombres tengan por testigo a Dios (**AGUSTÍN**, *In ep. loannis ad Parthos*, 1,2).


10 **Anunciamos.** El objetivo es que piensen de Dios lo mismo que piensan ellos (**DÍDIMO**, *In l. ep. loannis enarratio*, PG 39,1777).


11 **Manifestada.** Esto es, en medio de nosotros (**AGUSTÍN**, *In ep. loannis ad Parthos*, 1,2).

12 **Anunciamos.** Los apóstoles vieron al Señor en persona, presente en la carne, y oyeron las palabras salidas de su boca y nos las anunciaron. También nosotros hemos oído, pero no hemos visto. Según esto, ¿somos menos afortunados que quienes vieron y oyeron? ... Recordad al discípulo que lo palpó y exclamó: *Señor mío y Dios mío*. Tras tocarlo como hombre, lo confesó como Dios. Y el Señor, para consolarnos a nosotros que ya no tenemos la posibilidad de tocarlo con las manos –una vez sentado ya en el cielo–, pero sí de tocarlo con la fe, le dice: *Porque has visto has creído; bienaventurados los que no ven y creen* (Jn 20:28). Somos nosotros los descritos, nosotros los indicados. Hágase, pues, realidad en nosotros la bienaventuranza que el Señor predijo había de llegar. Mantengamos con firmeza lo que aún no vemos, puesto que lo anunciamos los que lo vieron (**AGUSTÍN**, *In ep. loannis ad Parthos*, 1,3).


13  **Comunión.** Los apóstoles lo vieron, nosotros no y, sin embargo, estamos en comunión con ellos, porque tenemos en común con ellos la fe. En efecto, uno de ellos, a pesar de estar viéndole, no creyó y quiso tocarlo para así creer. Estas fueron sus palabras: *No creeré a no ser que introduzca mis dedos en el lugar de los clavos y toque sus cicatrices* (Jn 20:25). Y quién se ofrece siempre a la mirada de los ángeles para que lo vean, se ofreció en aquella ocasión a las manos de los hombres para que lo palpasen (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*. 1,3).


Estamos en comunión con ellos, porque tenemos en común la fe (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*. 1,3).

14  **Jesucristo.** El apóstol Juan manifiesta claramente que quienes desean estar en comunión con Dios primero han de integrarse en la comunión eclesial, y conocer la fe e imbuirse de los misterios que los discípulos percibieron de la misma Verdad que vivía en la carne. Los que creen por la enseñanza de los apóstoles no pertenecen menos a Dios que quienes creían por la predicación del Señor en el mundo. Lo que los discierne es, al menos, la calidad de las obras de la fe. Al pedir el Hijo al Padre la comunión para los discípulos (cf. Jn 17:11, 20-21) alude a la comunión que tienen el Padre y el Hijo (**BEDA**, *In I. epistolam Ioannis*, PL 93,86-87).

15  **Gozo.** El gozo completo está en la comunión misma, en la caridad misma, en la unidad misma (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*. 1,3).


El gozo de los maestros se hace pleno cuando, con su predicación, llevan a muchos a la comunión de la santa Iglesia y a la comunión con aquel por quien se robustece y crece la Iglesia: la comunión de Dios Padre y su Hijo Jesucristo (cf. Fil 2:2) (**BEDA**, *In I. epistolam Ioannis*, PL 93,87).

16  **De él.** Con esta afirmación el bienaventurado Juan muestra la excelencia de la pureza divina que se nos manda imitar (cf. Lev 19:2). Al mismo tiempo, muestra la insensatez de la enseñanza maniquea, según la cual la naturaleza divina fue derrotada y quedó corrompida en un combate contra el Príncipe de las tinieblas (**BEDA**, *In I. epistolam Ioannis*, PL 93,87).


17  **Luz.** El Salvador es llamado simplemente *luz* y en su primera epístola católica el mismo Juan dice que Dios es *luz*. Por ello, alguien puede pensar que se ha indicado que, en cuanto a su ser, el Padre no difiere del Hijo; pero otro, estudiando la cuestión con mayor diligencia y expresándose con más precisión, podrá decir que la luz que brilla en las tinieblas sin ser apresada por ellas (cf. Jn 1:5) no se identifica con la luz en que no se halla tiniebla alguna. En efecto, la luz que brilla en las tinieblas está de alguna manera cercana a las tinieblas y, perseguida por ellas y sufriendo -si se puede hablar así- emboscadas, no es apresada por ellas. Pero la luz en que no se halla ninguna tiniebla, no brilla en medio de ellas y ellas no la persiguen en absoluto. No se la puede, pues, presentar como victoriosa, por el hecho de que no sea apresada por tinieblas que la persigieran (**ORIGENES**, *Comm. in Ioannem* 2,149-159: SC 120,304-306; 2,162-163: SC 120,316).


Dios es nombrado *luz* utilizando una metáfora que pasa de la luz corpórea a la luz invisible e incorpórea, pues se le designa así por su capacidad para iluminar los ojos inteligibles; se le llama también *fuego que consume* (Heb 12:29), porque se le concibe en conformidad con el fuego corpóreo, capaz de consumir una materia igualmente corpórea (**ORIGENES**, *Comm. in Ioannem* 13,139 SC 222,104; *In Hieremiae homiliae*.2,3: SC 232,246).


Dios es luz, y la luz más excelsa. No obstante parecerenos tan brillante, toda nuestra luz en un tenue flujo, un débil resplandor que llega hasta aquí abajo, Pero, mira: Dios pisotea nuestra oscuridad y *ha puesto las tinieblas como su escondite* (Sal 18:11), poniéndolo entre él y nosotros, igual que en otro tiempo también Moisés puso el velo entre él mismo y el endurecimiento de Israel. Por esto nuestra naturaleza entenebrecida no ve fácilmente la belleza oculta -y que el hombre apenas merece ver- para así evitar que, si se alcanza fácilmente, fácilmente se pierda también, por la facilidad que hay para adquirirla. Es preciso que nuestra luz tome contacto con la Luz que siempre impulsa hacia las alturas por el deseo; es preciso que nuestro espíritu, una vez purificado, se acerque a la pureza absoluta y que una parte de ella se le manifieste ahora y el resto más tarde, en recompensa de la virtud -del impulso desde aquí abajo hacia una pureza absoluta- o más bien, de su asemejarse a ella (**GREGORIO NACIENCENO**, *Oratio* 32,15: SC318, 116).

 La vida entera es momento apto para amar a Dios y momento apto para sufrir la hostilidad del adversario. Quien durante un breve momento de su vida se exilia del amor que tiene a Dios, se exilia totalmente de aquel de cuyo amor se ha separado; y quien se ha exiliado de Dios se ha exiliado necesariamente de la *luz*, puesto que *Dios es luz*, y se ha exiliado también de la vida, de la incorruptibilidad, de todo pensamiento conceptual y de toda acción orientada hacia el bien, pues Dios es todo esto (**GREGORIO DE NISA**, *In Ecclesiasten homilia* 8,2: SC 4516,408).

Dios es luz inteligible, eterna, pues ninguna realidad sensible permanece por siempre (**DÍDIMO**, *In I. ep. Ioannis enarratio*, PG 39,1777).

18  **En él.** En Dios no hay tinieblas de ninguna clase: ni las de la ignorancia (cf. Dan 2:22; 13:12), ni las de la maldad (cf. 1 Cor 1:9; Jn 7:18; Rom 9:14). La luz que es Dios no se compeadece con la ignorancia de las realidades inteligibles (2 Cor 6:14). Cabe que con «tinieblas» el apóstol indique también aquí la oscuridad del ser de Dios en cuanto incomprendible. Pero esa oscuridad existe en nosotros, no en él (**DÍDIMO**, *In I. ep. Ioannis enarratio*, PG 39, 1777-1778).

 Pues en nosotros somos tinieblas pero, iluminados por ella, podemos ser luz; entonces ella no nos avergonzará porque nos avergonzaremos nosotros mismos. ¿Quién es el que se avergüenza a sí mismo? Quien se reconoce pecador. ¿A quién no avergüenza ella? A quien ella ilumina. ¿En qué consiste ser iluminado por ella? Quien ve ya que los pecados lo envuelven en tinieblas y desea ser iluminado por ella, se acerca a ella. Por eso dice el Salmo: *Acercaos a él y quedáis iluminados y vuestros rostros no se cubrirán de vergüenza* (Sal 34:5). Pero ella no te cubrirá de vergüenza si, cuando te descubra tu fealdad, esa misma fealdad te desagrade para percibir su belleza. Esto es lo que quiere enseñar (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*. 1,4).


 Y el que no está en Dios no está en la luz, porque *Dios es luz, y en Él no hay tinieblas* (1 Jn 1:5). Y ¿qué tiene de extraño que no vea la luz, es decir, no vea a Dios el que no vive en la luz, dado que está en tinieblas? Puedes conocer al hermano de vista, a Dios no. Si amases con amor espiritual al que ves en humana apariencia, verías a Dios, que es amor, como es dado verlo con la mirada interior. Quien no ama al hermano, que ve, ¿cómo amaré a Dios, a quien no ve, pues es amor, del que está privado el que no ama al hermano? Y no debe preocuparnos cuánto debe ser la intensidad del amor a Dios y del amor al hermano. A Dios hemos de amarlo incomparablemen-


6 Si decimos que tenemos comunión con él ¹⁹, y andamos en tinieblas ²⁰, mentimos, y no practicamos la verdad ²¹;
7 pero si andamos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros ²², y la


sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado ²³.

8 Si decimos que no tenemos pecado ²⁴, nos engañamos a nosotros mismos ²⁵, y la verdad ²⁶ no está en nosotros ²⁷.


te más que a nosotros mismos; al hermano, como nos amamos a nosotros; y cuanto más amemos a Dios, más nos amamos a nosotros mismos. Con un mismo amor de caridad amamos a Dios y al prójimo, pero a Dios lo amamos por Dios, a nosotros y al prójimo por Dios (AGUSTÍN, *De trinitate*, 8,12).

19  **Con él.** Nosotros no podemos conocer a Dios si no es viendo a nuestro Maestro y percibiendo el sonido de su voz con nuestros propios oídos. En efecto, si imitamos sus acciones y ejecutamos sus palabras, tenemos comunión con él y, por eso mismo, somos creados nuevamente, recibimos de él – que es perfecto desde antes de la creación– el crecimiento; de él –único bueno y excelente–, la semejanza con él mismo; de él –poseedor de la incorruptibilidad–, el don de ella misma. Y todo ello después de haber sido, primero, predestinados a existir –según la prescencia del Padre– cuando no existíamos aún; y, luego hechos en los tiempos, pero conocidos de antemano –según el ministerio del Verbo (cf. Ef. 1:11)– (IRENEO, *Adversus haereses* 5,1:1: SC 153,16-18).

20  **Tinieblas.** Habla de tinieblas, pecados y herejías. Por tanto, para alcanzar la salvación de ninguna manera basta la sola confesión de la fe, pues ha de tener el aval de las buenas obras. Pero tampoco aprovechan las obras buenas sin una fe sencilla y sin el amor. En efecto, quien –aunque sea parcialmente– está envuelto en tinieblas no está capacitado para mantenerse en comunión con aquel en quien no hay iniquidad alguna (cf. 2 Cor 6:14) (BEDA, *In l. epistolam iohannis*, PL 93,87).


20  **Tinieblas.** Como Dios es luz sin comunión con las tinieblas, tampoco está en comunión con ellas quien está iluminado por la luz de Dios y camina en la luz (Jn 12,35-36; 8,12) (DÍDIMO, *In l. ep. iohannis enarratio*, PG 39,1778).


Si Dios es luz y en él no hay tinieblas y debemos estar en comunión con él, tenemos que expulsar de nosotros las tinieblas, para que se produzca en nosotros la luz, pues las tinieblas no pueden entrar en comunión con la luz, como sostiene también Pablo (cf. 2 Cor 6:14)... Por una parte, tú afirmas estar en comunión con Dios, pero caminas en tinieblas; por otra parte, *Dios es luz y en él no hay tinieblas*; ¿cómo entonces están en comunión la luz y las tinieblas? Es el momento de que el hombre se interrogue: «¿qué he de hacer, cómo puedo llegar a ser luz? Vivo envuelto en pecados y maldades». Parece que se le filtra cierta desesperación y tristeza... ¿Qué hacemos, entonces, hermanos míos? Hay que estar en comunión con Dios, pues, de lo contrario, no cabe esperanza alguna de vida eterna... Las maldades nos oprimen y así no podemos estar en comunión con Dios. ¿Qué esperanza nos queda?... Escucha lo que viene a continuación: *Y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpiará de todo pecado* (AGUSTÍN, *In ep. iohannis ad Parthos*, 1,5).

21  **Verdad.** Quien, caminando en las tinieblas por su pecado, dice que tiene comunión con Dios, que participa de él y que su mente no está en tinieblas, miente porque no practica la verdad (DÍDIMO, *In l. ep. iohannis enarratio*, PG 39, 1779).


No afirmemos que estamos en comunión con Dios si caminamos en tinieblas. Caminemos en la luz como tam-

bién Él está en la luz para que podamos estar en comunión con Él. ¿Pero qué hacemos con nuestros pecados? Escucha lo que viene a continuación: *Y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpiará de todo pecado*. Gran seguridad nos ha dado Dios (AGUSTÍN, *In ep. iohannis ad Parthos*, 1,5).

22  **Con otros.** Las palabras son precisas. De Dios dice está en la luz, y de nosotros, que debemos caminar en la luz. Los justos caminan en la luz cuando, puestos al servicio de las obras virtuosas, progresan en el bien. De la santidad de Dios al que se dice: *Tú eres siempre el mismo* (cf. Sal 102:27) se señala con razón que está en la luz, porque al existir siempre en la plenitud de la bondad, no halla en qué progresar. A los fieles, en cambio, se les ordena que caminen en la luz (Ef 5:8). El fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad. Dios es siempre bueno, sin progresar en nada, justo y verdadero. Presenta una señal clara de que progresamos en el camino de la luz: hallar gozo en el vínculo de la comunión fraterna, condición para llegar juntos a la luz verdadera. Pero ni siquiera cuando se comprueba que realizamos las obras de la luz y se advierte que mantenemos inviolados los derechos del amor mutuo debemos pensar que nuestro progreso o diligencia nos garantiza estar limpios de todo pecado (BEDA, *In l. epistolam iohannis*, PL 93,87).

23  **Todo pecado.** Gran seguridad nos ha dado Dios. Con razón celebramos la Pascua, circunstancia en que se derramó la sangre del Señor que nos limpia de todo pecado –los anteriores y los posteriores al bautismo–. Estemos tranquilos (AGUSTÍN, *In ep. iohannis ad Parthos*, 1,5).


De forma maravillosa dice Juan hablando del Señor: *Y la sangre de Jesús, su Hijo*. Ciertamente el Hijo de Dios no pudo tener sangre en su naturaleza divina, pero como el mismo Hijo de Dios se hizo hijo del hombre debido a la unidad de su persona, con razón habla de la sangre del Hijo de Dios, para demostrar que –al asumir un cuerpo verdadero–, derramó por nosotros sangre verdadera. Al mismo tiempo refuta a los herejes que niegan que el Hijo de Dios asumiera verdadera carne, o que el Señor Jesús haya padecido verdaderamente la pasión en la carne que asumió (cf. Hch 20:28) (BEDA, *In l. epistolam iohannis*, PL 93,87-88).


24  **Tenemos pecado.** Esto solo pudo decirlo el libre entre los muertos (Sal 88:5), nadie más; solo pudo decirse del único que no había conocido pecado (2 Cor 5:21), de nadie más, pues lo experimentó todo como nosotros, menos el pecado (Heb 4:15). Nadie más pudo decir: *He aquí que vendrá el jefe del mundo y nada hallará en mí* (Jn 14:30). Nadie más está absolutamente sin pecado, aun siendo justo... ¿Quién osará decir que vivimos aquí sin pecado, sino el soberbio, sino el indigno de la misericordia del Salvador, sino quien quiere engañarse a sí mismo y en el cual no está la verdad? (AGUSTÍN, *In lo. eu. tractatus* 40,9:10; 56,4).


Ved cómo el mismo Juan mantiene la humildad. Sin duda era varón grande y justo quien bebía en el pecho del Señor los secretos de los misterios; él, que bebiendo en el pecho del Señor, regurgitó la divinidad (cf. Jn 1:1); él, varón tan cualificado, no dijo: «Tenéis un abogado ante el Padre», sino: *Si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre*. No dijo «tenéis», ni «me tenéis a mí», ni «tenéis al mismo Cristo», sino que puso a Cristo, no a sí mismo; dijo *tenemos*, no «tenéis». Para tener a Cristo como abogado,


9 Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo ²⁸ para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos ²⁹ de toda iniquidad ³⁰.

prefirió incluirse en el número de los pecadores antes que proponerse a sí mismo como abogado en lugar de Cristo y hallarse entre los orgullosos destinados a la condenación. También Juan se reconoce pecador al decir *tenemos* en vez de «tenéis» (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 1,8).

25  **Mismos.** Para que ningún hombre, al que había prescrito caminar siempre en la luz del corazón, pueda pensar que se halla sin pecado, Juan advierte que no hay nadie que no pueda delinquir en algo, y que más bien se hace merecedor de aprobación quien sabe reconocer sus pecados ante el Señor, en la medida en que perdonándonos nuestros delitos, nos purifica con su amor paterno. En efecto, si nos consideramos carentes de culpa, haremos mentiroso a quien dijo que Dios había encerrado a todos en el pecado para compadecerse de todos (cf. Rom 11:32). A quienes han pecado por la fragilidad de la carne, les aconseja asimismo que acudan de inmediato a la satisfacción de Cristo el Señor que intercede continuamente por nosotros, pues quien dice que permanece en él debe caminar como se sabe que también él caminó (**CASIODORO**, *Complexiones* PL 70,1370- 1371)


26  **Verdad.** Si te reconoces pecador, se halla en ti la verdad, pues la verdad misma es luz. Aún no ha resplandecido de forma plena tu vida, porque en ella hay pecados; sin embargo, ya comienzas a ser iluminado, dado que existe el reconocimiento de los pecados. Mira cómo sigue: *Porque si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y purificarlos de toda maldad.* No solo de la pasada, sino también de la que tal vez hemos contraído como consecuencia de hallarnos en esta vida; porque mientras el hombre carga con la carne no puede carecer de pecados, al menos leves. Pero no desprecies estos pecados que consideramos leves. Si los desprecias atendiendo a su peso, asístate considerando su número. Muchas cosas menudas hacen una mole grande; muchas gotas llenan un río, muchos granos hacen un muelo. Y ¿qué esperanza hay? Ante todo, el reconocimiento del pecado, evitando así que alguien se considere justo y levante su cerviz el hombre que no existía y que existe ante los ojos de Dios que ve lo que es. Comience, pues, el reconocimiento del pecado y siga el amor. Porque ¿qué se ha dicho del amor? *El amor cubre la multitud de los pecados.* Si te reconoces pecador, mora en ti la verdad, pues la verdad misma es luz (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 1,6).


27  Tú –Petiliano, obispo donatista–, que no quieres que los fieles rueguen por el obispo, advierte que rogaban por el Apóstol (cf. Col 4:3). ¿Ves qué diabólico orgullo se encierra aquí? Rogaban por el Apóstol para que anunciase como es debido el misterio de Cristo. Por tanto, si vuestras comunidades fueran piadosas, debiste haberlas exhortado a rogar por ti, para que no hablaras como no conviene. ¿O eres tú más justo que Juan evangelista que dice: *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros* (**AGUSTÍN**, *C. litt. Petiliani* 2,241).


27  **Nosotros.** Ni siquiera los que se adhieren al magisterio divino pueden estar sin pecado, como lo testimonia Juan cuando escribe: *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.* El Espíritu ha venido sobre los hombres en forma de fuego y se ha manifestado sobre el Señor en forma de paloma por este motivo: como el Señor en su bondad tolera con mansedumbre nuestros pecados,


10 Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso ³¹, y su palabra no está en nosotros ³².


así nosotros debemos considerarlos con el celo de la rectitud y consumirlos sin cesar mediante el ardor de la penitencia. El Espíritu se ha manifestado bajo forma de paloma sobre el Redentor y bajo forma de fuego sobre los hombres, porque nuestra debilidad debe inflamarse contra ella misma tanto más cuanto que nuestro juez ha templado su severidad para con nosotros (**REGORIO MAGNO**, *In evangelia homilia* 30,6: SC 522,238).


31  Esta afirmación refuta la herejía de Pelagio que defendía que todos los niños nacen sin pecado y que en esta vida los elegidos solo cabe que hagan progresos, viviendo sin pecado. Pero según el profeta (Sal 50,7) no podemos estar sin pecado en este mundo los que venimos a él con la culpa (original). Pero la sangre de Jesucristo, Hijo de Dios, nos purifica de todo pecado de modo que, por ello, nuestras deudas no nos tienen como sometidos a la potestad de nuestro enemigo. La razón es que el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, pagó por nosotros de forma gratuita una deuda que no era suya. Quien con su inmerecida muerte pagó por nosotros, nos libró de la muerte que merecíamos (**BEDA**, *In l. epistolam Ioannis*, PL 93,88).

28  **Justo.** Al no poder estar en esta vida sin pecado, nuestro primer motivo de esperanza es la confesión: no considerarnos justos y no levantar la propia cerviz en presencia de Dios. El segundo motivo es el amor, porque él cubre multitud de pecados (1 P 4:8). De ahí que, en la continuación de esta epístola se nos recomiende y alabe tanto el amor. De forma bella indica que debemos rogar por los pecados e impetrar la indulgencia de Dios cuando rogamos. Por ello dice también que Dios es fiel para perdonar los pecados, pues mantiene la fidelidad a su promesa. En efecto, el que nos enseñó a orar por nuestros pecados y deudas, nos prometió su misericordia paterna, a la que seguiría el perdón. Afirma que él es justo también porque perdona justamente cuando se da la verdadera confesión (**BEDA**, *In l. epistolam Ioannis*, PL 93,88).

29  **Limpiarnos.** El Apóstol te quita una seguridad dañina –creer que los pecados quedan impunes– y te infunde un temor provechoso. Quiéres tener una seguridad dañina, llénate de preocupación. Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, si siempre estás a disgusto contigo mismo y vas cambiando hasta alcanzar la perfección (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 1,7).

30  **Iniquidad.** En esta vida perdona a los elegidos los pecados cotidianos y leves, sin los que no pueden vivir en la tierra; tras la muerte los limpia de toda iniquidad, introduciéndolos en aquella vida en la que ni querrán ni tendrán capacidad de pecar. Ahora modera las mayores tentaciones a los que oran, para que no sean vencidos; temple las menores para que no sufran daño; luego las limpiará todas para evitar que los bienaventurados posean alguna iniquidad en el reino eterno (**BEDA**, *In l. epistolam Ioannis*, PL 93,88).

31  **Mentiroso.** Si dices que no tienes pecado haces mentiroso a Dios al querer pasar tú por veraz. ¿Cómo puede darse que Dios sea mendaz y el hombre veraz, si lo contradice la Escritura: *Todo hombre es mentiroso, solo Dios es veraz?* (Rom 3:4). Dios, pues, es veraz por sí mismo, tú lo eres por Dios, dado que por ti mismo eres mentiroso (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 1,6).

32  **Nosotros.** El Señor mismo sirviéndose de un hombre lleno de su Espíritu decía: *Sobre la tierra no hay*

*Cristo,
nuestro abogado*

CAPÍTULO 2

Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis; y si alguno peca, abogado tenemos³³ para con el Padre, a


Jesucristo el justo³⁴.


2 Y él es la propiciación por nuestros pecados³⁵; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo³⁶.

3 Y en esto sabemos que hemos llegado a conocerle³⁷; si guardamos sus mandamientos³⁸.


4 El que dice: Yo he llegado a conocerle, y no guar-

ni un justo que obre el bien y no peque (Ecl 7:20). Pero también él en persona enseñó que no podemos estar libres de delitos, al mandarnos orar así: *Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden* (Mt 6:12). Nadie, pues, ha de creer –siguiendo a Pelagio– que puede vivir libre de pecados, viendo que los apóstoles, conforme a la enseñanza del Señor, oraban por sus delitos. Pero está escrito también que *el justo cae siete veces al día y se levanta* (Prov 24:16). Es, por tanto, imposible que un santo cualquiera no caiga alguna vez en pecados de poco relieve, sean de palabra, de pensamiento, por ignorancia, por olvido, por necesidad, por voluntad o por sustracción. Por ello no dejan de ser justos, habida cuenta de la rapidez con que se levantan con la ayuda de Dios (BEDA, *In l. epistolam Ioannis*, PL 93,88-89).

33  **Tenemos.** La Escritura considera abogados tanto al Espíritu Santo como a Jesucristo. El evangelista Juan llama al Espíritu Santo «Paráclito» que quiere decir «abogado» (Jn 14:16, 17) y, refiriéndose a Jesucristo, él mismo dice que es *abogado ante el Padre* a causa de nuestros pecados (ORIGENES, *Comm. in Cant. canticorum* 3,112: SC 375, 498; cf. también *In Numeros homilia* 8,1,9: SC 415,216).

34  **Justo.** Si, tal vez, se os ha infiltrado el pecado como resultado de la vida humana, ¿qué sucederá? ¿Qué hacer? ¿Entrará ya la desesperación? ... Escucha: *Pero si alguien peca, tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo, el justo, y Él es víctima de propiciación de nuestros pecados.* Él es, pues, abogado. Pon empeño en no pecar. Pero si se te infiltra el pecado, como resultado de la debilidad de la vida, préstale atención al instante, desagradete de inmediato, condénalo sin dilación. Y una vez que lo hayas condenado, llegarás confiado ante el juez. Allí tienes un abogado; no temas perder tu causa por reconocerte pecador. Pues, si alguna que otra vez en esta vida el hombre se confía a una lengua elocuente y así evita perecer, ¿vas a perecer tú que te confías al Verbo? Grita: *Tenemos un abogado ante el Padre* (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 1,7).


Advierte cómo Juan mismo mantiene la humildad que enseña; era, sin duda, varón justo y grande, que bebía los misterios ocultos en el pecho del Señor. No dijo: «Me tenéis como abogado ante el Padre», sino *tenemos como abogado...* Prefirió incluirse en el número de los pecadores para tener a Cristo como abogado antes que presentarse como abogado en lugar de Cristo y hallarse entre los orgullosos dignos de condena. [...] En efecto, un abogado justo no acepta asumir causas contrarias a la justicia. ¿Quién entonces nos defenderá en el juicio si nosotros ahora nos reconocemos y acusamos de ser injustos? ¿Por qué no va a ser justo quien ya se ensañó con su injusticia con las lágrimas? (BEDA, *In l. ep. Ioannis*, PL 93, 9-90).

35  **Pecados.** Este pasaje muestra que no solo Pablo ha empleado la palabra propiciación referida a Cristo. En un único y mismo sentido, ambos apóstoles –Juan y Pablo– llaman a Cristo propiciatorio, o propiciación o, como se halla más a menudo en los manuscritos latinos: *víctima propiciatoria*. Poco importa que lo escrito sea víctima


propiciatoria o propiciación o, incluso, súplica, puesto que los manuscritos griegos emplean siempre la misma palabra. A no ser que a algunos les parezca que la propiciación es la sustancia divina misma. Entonces habría que comprenderlo en el sentido de que es víctima propiciatoria cuando cumple sus designios en medio de los hombres (ORIGENES, *Comm. in ep. ad Romanos* 3,5,14: SC 539,140; cf. también *Comm. in Ioannem* 1,240 SC 120,178).


Esta intercesión de Jesucristo (cf. Heb 7:25) no significa, como suele ser el caso para el común de los mortales, reclamar venganza –habría en ello una cierta inferioridad–, sino intervenir (cf. 2 Cor 5:20) en función de mediador. Es lo mismo que cuando se afirma también del Espíritu que intercede en nuestro favor (Rom 8:26), pues único es Dios, único también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo (1 Tim 2:5). (GREGORIO NACIANCENO, *Oratio* 30,14: SC 250, 256).

Quien mantuvo esta verdad no dio origen a herejía o cisma alguno. ¿De dónde, pues, provienen los cismas? Del hecho de que hay hombres –el predicador se refiere a los donatistas– que dicen: «Nosotros somos justos»; del hecho de que hay hombres que dicen: «Nosotros santificamos a los impuros, nosotros justificamos a los impíos, nosotros pedimos, nosotros obtenemos». En cambio, ¿qué dijo Juan? *Pero, si alguno peca, tenemos un abogado ante el padre, Jesucristo, el justo.* (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 1,8).

36  **Mundo.** Así indica que la Iglesia está extendida por todo el mundo y que no hay que seguir a los cismáticos donatistas, que justifican falsamente su rotura –esta sí verdadera– de la unidad. Establécete en la montaña que llenó el orbe de la tierra, puesto que Cristo es *la víctima de propiciación por nuestros pecados y no sólo por los nuestros, sino por todos los del mundo* que adquirió con su sangre (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 1,8). Todo el mundo es Iglesia y el mundo entero aborrece a la Iglesia. Por tanto, el mundo aborrece al mundo; el mundo enemigo al mundo reconciliado, el condenado al salvado, el ensuciado al limpiado (*ib.* 87,2).

Con tales palabras rechaza el cisma donatista que sostenía que la Iglesia de Cristo se reducía al interior de las fronteras del África romana. (BEDA, *In l. ep. Ioannis*, PL 93,90).


37  **Conocerle.** «Conocer» en la Escritura no siempre apunta a un conocimiento teórico, sino a una experiencia o a una comunión (cf. Lc 13:27). No conocer el pecado significa no haberlo cometido. Dios conoce los pecados porque tiene conocimiento de ellos en sí mismo (DÍDIMO, *In l. ep. Ioannis enarratio*, PG 39,1179).


38  **Mandamientos.** A Dios lo conoce quien está unido y adherido a él y guarda sus mandamientos. Miente quien afirma que tiene a Dios, pero no los guarda. Tener conocimiento de Dios exige liberarse de maldades y pasiones que impiden su cumplimiento (DÍDIMO, *In l. ep. Ioannis enarratio*, PG 39, 1780).


da sus mandamientos, es un mentiroso ³⁹, y la verdad no está en él; 5 pero el que guarda su palabra ⁴⁰, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado ⁴¹; en esto conocemos que estamos en él ⁴². 6 El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo ⁴³.


El nuevo mandamiento

7 Hermanos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo ⁴⁴ que teníais desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio. 8 Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo ⁴⁵, que es verdadero en él y en vosotros, porque


39  **Mentiroso.** Debemos reconocer la verdad de nuestra fe volviendo los ojos a nuestra vida. Pues somos en verdad creyentes si cumplimos con nuestras obras lo que hemos prometido con nuestras palabras. El día de nuestro bautismo prometimos renunciar a todas las obras y fastos del antiguo enemigo. Que cada uno entre en sí mismo para examinarse. Si observa después del bautismo todo lo que prometió antes, entonces, seguro de ser fiel, regocíjese. Pero ved que no ha mantenido su promesa, si se ha dejado arrastrar a obrar mal, a desear los fastos del mundo. Veamos si sabe llorar su error. Pues, ante el juez misericordioso, quien, incluso después de haber mentido, vuelve a la verdad, no será considerado mentiroso. Dios todopoderoso, aceptando de buen grado nuestra penitencia, oculta personalmente nuestro error mediante su juicio (**GREGORIO MAGNO**, *In evangelia homilia* 29,3: SC 522,204).


40  **Palabra.** Que es el amor lo que hace guardar sus mandamientos lo prueba Jn 14:15-23; a su vez, Jn 14:21 prueba que quien lo ama guarda sus mandamientos (**DIDIMO**, *In l. ep. iohannis enarratio*, PG 39, 1780).

41  **Perfeccionado.** Llama amor perfecto a aquel del que nadie podrá ser separado por algún mal o engaño (**DIDIMO**, *In l. ep. iohannis enarratio*, PG 39,1781).

 El amor perfecto consiste en amar a los enemigos (cf. Jn 13:34), mirando a que se conviertan en hermanos, y lleguen a entrar en comunión contigo, pues así amó Cristo (cf. Lc 23:34; Mt 5:48). El amor no debe ser «carnal» (**AGUSTÍN**, *In ep. iohannis ad Parthos*, 1,9).


Conoce a Dios quien acredita que posee su amor guardando sus mandamientos. Conocer a Dios es amarlo. Pues quien no lo ama, manifiesta ciertamente que ignora cuán amable es. Y quien no se cuida de agradarle en su presencia con una incesante mirada, no ha aprendido a gustar y ver cuán suave y dulce es el Señor (cf. Sal 33:9) (**BEDA**, *In l. ep. iohannis*, PL 93,90).


42  **En él.** Lo conocemos en la oración fervorosa que incluye a los enemigos, como lo hizo él mismo (cf. Lc 23:34). Lo conocemos también en el soportar con ánimo valeroso todas las adversidades del mundo, y tolerar de buen ánimo las burlas y las afrentas, como también indicó él (cf. Lc 9:23) (**BEDA**, *In l. ep. iohannis*, PL 93,90).

43  **Anduvo.** Reinen otros, sean otros los que poseen riquezas, los que alcanzan gloria; nosotros, en cambio, somos desdichados en esta vida para ser felices después. Sigamos a nuestro Señor Jesucristo. *Quien dice que cree en Cristo debe andar como él anduvo.* Cristo, el Hijo de Dios no vino para ser servido, sino para servir (Mt 20:28); no vino para mandar, sino para ser mandado; no vino para que le lavaran los pies, sino para lavar los pies a sus discípulos; no vino para abatir, sino para ser abatido; no dio bofetadas, sino que las recibió; no crucificó, sino que fue crucificado; no causó la muerte a nadie, sino que fue él mismo quien la padeció; fue pobre para enriquecernos a nosotros; por nosotros encajó los golpes, para que nosotros no sufriéramos dolor por ser azotados.

Quando se nos golpea, pongamos la otra mejilla, ofrezcamos la espalda, imitemos a Cristo. Quien es abatido imita a Cristo; quien abate imita al Anticristo (**JERÓNIMO**, *Tractatus in librum Psalorum* 1,16: CCSL,xxx).

No nos exhorta a caminar sobre el mar como lo hizo él, sino a avanzar por el camino de la justicia. ¿Cuál es? Aun clavado en la cruz, caminaba por ese mismo camino, el camino del amor: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc 23:34). (**AGUSTÍN**, *Sermo* 16 A,10).

44  **Antiguo.** Cabe entender por *mandamiento antiguo* el dado en Deut 6:5 (*amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo*). Pero, en este caso, ¿cómo podían haberlo oído los destinatarios de la epístola que eran gentiles? (cf. 1 Jn 5:21). También puede significar el afecto natural con que los hombres, en cuanto animales sociales y mansos, aman a su prójimos (cf. Mt. 7:12). En este sentido, se considera *antiguo* no en razón del tiempo o porque suceda a otros, sino porque, debido precisamente a su antigüedad, no es la primera vez que se recibe. En el mismo sentido se habla del *Anciano de días* (Dan 7:9-13). No todos los mandamientos antiguos fueron provisionales, pues algunos permanecen siempre (**DIDIMO**, *In l. ep. iohannis enarratio*, PG 39,1781-1782).

45  **Nuevo.** Para nosotros que la comprendemos y la explicamos en espíritu y en la línea del evangelio, la Ley es siempre nueva; los dos Testamentos son para nosotros un Testamento nuevo, no por la fecha, sino por la novedad del sentido. ¿O no piensa así también el apóstol Juan cuando dice en su epístola: *Hijos, os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros*, aun a sabiendas de que el mandamiento del amor se había dado ya en el pasado? Pero como *el amor nunca muere* (1 Cor 13:8) y el mandamiento del amor no envejece nunca, sostiene que este mandamiento, que nunca envejece, es siempre nuevo. Mas para el pecador y para quienes no obedecen el pacto del amor, hasta los evangelios envejecen. No puede haber mandamiento nuevo para quien no se despoja del hombre viejo y no reviste el hombre nuevo creado según Dios (Ef 4:22-24) (**ORÍGENES**, *In Numeros homilia* 9,4,2: SC 415 [1996], 240).

Para que ningún hombre, al que había prescrito caminar siempre en la luz del corazón, pueda pensar que se halla sin pecado, Juan hace saber que no hay nadie que no pueda delinquir en algo, y que se hace merecedor de aprobación más bien quien sabe reconocer sus pecados ante el Señor; quien, en la medida en que perdonándonos nuestros delitos, nos purifica con su amor paterno. En efecto, si nos consideramos carentes de culpa, hacemos mentiroso a quien dijo que Dios había encerrado a todos en el pecado para compadecerse de todos (cf. Rom 11:32). A quienes han pecado por la fragilidad de la carne, les aconseja asimismo que acudan de inmediato a la satisfacción de Cristo el Señor que intercede continuamente por nosotros, pues quien dice que permanece en él debe caminar como se sabe que también él caminó (**CASIODORO**, *Complexiones* PL 70, 1370- 1371).

las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra.

9 El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas ⁴⁶.


10 El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo ⁴⁷.

11 Pero el que aborrece a su hermano está en


tinieblas ⁴⁸, y anda en tinieblas ⁴⁹, y no sabe adónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos ⁵⁰.


12 Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por causa de su nombre ⁵¹.

13 Os escribo a vosotros, padres ⁵², porque habéis


46  **Tinieblas.** Hermanos míos, ¿hasta cuándo tendré que decirlos: *Amad a los enemigos?* Guardaos de aborrecer a los hermanos, lo que sería más grave. Si solo amaseis a los hermanos, aún no seríais perfectos; si, al contrario, los aborrecéis, ¿qué sois? ¿dónde estáis? Que cada uno vuelva los ojos a su corazón; no aborrezca al hermano porque le haya dirigido alguna palabra dura; no se vuelva tierra por disputas terrenas. Pues quien odia a su hermano, no sostenga que camina en la luz. ¿Qué he dicho? No sostenga que camina en Cristo. *Quien dice que está en la luz, pero aborrece a su hermano, está aún en tinieblas.* Determinada persona ha pasado del paganismo a la fe cristiana. Cuando era pagana, estaba aún las tinieblas; ahora ya se ha hecho cristiana, gracias a Dios. Todos se felicitan... Adoraba los ídolos, adora a Dios; adoraba lo que ella hizo, adora a quien la hizo...; ya adora al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y detesta a los demonios e ídolos. Con solicitud materna – llamo madre al amor que moraba en su corazón–, Juan aún sigue preocupado por ella, mientras otros manifiestan su gozo.. ¿Qué teme? *Quien dice que está en la luz* –quien dice que ya es cristiano– pero aborrece a su hermano, *está aún en tinieblas* (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 111).


El Señor mandó amar a los enemigos; por tanto, quien dice que es cristiano y aborrece al hermano está todavía en pecado. Justamente añadió *todavía* porque todos los hombres nacen en las tinieblas de los vicios, todos permanecen en ellas hasta que Cristo los ilumine por la gracia del bautismo. Quien, aborreciendo a su hermano, se acerca a la fuente de la vida para renacer en ella y a beber la sangre preciosa para obtener la redención, aunque piense que el Señor lo ha iluminado, se halla todavía en tinieblas. Tampoco pudo despojarse de las sombras de los pecados, quien no se cuidó de vestir las vísceras del amor. Es lo que Simón oyó de boca de Pedro (Hch 8:21), quien, preocupándose de la comunión con los hermanos, deseaba comprar con dinero y para su interés particular el don del Espíritu que mantiene a la Iglesia en unidad (BEDA, *In I. ep. Iohannis*, PL 93,91).


47  **Tropiezo.** No abandonará ni a Cristo–como si lo quemara el sol–, ni a la Iglesia –como si lo quemara la luna– (Sal 120:6). Quemó el sol a los que no pudieron soportar las palabras de Cristo (Jn 6:68-69); quema la luna a los autores de cismas (cf. 2 Cor 11:29). El que ama al hermano tolera todo en bien de la unidad, porque el amor fraterno está en la unidad del amor (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 112).


 Así como una palabra significa algo, también se significa a sí misma; pero una palabra no se significa a sí misma, sino porque está hecha para significar algo; lo mismo el amor, se ama a sí mismo; pero si no se ama como amando alguna cosa, no se ama como amor. ¿Qué es lo que ama el amor, sino lo que amamos con amor? Y este algo, partiendo de lo que tenemos más cerca, es nuestro hermano. Fijaos con cuánto encarecimiento encomienda el apóstol Juan el amor fraterno: *El que ama a su hermano* –dice– *está en la luz, y no hay tropiezo en él.* Es evidente que la perfección para el apóstol radica en el amor al hermano; porque aquél en quien no hay tropiezo,


es, sin duda, perfecto. Parece, no obstante, silenciar el amor de Dios, cosa que jamás haría, si en el mismo amor fraterno no se incluyese el amor de Dios. Lo dice con toda claridad poco después en la misma epístola: *Carísimos, amémonos mutuamente, porque el amor procede de Dios. El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor* (1Jn 4,7-8) (AGUSTÍN, *De trinitate* 8,12).

48  **Tinieblas.** Sin darse cuenta se encamina hacia la gehenna; ignorante y ciego se precipita hacia el castigo, al apartarse de la luz de Cristo que amonesta y dice: *Yo soy la luz del mundo. Quien me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida* (Jn 8:12) (BEDA, *In I. ep. Iohannis*, PL 93,91).

49  **Anda en tinieblas.** Veamos si, por causalidad, cada uno de nosotros se convierte para sí mismo en su propio día. Cuando, rechazando la mentira, hablamos la verdad con nuestro prójimo (cf. Ef 4:25), vivimos en un día de verdad y en una luz de verdad. De igual manera, cuando nos apartamos de quienes aborrecen a los hermanos y andan en las tinieblas, y permanecemos en el amor a los hermanos nos convertimos en un día de amor (ORÍGENES, *In Psalmum homilia* 36,3,9, SC 411,156).

50  **Ojos.** ¿Hay alguien más ciego que estos –los cismáticos donatistas– que aborrecen a sus hermanos? Para que advirtáis cuán ciegos son, ved que tropezaron contra una montaña. Repito lo dicho para que no se os olvide. Esta piedra, extraída de la montaña sin concurso de mano alguna; ¿no es, acaso, Cristo que nació de la raza de los judíos sin intervención del marido? ¿No quebró tal piedra todos los reinos de la tierra, es decir, cuanto era dominio de los ídolos y los demonios? ¿No creció hasta hacerse una montaña enorme y llenar todo el orbe de la tierra? (cf. Dan 2:34-35). ¿Acaso mostramos con el dedo esa montaña igual que se muestra a los hombres la luna en su tercer día? (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 113).

51  **Nombre.** Son hijitos porque nacen al serles perdonados los pecados. Pero ¿en nombre de quién? ¿En el nombre de AGUSTÍN? Entonces tampoco en el de Donato. Es asunto tuyo lo que pienses de AGUSTÍN o de Donato; no se perdonan ni siquiera en el nombre de Pablo o en el de Pedro. En efecto, algunos –los cismáticos donatistas– se repartían la Iglesia e intentaban rasgar la unidad en facciones; entonces, el amor, cual madre que con sufrimiento da a luz a los pequeños, en la persona del Apóstol muestra sus entrañas, en cierto modo desgarrando con sus palabras los pechos, llora a los hijos que le son arrebatados, convoca de nuevo al único nombre a los que querían darse muchos nombres, rechaza el amor que le tienen para que sea amado Cristo y dice: *¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?* (1 Cor 1:13). ¿Qué dice? «No quiero que seáis míos para que podáis estar conmigo. Estad conmigo. Todos somos de Aquel que murió por nosotros y por nosotros fue crucificado». De ahí también: *Os son perdonados los pecados en su nombre* (2:12), no en el de hombre alguno (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 2,4).

52  **Padres.** Padres, *porque conocéis al que es desde el principio* (2,13b), pues el principio está relacionado con la

llegado a conocer al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes⁵³, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre.


14 Os he escrito a vosotros, padres⁵⁴, porque habéis conocido al que es desde el principio⁵⁵. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes


⁵⁶, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno⁵⁷.


15 No améis al mundo⁵⁸, ni las cosas que están en el mundo⁵⁹. Si alguno ama al mundo el amor del Padre no está en él⁶⁰.


16 Porque todo lo que hay en el mundo⁶¹, los deseos de la carne⁶², la codicia de los ojos⁶³, y


paternidad. Cristo es nuevo según la carne, pero antiguo según la divinidad. ¿Qué antigüedad le atribuímos?... Es mayor que su madre, pues *todo fue hecho por Él* (Jn 1:3). Si todo fue hecho por Él, Él, que es antiguo, hizo también a la madre misma de la que nacería para ser nuevo... Es incluso anterior a los ancestros de su madre, anterior a Abrahán (cf. Jn 8:58)... ¿He dicho bien? Anterior al cielo y a la tierra. Anterior a ellos fue el Señor; mejor, es. Hablando con toda propiedad, no dice: «Antes de Abrahán, yo fui», sino: *Antes de Abrahán, yo soy* (Jn 8:58). Aquello de lo que se afirma que fue no es y aquello de lo que se dice que será, aún no es. Él no conoce otra cosa que ser. En cuanto es Dios conoce el ser, no el haber sido ni el haber de ser. En Él no hay más que un día, pero es eterno (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 2,5).

53  **Jóvenes.** Propio de los hijos es nacer, de los padres la antigüedad, de los jóvenes la fortaleza. Si los jóvenes vencen al Maligno, es porque él lucha contra nosotros, pero no nos derrota. ¿Porque somos fuertes nosotros o porque es fuerte en nosotros quien fue hallado débil en manos de sus perseguidores? Nos ha hecho fuertes quien no les ofreció resistencia. Pues fue crucificado por su debilidad, pero vive por el poder de Dios (2 Cor 13:4) (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 2,5).


54  **Padres.** Encarece y repite: *Porque conocéis al que es desde el principio* (2,14d). Recordad que sois padres. Si olvidáis al que es desde el principio, habéis perdido la paternidad (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 1,7).


55  **Principio.** Los llama padres no por la edad, sino porque su sabiduría los ha hecho mayores y maduros. (BEDA, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,91)


56  **Jóvenes.** Considerad una y otra vez que sois jóvenes; luchad para vencer; venced para recibir la corona; sed humildes para no caer en el combate. (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 2,7).

57  **Maligno.** Las cuatro edades que el apóstol distingue misteriosamente en su epístola simbolizan cuatro grados distintos de creyentes. Dice, en efecto: *Os he escrito, niños..., os he escrito, adolescentes..., os he escrito, jóvenes..., os he escrito, padres...* En realidad no señala diferencias en la edad física, sino en el progreso de las almas (ORÍGENES, *Homil. in Numer.* 9,9,2: SC 415 [1996], 262; *Coment. In Cant. Canticularum*, prol. 2,7: SC 376,96).


Afirma haber escribió a los seniores, a los más jóvenes, a los adolescentes y a los pupilos que deben gozar del amor mutuo, una vez que consta que se les han perdonado los pecados al haber recibido la fe, al haber vencido al Maligno –el diablo–, puesto que conocieron al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo (CASIODORO, *Complexiones*, PL 70, 1371)


58  **Mundo.** Al indicar lo que hay en él, Juan manifiesta que no entiende por «mundo» el conjunto del cielo y de la tierra (DÍDIMO, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39,1782).


 Mandó no desear en absoluto al mundo, porque es evidente que se opone sistemáticamente a la voluntad de Dios. (Casiodoro, *Complexiones* PL 70, 1371).

59  **Cosas del mundo.** Si quien desea ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios, quien desee ser amigo de Dios y poseer en sí su amor ha de apartarse del mundo y de lo que hay en él (DÍDIMO, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39,1782).


Pero ¿cómo es posible amar a Dios, si se ama al mundo? Juan nos dispone para hacer de nosotros morada del amor. Hay dos amores: el amor del mundo y el amor de Dios. Si habita el amor del mundo, el amor de Dios no tiene vía de acceso; retírese el amor del mundo y entre a habitar el amor de Dios; que el lugar lo ocupe el mejor. Quien amaba al mundo, no lo ame. Cuando haya vaciado su corazón de todo amor terreno, sacaré amor divino, y comenzará ya a habitar el amor del que no puede provenir ningún mal (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 2,8).

60  **En él.** Aquel en quien se halla este amor del mundo no puede tener paz ante Dios; al contrario, despierta los odios que Cristo vino a destruir, como dice el mismo Apóstol (cf. Ef 2:14-15) (ORÍGENES, *Comm. in epistolam ad Romanos* 4,8,4: SC 539,286).

61  **Mundo.** A todos los que aman el mundo –a los que su amor al mundo hace habitantes del mundo, igual que son habitantes del cielo aquellos cuyos corazones están en lo alto, aunque con el cuerpo caminen por la tierra–; a todos los que aman el mundo se les llama mundo (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 2,12).

62  **Carne.** La carne desea comer, beber, copular, tener a mano esos placeres. ¿Acaso no hay en ellos una medida aceptable? O, cuando se dice: *No améis esas cosas*, ¿se dice mirando a que no comáis, no bebáis o no procreéis hijos? No es eso lo que se dice. Pero haya medida en esas cosas en atención al creador, para que no os aten con su amor. No améis para gozar de ello, algo que debéis tener solo para usarlo (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 2,12 [AGUSTÍN suele usar el término «concupiscencia», de notable peso en su teología]).

Deseo de la carne es todo lo que pertenece al placer y deleite corporales. Destacan la comida, la bebida, la relación sexual. Al respecto dice Salomón: *La sanguijuela tiene dos hijas que dicen: «Dame, dame»* (Prov. 30:15) (BEDA, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,92).

63  **Ojos.** Es codicia de los ojos cuanto, por la vía de la mirada, lleva al amor irracional (Mt 5:28), al que hay que renunciar, sabiendo que, en cuanto temporal, pasa. Cabe entender también que no han de amar este mudo visible quienes se elevan por encima de él, al no contemplar lo presente, sino lo eterno. Los que tienen como proyecto de vida amar el mundo apasionadamente pelean por perderse en cosas carentes de sensibilidad; por esta razón se dice que existe en ellos la soberbia de la vida y el deseo de la carne y de los ojos. Quien desprecia todo esto, estará por encima del mundo, amando a Dios y cumpliendo su voluntad (DÍDIMO, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39, 1783).

la soberbia de la vida ⁶⁴, no proviene del Padre, sino del mundo ⁶⁵.

17 Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

Advertencia contra los anticristos

18 Hijitos, ya es el último tiempo ⁶⁶, y tal como oísteis que el anticristo viene, aun ahora han surgido muchos anticristos ⁶⁷; por esto conocemos que es el último tiempo.

19 Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros ⁶⁸; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros ⁶⁹; pero salieron para que se manifestase ⁷⁰ que no todos son de nosotros.

20 Mas vosotros tenéis unción del Santo ⁷¹, y sabéis todas las cosas ⁷².

21 No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la sabéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad ⁷³.

22 ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que

Llama deseo de los ojos a toda curiosidad. El ámbito en que se manifiesta lo constituyen los espectáculos, los teatros, los ritos diabólicos, las artes mágicas, la hechicería. A veces tienta incluso a los siervos de Dios para que deseen realizar un milagro y probar si Dios les escucha al respecto (**AGUSTÍN**, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 2,13).

64 **Q Soberbia.** Los tres vicios tientan a la apetencia humana. Mediante ellos fue tentado y vencido Adán: por el deseo de la carne cuando el enemigo le mostró el alimento del árbol prohibido y le aconsejó comerlo; por el deseo de los ojos, cuando le dijo: *Conoceréis el bien y el mal y se abrirán vuestros ojos*; por la soberbia de la vida al decirles: *seréis como dioses* (Gén 3:3-5). Mediante ellos fue tentado Cristo, y venció: por el deseo de la carne –por el alimento–, cuando se le sugirió: *Di que estas piedras se conviertan en panes*; por el deseo de los ojos –por la curiosidad–, cuando se le aconsejó que se arrojará desde el pináculo del templo, para comprobar si le acogían los ángeles; por la soberbia de la vida –por el vano poder– cuando, puesto en la montaña se le mostraron los reinos de esta tierra, y se le prometieron, si adoraba a Satanás (Mt 4:1-11) (**BEDA**, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,91-92, inspirándose en buena parte en **AGUSTÍN**, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 2,14).

65 **Mundo.** Es preciso que salgamos de Egipto, que abandonemos el mundo si queremos servir al Señor. Hay que abandonarlo no localmente, sino en espíritu, no poniéndose uno en camino, sino progresando en la fe. Escucha a Juan decir la misma cosa: *Hijitos, no améis el mundo, ni lo que hay en el mundo, pues todo lo que hay en el mundo es deseo de la carne y deseo de los ojos* (**ORÍGENES**, *In Exodum homilia* 3,3: SC 321,98).

66 **Q Tiempo.** Juan veía de antemano las teorías blasfemas de quienes, en cuanto está en su poder, dividen al Señor, declarando que está constituido por tal y tal sustancia. Por esa razón en su epístola nos dio este testimonio: *Hijitos, este es el último tiempo y, como vosotros habéis oído que viene el Anticristo, ved que han aparecido muchos anticristos. Por eso conocemos que es el último tiempo. Han salido de nosotros pero no eran de nosotros, pues si hubiesen sido nosotros, habrían permanecido con nosotros* (**IRENEO**, *Adversus haereses* 3,16,3: SC 211,310).

En este texto se dirige a los niños para que se apresuren a crecer. La edad física no depende de la propia voluntad... pero donde el nacimiento lo decide la propia voluntad, la voluntad decide también el crecimiento. Ahora bien, nadie nace del agua y del Espíritu si no es queriendo. Por tanto, si quiere crecer, crece; si quiere, decrece. ¿En qué consiste el crecer? En ir a más. ¿Y el decrecer? En ir a menos. Quien es consciente de haber nacido escuche que es un niño y un niño que aún no habla (*in-fans*) (**AGUSTÍN**, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 3,1).

67 **Q Anticristos.** No se llama anticristo a cualquiera que sostenga una falsa doctrina, sino solo a quienes van a parar a una secta falsa tras haber sido instruidos en el evangelio y haber recibido la doctrina de Cristo de sus discípulos. Aunque anuncien las Escrituras, no hay que prestarles atención por haberse pasado a interpretaciones impías. Se han hecho anticristos al apartarse de la unción recibida del Espíritu, y de la Iglesia del Salvador, poniéndose al frente de los herejes (**DÍDIMO**, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39,1783-1784).

Hay tantos anticristos como falsos dogmas (**JERÓNIMO**, *Comm. in Nahum*,10 [552]).

Llama anticristos a los herejes y a los que destruyen con acciones malvadas la fe católica que profesan. Con razón se les llama anticristos, es decir, contrarios a Cristo. Todos ellos dan testimonio, cual si fuera su cabeza, especialmente al anticristo que ha de venir al fin del tiempo. Por ello también Pablo dice de él que *ya está actuando el misterio de la iniquidad* (2 Tes 2:7) (**BEDA**, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,94).

68 **Q Salieron de nosotros.** Lloramos, pues, una pérdida. Escucha un motivo de consuelo: *Pero no eran de nosotros*. Todos los herejes, todos los cismáticos salieron de nosotros, es decir, salen de las filas de la Iglesia; pero no saldrían si fueran de nosotros. Antes de salir no eran de nosotros. Si antes de salir no eran de nosotros, muchos están dentro, no han salido y, no obstante, son anticristos. Me atrevo a decir esto para que todo el que esté dentro se guarde de ser un anticristo. (**AGUSTÍN**, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 3,4).

69 **Q Con nosotros.** Todos los herejes vienen primero a la fe, luego se apartan del camino de la fe y de las enseñanzas verdaderas. Así lo dice el apóstol Juan en su carta (**ORÍGENES**, *Comm. in Cant. canticorum* 3,4,6: SC 376, 518).

70 **Q Manifestase.** Aunque están dentro, no son de nosotros, pero solo manifiestan lo que son al salir (**AGUSTÍN**, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 3,5).

71 **Q Santo.** Existe la unción profética con la que se ordena a Elías que unja a Eliseo como profeta (cf. 1 R 19:16). Y por encima de todas las clases de unción está la unción espiritual denominada «óleo de la exultación» o «de la alegría», con la que es ungido el Salvador, diciéndosele estas palabras: *Por eso, Dios, tu Dios, te ungió con el óleo de la alegría más que a tus compañeros* (Sal 44:8) (**JERÓNIMO**, *Comm. in Habacuc*, 2,70 [639]).

72 **Q Cosas.** La Unción espiritual –así el texto de **AGUSTÍN**– es el mismo Espíritu Santo, cuyo signo es la unción visible. Juan afirma que todos los que tienen esta unción conocen quiénes son malos y quiénes son bue-

Jesús es el Cristo? Éste es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo ⁷⁴.

23 Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre ⁷⁵.

24 En cuanto a vosotros, lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros ⁷⁶. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre.

25 Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna ⁷⁷.


26 Os he escrito esto sobre los que os engañan ⁷⁸.


27 Y en cuanto a vosotros, la unción que recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; sino que así como la unción misma os enseña ⁷⁹ todas las cosas ⁸⁰, y es verdadera, y no es mentira, así también, según ella os ha enseñado, permaneced en él.


28 Y ahora, hijos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, y en su venida ⁸¹ no seamos avergonzados de parte de él.


29 Si sabéis que él es justo ⁸², reconoced también que todo el que hace justicia ⁸³ es nacido de él ⁸⁴.


nos, y no necesitan que nadie les enseñe porque lo hace la Unción (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 3,5).

73  **La verdad.** Versículo vinculado al anterior, cuyo sentido es: No os he escrito como si ignorarais la verdad, sino como dando por hecho que la conocéis. Ved que se nos ha indicado cómo conocer al anticristo, pues Cristo dice: *Yo soy la verdad* (Jn 14:6). Si ninguna mentira procede de la verdad, nadie que miente proviene de Cristo. No dice: «Cierta mentira proviene de la verdad». Nadie se engaña, nadie lo tome a broma: no hay mentira que proceda de la verdad (BEDA, *In l. ep. Ioannis*, PL 93,95).


74  **Hijo.** *Vosotros no me conocéis ni a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre* (Jn 8:19). Siendo esto verdad, es razonable investigar cómo no conocen al Padre los habitantes de Jerusalén a quien él dice: *Vosotros me conocéis*. La dificultad de la cuestión la acrecienta aún más Juan que en epístola católica afirma: *Cuienta niega al Padre, niega también al Hijo; quien niega al Hijo, tampoco posee al Padre*. En efecto, si es verdad que *quien niega al Padre niega también al Hijo* y que *quien confiesa al Hijo posee también al Padre*, está claro que, negando al Padre, al menos según el sentido literal –puesto que ellos no conocen al Padre–, los habitantes de Jerusalén niegan también al Hijo. Y, si ellos niegan al Hijo, ¿cómo es verdadera esta afirmación: *Vosotros me conocéis*. Por otra parte, si estos mismos hombres conocen el Hijo, puesto que se ha dicho: *Vosotros me conocéis*, ellos confiesan al Padre, puesto que *quien confiesa al Hijo posee también al Padre*. Pero, si confiesan al Padre, ¿cómo son verdaderas estas palabras: *Quien me ha enviado y a quien vosotros no conocéis es verídico*? (ORÍGENES, *Comm. in Ioannem* 19,3-5: SC 290,46).


75  **Padre.** Aquí reclama una confesión de corazón, de palabra y de obra, como la que buscaba Pablo cuando decía: *Y nadie puede decir Jesús es el Señor sino en el Espíritu Santo* (1 Cor 12:3), que equivale a decir con todas las letras: «Nadie puede estar plenamente al servicio de Cristo, el Señor, de palabra y de obra si no se lo dona la gracia del Espíritu Santo» (BEDA, *In l. ep. Ioannis*, PL 93,96).


76  **Vosotros.** Nadie contemplará la gloria de la excelcitud divina si no ha renacido por el misterio de la humanidad que Cristo asumió. O quizá mencionó antes al Hijo para que los arrianos no defiendan que hay que creer que el Hijo es menor que el Padre, porque nunca se halla mencionado antes que al Padre (BEDA, *In l. ep. Ioannis*, PL 93,96).


77  **Eterna.** Lo habéis oído y, llenos de gozo, habéis aclamado. Amad lo que habéis escuchado y quedáis liberados de vuestras fatigas, pensando en el descanso de la vida eterna. Ved qué promete Dios: la vida eterna. Ved con qué amenaza: con el fuego eterno. ¿Qué promete a


los de la derecha? *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde el comienzo del mundo*. ¿Y con qué amenaza a los de la izquierda? *Id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles* (Mt 25:34-41). Si aún no amas lo primero, teme al menos lo segundo (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 3,11).


78  **Engañan.** Que nadie os seduzca y arrastre a la muerte; desead lo prometido: la vida eterna. ¿Qué puede prometer el mundo? Prometa lo que prometa, lo promete a uno que quizá ha de morir mañana. ¿Y con qué cara vas a salir de aquí para presentarse ante el que permanece por siempre? «Pero un hombre poderoso me amenaza, pretendiendo que ejecute una acción malvada». ¿Con qué te amenaza?... Horrorízate ante la amenaza del Todopoderoso, ama lo que te promete el Omnipotente. Ante ello se vuelve vil el mundo entero, ya haga promesas, ya amenace (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 3,12).


79  **Enseña.** Puede entenderse que la Unción de que habla es el amor de Dios (cf. Rom 5:5) que, con suma rapidez, inflama el corazón que llena para que observe los mandamientos de Dios (BEDA, *In l. ep. Ioannis*, PL 93,96).

80  **Cosas.** Con razón añadió *todas* como dijo el Señor en el evangelio, hablando a sus discípulos: Él os enseñará todas las cosas (Jn 14:26). La razón es que, si el Espíritu no se hace presente en el corazón del oyente, sobran las palabras de quien enseña. Por tanto nada de lo que sale de la boca de quien enseña se lo atribuya a sí mismo, puesto que si no se halla dentro quien enseña, la lengua del enseñante se fatiga externamente en vano. Con todo, el enseñante no debe dejar de hacerlo; es más, haga lo que tiene valor, según lo que dice el Apóstol: *Yo planté, Apolo regó, pero el crecimiento lo dio Dios* (1 Cor 3:6) (BEDA, *In l. ep. Ioannis*, PL 93,96-97).

81  **En su venida.** Ahora nuestra salvación es solo en esperanza; espera lo prometido porque la Verdad no sabe engañar (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 4,2).

82  **Justo.** Muchos textos de la Escritura (cf. Deut 32:4; Sal 11:7; Jn 17:23) nos hacen saber que Dios es justo. No se opone a ello que el afirmar de él que es la justicia, puesto que ambas cosas, ser justicia y ser justo, se afirman de él según la sustancia, algo excluido de quien es justo por participación, a no ser que se identifique lo que se tiene con el que lo tiene. De hecho, el Apóstol dice que los fieles devienen justicia en Cristo (2 Cor 5:21) (DÍDIMO, *In l. ep. Ioannis enarratio*, PG 39,1785).

83  **Hace justicia.** Con razón usa el verbo en presente, pues la virtud recomienda al que hace justicia, realidad de presente, no de pasado o de futuro (DÍDIMO, *In l. ep. Ioannis enarratio*, PG 39,1785).

84  **De él.** Eso conoce al instante quien advierte que Dios es justo sustancialmente, igual que quien sabe que

Hijos de Dios

CAPÍTULO 3

Mirad qué amor tan sublime nos ha dado el Padre, para que seamos llamados ⁸⁵ hijos de Dios ⁸⁶; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él.

2 Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser ⁸⁷; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él ⁸⁸, porque le veremos tal como él es ⁸⁹.


3 Y todo aquel que tiene esta esperanza puesta en él, se purifica a sí mismo ⁹⁰, así como él es puro.


4 Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley ⁹¹; pues el pecado es infracción de la ley.


5 Y sabéis que él se manifestó para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.


6 Todo aquel que permanece en él, no continúa pecando; todo aquel que continúa pecando, no le ha visto, ni le ha conocido ⁹².


es santo –más aún, la santidad– se entrega a él para que lo santifique y lo salve (Lev 11:43) (**DÍDIMO**, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39, 1185).

85  **Llamados.** De poco vale que se nos llame hijos de Dios si no lo somos; ¿qué aprovecha llevar el nombre, si falta la realidad? (**AGUSTÍN**, *In ep. Iohannis ad Parthos.4.4*).


86  **Dios.** Nuestro Creador nos ha otorgado la enorme gracia de poder amarlo y conocerlo. Y nada menos que como hijos al Padre, aunque también sería algo enorme poder amarlo como siervos fieles a su señor, como leales jornaleros a sus amos. El modo de llegar a ser hijos de Dios lo testimonia el mismo Juan en su evangelio al decir: *Vino a lo suyo y los suyos no le recibieron. Mas a cuantos lo recibieron les concedió poder llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre* (Jn 1:11-12). Unidos ambos testimonios, consta que llegamos a ser hijos de Dios por la fe y el amor. De aquí que se condena la enseñanza de Pelagio y de Arrio. Al hereje Pelagio, que osó decir que los hombres pueden salvarse sin la gracia de Dios, lo condena el hecho de que Dios nos da el amor o el poder recibir la adopción de hijos. A Arrio, que sostenía que el Hijo es menor y desemejante al Padre, lo refuta lo que el mismo Juan dice aquí –que el Padre nos da el amor en virtud del cual nos llamamos y somos hijos de Dios– y lo que dice el Señor en el evangelio –por el Señor, el Salvador, se otorga a los creyentes llegar a ser hijos de Dios–. En efecto, consta que son de una e idéntica sustancia quienes de forma idéntica e indistinta otorgan a los hombres los dones celestes (**BEDA**, *In l. ep. Iohannis*, PL 93, 98).


87  **Ser.** El apóstol estimula a los oyentes a que reconozcan que Dios les ha hecho dignos de ser amados, hijos de Dios ya desde el tiempo presente, en la única forma posible: la adopción filial. Dado que lo conocemos en parte y poseemos ya las arras del Espíritu, poseamos también en parte la adopción filial, hasta que la recibamos en plenitud en el futuro. Su poder y su obra están aún activos (**DÍDIMO**, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39, 1785).


88  **A él.** Es como decir, por ejemplo, que un cuadro se asemeja a la persona cuya imagen está pintada en él. Si se mira la belleza, es semejante; si se atiende a la realidad, es muy desemejante... Por tanto, nadie *entre los dioses es como el Señor*, pues nadie es invisible, incorpóral, inmutable, sin comienzo y sin fin, creador de todas las cosas: solo el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo (**ORÍGENES**, *In Exodum homilia 6,5*: SC 321,182-184).

89  **Es.** Es decir, perfectamente y sin dilación. La potencial filiación divina (Jn 1:12) puede hacerse real creyendo en Cristo (1 Jn 5:1; 1 Jn 2:2). Esta perfección la veremos en el futuro, cuando haya pasado todo, pues, igual que el Padre y el Hijo son una cosa, serán también una sola cosa en el Padre y el Hijo los que esperan esa per-

fección, siendo semejantes a ellos por participación en la Trinidad... El conocimiento que posee Dios y el que posee la criatura son distintos, pues Dios conoce lo que conoce con una inteligencia natural y sustancial, mientras que el conocimiento de las criaturas, aunque hayan llegado a ser mente, es criatura, porque su mente es criatura (**DÍDIMO**, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39,1786-1788).

90  **A sí mismo.** Muchos afirman que poseen la esperanza de la vida celestial en Cristo, pero, al vivir de forma descuidada, vacían de contenido su afirmación. [...] No hay que pensar que favorece la enseñanza de los pelagianos el que, con referencia al hombre, se diga: *santifíquese*, como si alguien pudiera santificarse a sí mismo por su libre albedrío, sin la ayuda divina. Quien tiene la esperanza puesta en el Señor se santifica esforzándose cuanto puede, suplicando siempre la gracia de quien dice: *Sin mí no podéis hacer nada* (Jn 15:5) y rogándole: *Sé mi auxilio, no me desampares* (Sal 27:9) (**BEDA**, *In l. ep. Iohannis*, PL 93, 99-100).

91  **Ley.** Nadie diga: «Una cosa es el pecado, otra la transgresión». Nadie diga: «Yo soy pecador, pero no un transgresor», pues todo el que comete pecado transgrede la ley, porque el pecado es una transgresión. La fuerza de lo afirmado se comprende mejor en la lengua griega en que fue escrita la epístola, pues en ella el término equivalente a transgresión es *anomia*, que significa algo hecho contra la ley o sin la ley, puesto que en griego el término para designar la ley es *nomos*. Por tanto, cuando Juan dice que todo el que comete pecado, comete también una transgresión –una *anomia*– y el pecado es una transgresión, claramente deja entender que pecar es obrar contra la ley, según las palabras del Salmista: *Juzgué prevaricadores a todos los pecadores de la tierra* (Sal 119:119). (**BEDA**, *In l. ep. Iohannis*, PL 93, 100).

92  **Conocido.** Hay un conocimiento íntimo de Dios que impide pecar, y un conocimiento exterior que no impide pecar y al final se revela como fruto de la imaginación. El que solo tiene una percepción superficial del bien obra mal y nadie que obra mal tiene un adecuado conocimiento del Bien. Quien conozca la utilidad del bien elegirá participar de él, para beneficiarse de ella, al realizarlo. Quien tiene el conocimiento de Dios con su sabiduría participa de quien es bueno, justo, santo y nada hace contrario a ello; quien únicamente conoce las cosas sensibles solo percibe una forma exterior, pero no obra según Dios. Quien no tiene su entendimiento formado no puede conocerlo y quien no tiene experiencia de él ni siquiera puede verlo. Quien tiene una percepción más sensible lo ve a partir de sus obras, revelándose el Hijo; pero quien conoce la enseñanza divina tiene también el conocimiento de él (**DÍDIMO**, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39,1789).

7 Hijitos, nadie os engañe; el que practica la justicia es justo, como él es justo ⁹³.


8 El que practica el pecado es del diablo ⁹⁴; porque el diablo peca desde el principio ⁹⁵. Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo ⁹⁶.


9 Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado ⁹⁷, porque la simiente ⁹⁸ de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido ⁹⁹ de Dios.


10 En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no practica justicia, no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano ¹⁰⁰.


11 Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio ¹⁰¹: Que nos amemos ¹⁰² unos a otros.


12 No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano ¹⁰³. ¿Y por qué causa le mató? ¹⁰⁴ Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas ¹⁰⁵.


93  **Como él es justo.** ¿Acaso por eso somos iguales a Dios? «Como» se usa para indicar tanto paridad o igualdad como semejanza. Así, pues, él nos hace puros como también él es puro, pero él lo es por su eternidad, nosotros por la fe; él lo es en su misma perpetuidad inmutable, nosotros creyendo en quien no vemos, para llegar a verlo alguna vez. Ni siquiera cuando nuestra justicia sea perfecta seremos iguales a él (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 4,9).


94  **Diablo.** Si todo hombre que comete pecado ha nacido del diablo, se puede decir que nosotros nacemos del diablo cuantas veces pecamos. Desdichado es, pues, quien incensablemente nace del diablo y, a la inversa, dichoso quien es engendrado incensablemente por Dios. (**ORÍGENES**, *In Hieremiam homilia* 9,4: SC 232, 392; cf. *Comm. in Ioannem* 20 & 133. 176: SC 290, 222.244).

95  **Principio.** Aunque antepone *desde el principio*, se sirve del tiempo presente: *peca*. La razón es que, habiendo comenzado a pecar desde el principio, nunca dejó de hacerlo, sin que le frenen ni la enormidad de las penas presentes, ni el miedo a las futuras. (**BEDA**, *In I. ep. Ioannis*, PL 93, 101).


96  **Diablo.** Son obras del diablo las que se realizan por voluntad de Satanás; la prueba es que se destruyen, algo imposible si fueran sustanciales. Si hubiera una naturaleza ingénita del mal no estaría sujeta a perdición (**DÍDIMO**, *In I. ep. Ioannis enarratio*, 1790).


97  **Pecado.** Que san Juan diga esto, habiendo dicho con anterioridad: *Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros*, plantea una cuestión no pequeña. ¿Qué ha de hacer el acorralado entre ambos textos de la Escritura? Si se reconoce pecador, teme que le digan: «Luego no has nacido de Dios, puesto que está escrito: *Quien ha nacido de Dios no peca*». Pero, si se declara justo y sin pecado, el golpe le llega de la misma epístola: *Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros* (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos* 5,1-2).


98  **Simiente.** La simiente de Dios permanece en nosotros en la medida en que, guardando la palabra de Dios, no pecamos, como dice Juan: *Quien ha nacido de Dios no peca, pues la simiente de Dios permanece en él*. De igual manera, cuando el diablo nos persuade de pecar, recibimos su simiente. (**ORÍGENES**, *In Exodum homilia* 8,6: SC 321, 268-270).


99  **Nacido.** Juan declara que *quien ha nacido de Dios no peca, pues su simiente permanece en él, y no puede pecar porque ha nacido de Dios*. Así, pues, *quien ha nacido de Dios no peca*; ciertamente no está escrito que «quien ha nacido del diablo no practica la justicia», sino *quien comete pecado es del diablo*. A la inversa, si está escrito: *quien comete pecado es del diablo*, tampoco está escrito: *Quien practica la justicia es de Dios*. Prestad atención a la


diferencia entre las proposiciones. Juan las ha enunciado con pleno rigor, de manera que podría extrañar que lo haya hecho sin dar motivo de crítica y, como dirían algunos, cual si fuera un dialéctico, no aportando explicaciones similares referentes a los que son del diablo y a los que son de Dios. Podría haber expresado opiniones similares si, conforme al modelo *quien practica el pecado es del diablo*, hubiese escrito «quien practica la justicia es de Dios» o, si igual que había escrito *quien ha nacido de Dios no comete pecado*, hubiera escrito «quien ha nacido del diablo no practica la justicia» (**ORÍGENES**, *Comm. in Ioannem* 20, 113.115: SC 290, 214-216; también 119, 218-219: SC 290, 216-218.264).


100  **Hermano.** Es claro por qué dice esto: solo el amor discierne entre los hijos de Dios y los del diablo. Aunque todos se signen con la señal de la cruz, aunque todos respondan «amén», canten el «aleluya», se bauticen, entren en las iglesias... a los hijos de Dios y del diablo solo los discierne el amor. Los que poseen el amor han nacido de Dios; los que no lo poseen, no. Ten todo lo que quieras; si te falta el amor, de nada te sirve; aunque no tengas lo demás, ten amor y has cumplido la ley (cf. Rom 13:8-10). [...] ¿Dónde debemos ejercitarnos en el amor? En el hermano. Si amas al hermano que ves, verás a la vez a Dios, puesto que verás al amor mismo, y dentro de ti habita Dios (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 5,7).

101  **Principio.** Al tener desde el principio el mandamiento, no nos conviene odiar al hermano para no hallarnos en el Maligno, como que Caín que mató a su hermano (**DÍDIMO**, *In I. ep. Ioannis enarratio*, PG 39, 1792-1793).

102  **Amemos.** De ahí deriva toda la enseñanza del apóstol, según la cual todo el que obra contra el mandamiento del amor se halla en el pecado asesino propio de quienes no nacen de Dios (**AGUSTÍN**, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 5,8).

103  **Su hermano.** Expone por qué procedía Caín del maligno: porque él tenía obras malignas. Por tanto, donde existe la envidia, no puede existir el amor fraterno. Pero el pecado del maligno, es decir, del diablo, se halla en el interior de ese tal, porque también el diablo derribó al hombre por envidia. Así, pues, las obras justas de Abel solo indican amor; las obras malas de Caín solo indican aborrecimiento del hermano. Poco es que aborreciera al hermano, también tenía celos de sus obras buenas. Por tanto, el amor discierne a los hombres. Que nadie se fije en lo que dicen, sino en sus hechos. ¿Por qué no hacer el bien a los hermanos es manifestación de lo que posee en sí? Porque a los hombres los prueban las tentaciones (**BEDA**, *In I. ep. Ioannis*, PL 93, 102).


104  **Mató.** Le dio muerte herido de envidia (**DÍDIMO**, *In I. ep. Ioannis enarratio*, PG 39, 1793).


105  **Justas.** Donde hay envidia, no puede existir el amor fraterno. El que siente envidia no ama; en él mora el pecado del diablo, pues también él derribó al hombre


13 Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo ¹⁰⁶ os aborrece ¹⁰⁷.
14 Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida ¹⁰⁸, en que amamos a los hermanos ¹⁰⁹. El que no ama a su hermano, permanece en la muerte ¹¹⁰.
15 Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida ¹¹¹, y sabéis que ningún homicida tiene


vida eterna permanente en él ¹¹².
16 En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos ¹¹³.
17 Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón ¹¹⁴, ¿cómo mora el amor de Dios en él? ¹¹⁵
18 Hijitos míos, no amemos de palabra ni de len-


por envidia. Cayó y sintió envidia del hombre que se mantenía en pie. No quiso derribarlo para mantenerse él en pie, sino para no yacer él solo en tierra. Que la envidia no puede coexistir con el amor lo dice también san Pablo en el panegírico de la caridad (1 Cor 13:4). Caín no tuvo amor y, si Abel no lo hubiese tenido, Dios no hubiese aceptado su sacrificio. De hecho, en Abel la Escritura no señala más obras buenas que el amor, ni en Caín más obras malas que el aborrecimiento del hermano y los celos por sus obras. Al no querer imitarlo, decidió matarlo. El amor es el criterio para discernir a los hombres. Procede, pues, no prestar atención a las palabras, sino a los hechos y al corazón (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 5,8).


106  **Mundo.** En su acepción negativa, mundo son los amadores del mundo; en su acepción positiva, mundo equivale al cielo y a la tierra y a las obras de Dios que contienen (Jn 1:10). Con mundo se indica también la tierra entera (cf. 1 Jn 2:2). Los que aman al mundo en su acepción negativa no pueden amar al hermano (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 5,9).

107  **Aborrece.** Llama mundo a los amantes del mundo. No ha de extrañar que los que aman al mundo no puedan amar al hermano apartado del amor al mundo y centrado solo en deseos celestiales. Como atesta la Escritura, la religión es una abominación para el pecador (BEDA, *In I. ep. Iohannis*, PL 93, 102).


108  **Vida.** Que nos odie el mundo es señal de que hemos abandonado la muerte y estamos en la vida, al poseer el amor. Se trata de la vida eterna cuyo origen es la fe en el Salvador y la virtud, vida que se opone a la muerte que sigue de inmediato al pecador. Quien se halla en la muerte no tiene memoria de Dios porque no ha dirigido su vista a la luz inteligible (Sal 6:5; 12:3). Hay que seguir la vida que lleva al amor a los hermanos (DÍDIMO, *In I. ep. Iohannis enarratio*, PG 39,1793).


109  **Hermanos.** Nadie se enorgullezca falsamente de sus virtudes, nadie tenga en más de lo que valen sus pobres virtudes. Emite un juicio claro quien está lleno del amor fraterno que pertenece al lote de los elegidos, puesto que mereció participar de él en la tierra de los vivos (Sal 27:13) (BEDA, *In I. ep. Iohannis*, PL 93, 102).


110  **Muerte.** Quien ama al hermano según Dios pasa de la muerte a la vida, y quien no tiene esta caridad, permanece en la muerte (cf. 1 Tim 5:6). Quien así vive, necesariamente se aleja de la memoria de Dios. Por ello, quien no tiene la forma que revela el amor al hermano está en la muerte y, al revés, se aleja de ella quien tiene la virtud por la que no juzga nada malo ni hace mal al prójimo (DÍDIMO, *In I. ep. Iohannis enarratio*, PG 39,1793).


111  **Homicida.** ¿Acaso podrá ahora decir «qué tengo yo que ver con un homicida»? Quien aborrece a su hermano es un homicida. No preparaste el veneno, no saliste a herirlo con la espada como a un enemigo, no buscaste un sicario, no dispusiste ni el lugar ni el momento; en resumidas cuentas, tú no cometiste el crimen. Te limitaste a aborrecer al hermano, y te diste muerte a ti mismo


antes que a él. Aprended, pues, la justicia, de modo que aborrecáis solo los vicios, no a los hombres (AGUSTÍN, *Sermo* 49,7; cf. también BEDA, *In I. ep. Iohannis*, PL 93, 103).

112  **En él.** Que uno viva por la fe en medio de los santos no significa que tenga vida permanente en sí. En efecto, cuando llegue el momento de la retribución, también será condenado, junto con Caín que procedía del maligno, quien está apresado por esta clase de homicidio, si vive en discordia y desacuerdo y no está en paz con los hermanos. No dice simplemente: «El homicida no tiene vida permanente en él», sino *Todo homicida*, es decir, no solo el que persigue con la espada, sino también el que persigue al hermano aborreciéndolo (BEDA, *In I. ep. Iohannis*, PL 93, 103).

113  **Hermanos.** Despabilate: *por los hermanos*, no contra los hermanos. ¿De qué sirve que reconozcas al novio, que honres al padre de familia, si a su esposa, no digo que la descuidas, sino que la injurias con acusaciones falsas? Tú, hombre que tienes cónyuge a la que no has rescatado con tu propia sangre (cf. Ap 5:9), a la que, sin embargo, amas tanto que, si alguien se plegase en todo a tu voluntad, fuese el diario guardián de tu casa, se prostrase a tus pies, te colmase con toda clase de elogios, nunca y en ningún lugar callase tus loas, con solo hacer una acusación a tu esposa, dejarías de reconocerle todos los servicios que te ha prestado (AGUSTÍN, *Sermo* 359 B,19).

 Quizá diga alguien: «Pero ¿cómo puedo poseer yo este amor?» No pierdas la esperanza demasiado pronto; quizá ya ha nacido, pero aún no es perfecto. Nútrele, para que no se ahogue (BEDA, *In I. ep. Iohannis*, PL 93,103).

114  **Corazón.** Lo anterior indicaba la perfección del amor; el presente texto, dónde comienza. Si aún no estás dispuesto a dar tu vida por el hermano, hállate dispuesto a compartir con él tus riquezas. Comience el amor a sacudir tus entrañas para no hacerlo movido por el orgullo, sino por la abundancia interior de tu misericordia. Si no eres capaz de dar a tu hermano lo superfluo, ¿cómo podrás entregar tu vida por él? Si te desentiendes de tu hermano, el amor del Padre no permanece en ti; si el amor del Padre no permanece en ti, no has nacido de Dios. ¿Cómo te glorías de ser cristiano? Posees el nombre, pero no los hechos. ¿Qué utilidad te aporta el nombre solo? (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos*, 5,12; cf. también BEDA, *In I. ep. Iohannis*, PL 93, 103).

115  **En él.** Esto explica las palabras de Juan Bautista: *Quien tenga dos túnicas dé una a quien no la tiene* (Lc 3:11). Por tanto, quien en tiempos de tranquilidad no dona su túnica por amor de Dios, ¿cómo va a donar su vida en tiempos de persecución? Para que la fuerza de la caridad resulte invicta en la tormenta, es preciso que sea nutrida por la misericordia en tiempo de paz, para aprender a sacrificar al Dios todopoderoso primero los propios bienes y luego a sí mismo (GREGORIO MAGNO, *In evangelia homilia* 30,3; SC 522,168).

gua, sino de hecho y en verdad ¹¹⁶.

19 Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él ¹¹⁷; 20 pues si nuestro corazón nos reprocha algo, mayor que nuestro corazón es Dios, y él conoce ¹¹⁸ todas las cosas.


21 Amados, si nuestro corazón no nos reprocha algo, tenemos confianza ante Dios ¹¹⁹;


22 y lo que le pidamos, lo recibimos de él, porque


guardamos sus mandamientos ¹²⁰, y hacemos las cosas que son agradables delante de él.

23 Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado.


24 Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él ¹²¹. Y en esto conocemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado ¹²².


116  **De hecho y en verdad.** ¿Qué hecho y qué verdad? ¿Puede haber cosa más diáfana que dar bienes a los pobres? Muchos hacen eso mismo por ostentación, no por amor. ¿Puede haber cosa más grandiosa que morir por los hermanos? También hay muchos que, movidos por el deseo orgulloso de celebridad, no por entrañas de amor, quieren que se piense que hacen lo mismo –la referencia es a los cismáticos donatistas–. Solo queda que ama de hecho a su hermano quien, ante Dios –único que ve lo que hay dentro del hombre–, persuade de ello a su corazón; quien lo interroga, para averiguar si en verdad obra así por amor al hermano y si la mirada que penetra el corazón testimonia a su favor (cf. 2 Cor 12:15; 1 Cor 4:3; 1 Cor 13:1-3; 2 Co 1:12; Gál 4:4). Cada uno examine su propia obra y vea si mana del venero del amor, si los ramos de las buenas obras brotan de la fecunda raíz del amor (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos.* 6,2).


117  **De él.** Esta afirmación depende de las anteriores. Pues, si amamos a los prójimos de hecho y en verdad, conocemos claramente que persuadimos a nuestros corazones en presencia de la verdad suprema. En efecto, cuando se disponen a hacer algo, todos los hombres instan a sus corazones a reflexionar sobre lo que van a hacer. En cambio, los que piensan en acciones malvadas quisieran ocultarlas a Dios, si pudiesen. Testigo de ello es el Señor que dice: *Todo el que obra mal, aborrece la luz, y no va a la luz para que no sean censuradas sus obras* (Jn 3,20); en cambio, quienes planean acciones buenas fácilmente persuaden a sus corazones para que deseen hacerlas manifiestas en presencia de Dios. De hecho, suele ser indicio de perfección suprema el sentir gozo de que vea Dios las propias obras, aunque aún existan solo en el pensamiento. Por eso dice el Señor mismo a continuación: *En cambio, quien obra la verdad va a la luz para que se manifieste que sus obras están hechas según Dios* (Jn 3,21). En conclusión, el verdadero amor nos permite conocer que somos de la verdad y que persuadimos a nuestros corazones en presencia de la misma verdad, esto es, que los instamos a que tengan pensamientos tales que merezcan presentarse a las miradas divinas (BEDA, *In I. ep. Ioannis*, PL 93, 104).


118  **Conoce.** Tú, que ocultas tu corazón al hombre, ocúltaselo, si puedes, a Dios. ¿Cómo lo ocultarás a aquel a quien cierto pecador, temeroso y confesante, dijo: *A dónde huiré de tu rostro?* Buscaba a dónde huir para evadirse del juicio de Dios y no hallaba adónde. En verdad, ¿dónde no está Dios? *Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al infierno, estás presente* (Sal 139:8,9). ¿A dónde irás? ¿A dónde huirás? ¿Quieres escuchar un consejo? Si quieres huir de él, huye hacia él. Huye hacia él, reconociendo lo que es, no ocultándole a él. En efecto, no puedes ocultarle a él, pero sí reconocerlo lo que es para ti. Dile: *Tú eres mi refugio* (Sal 31,7). Halle modo de nutrirse en ti el amor, pues solo él conduce a la vida. Testimonie tu conciencia que es *de Dios*. Si es *de Dios*, no aceptes que fanfarronee ante los hombres; pues ni sus alabanzas te elevan al cielo ni sus reproches te hacen bajar de él. Que te vea el que

te corona; sea testigo el mismo que hará de juez cuando seas coronado (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos.* 6,3).

119  **nte Dios.** Se dice que la conciencia reprocha y no reprocha y que ella juzga al hombre sin ser ella misma juzgada, como lo afirma Juan. Y el mismo Pablo dice en otro lugar: *Nosotros nos gloriamos del testimonio de nuestra conciencia* (2 Cor 1:12). Yo veo en ella una libertad tan grande que siempre se goza y exulta por las buenas acciones y, en cambio, en las malas ella no es objeto de acusación, sino que reprende y corrige al alma a la que está unida. Por ello, pienso que la conciencia es el Espíritu mismo que el Apóstol dice que está unido al alma..., asociado a ella como una especie de pedagogo o preceptor, ya sea para advertirle de lo que es mejor que haga, ya para castigar y reprocharle sus faltas (ORÍGENES, *Comm. in epistolam ad Romanos* 2,3: SC 532,350).

120  **Mandamientos.** Esta es una promesa grande y objeto del deseo de los fieles. Sin embargo, si alguien es tan insensato y absurdo que no halle deleite en las promesas divinas, al menos tema lo que grita la sabiduría, sin duda terrible: *Si alguien aparta su oído para no oír la ley, su oración será abominable* (Prov. 28:9). No debe parecer que se opone a esta afirmación de Juan el hecho de que Pablo rogó tres veces al Señor que apartara de él el ángel de Satanás, y, en vez de conseguirlo, oyó que se le dijo: *Te basta mi gracia, pues la fortaleza se realiza en la debilidad* (2 Cor 12:9). Pues, aunque no siempre recibimos lo que pedimos conforme a nuestro deseo, nuestra devoción recibe su recompensa en términos de salvación, igual que, cuando Pablo rogaba al Señor, no recibió lo que buscaba, sino lo que le era útil. Por el contrario, a menudo Dios escucha a los que ha reprobado en lo que desean si no los escucha en relación a su salvación. Por ello, también su jefe, el diablo fue escuchado en su deseo de poner a prueba a Job, aunque para su propia condena. De hecho, conceder al diablo tentar a Job, sirvió para que, probado este, fuera atormentado aquel (BEDA, *In I. ep. Ioannis*, PL 93, 105).

121  **En él.** Sea Dios tu casa, y sé tú casa de Dios. Permanece en Dios y que Dios permanezca en ti. Dios permanece en ti para contenerte, tú permaneces en Dios para no caer. Guarda sus mandamientos, mantén el amor. No te apartes de la fe en él, a fin de gloriarte en su presencia; de esa manera, permanecerás seguro en él, ahora por la fe, luego por la visión. Permanecerá también él, eterno, en ti según lo que proclama el salmista: *Exultarán por siempre, y habitarán en ellos* (cf. Sal 5:11) (BEDA, *In I. ep. Ioannis*, PL 93,105).

122  **Dado.** Al comienzo de la Iglesia, se conocía haber recibido el Espíritu por el milagro del don de lenguas; ahora se sabe que el Espíritu permanece en uno si ama al hermano. De ahí la necesidad de examinarse uno a sí mismo en presencia de Dios y ver si mora en su interior el amor a la paz y a la unidad, el amor a la Iglesia difundida por todo el orbe de la tierra. No basta con amar solo al hermano que se tiene ante los ojos, pues son muchos los

*El espíritu de la verdad
y el espíritu del error*

CAPÍTULO 4

Amadados, no creáis a todo espíritu, sino probad si los espíritus proceden de Dios ¹²³; porque muchos falsos profetas han salido al mundo.

2 En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en


carne, procede de Dios ¹²⁴;


3 y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne ¹²⁵, no procede de Dios ¹²⁶; y éste es el espíritu del anticristo, el cual habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo ¹²⁷.


4 Hijitos, vosotros procedéis de Dios, y los habéis vencido ¹²⁸; porque mayor es el que está en vosotros ¹²⁹, que el que está en el mundo ¹³⁰.


5 Ellos son del mundo; por eso hablan ¹³¹ como del mundo ¹³², y el mundo los oye.


hermanos nuestros que no vemos y con los que estamos vinculados en la unidad del Espíritu (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos*, 6,9-10).


123  **Dios.** Estos son los frutos por los que es posible conocer los espíritus malignos que hablan por medio de los falsos profetas: los cismas –espinos–, las herejías –los ásperos abrojos– con los que –lacerando la fe– contaminan a quienes se acercan incautamente a ellos. Por el contrario, los frutos de los buenos –el amor, el gozo, la paz en el Espíritu Santo– están adecuadamente figurados por la fragancia de las uvas y el dulzor de los higos (BEDA, *In I. ep. Ioannis*, PL 93,105-106).


124  **De Dios.** Con certeza, aquí no se afirma que el Espíritu de Dios guíe a quien haya pronunciado estas sílabas y haya proferido esta confesión trivial. El Espíritu guía a quien de tal manera ha conformado debidamente su vida y ha producido el fruto de sus obras que, por sus obras y pensamientos santos, ha mostrado que Cristo ha venido en carne, y que él ha muerto al pecado y vive para Dios (ORÍGENES, *Comm. in epistolam ad Romanos* 5,8,11: SC 539,476).


125  **Carne.** Si el criterio para distinguir los espíritus es la confesión de que Cristo vino en carne, casi todos los herejes lo confiesan y, en consecuencia, no se les puede considerar ni falsos profetas ni anticristos. El problema se resuelve examinando los hechos, no las palabras (cf. Tit 1:16), pues hay herejes que lo profesan de pico pero lo niegan en su corazón. Si Cristo murió por nosotros, fue el amor el que le movió a encarnarse y, por tanto, quien no tiene amor niega que Cristo haya venido en la carne. Y no tiene amor quien, por mantener el honor de su cargo, desgarró la unidad. Tal es el criterio para discernir los espíritus. No todo el que, de hecho, está dentro, lo está; en cambio, todo el que, de hecho, está fuera, lo está. Niega que Cristo ha venido en la carne quien –como los donatistas– disgrega la Iglesia de Dios que Cristo congregó (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos* 6,12-14; 7,2).


126  **De Dios.** En efecto, hasta tal punto no proceden de Dios que algunos de ellos, con su perverso error, querían separar la divinidad de Cristo del plan de salvación del hombre y pretendían borrar de esta epístola el versículo que dice: *Y todo espíritu que disuelve a Jesús, no procede de Dios.* El objetivo era evitar que la autoridad del bienaventurado Juan dejase al descubierto su error. Nestorio, por su parte, manifestó que no tenía constancia de que esa afirmación hubiera sido intercalada en ejemplares auténticos. Por ello, no temió disolver a Jesús y así lo separó de Dios, sosteniendo que la bienaventurada virgen María no fue madre de Dios, sino solo de un hombre, aceptando hablar de dos personas, una humana y otra divina. Tampoco creía que en el Verbo de Dios hubiera un único Cristo, con carne y alma, sino que predicaba dos hijos distintos, uno Hijo de Dios y otro hijo del hombre (BEDA, *In I. ep. Ioannis*, PL 93,106).


127  **Mundo.** Viene al acercarse el día del juicio, al aparecer en el mundo el hombre más nefando de todos, el hijo de la iniquidad. Y ahora está ya en el mundo, habitando en las mentes de quienes oponen resistencia a Cristo o con su profesión (de fe) o con sus obras, sin recurrir al remedio del arrepentimiento (BEDA, *In I. ep. Ioannis*, PL 93,106).

128  **Vencido.** Habéis vencido al anticristo al confesar que Jesucristo vino en carne; con otras palabras, al poseer el amor que mostró Jesucristo al venir en la carne, amor que él mismo recomienda en el evangelio (cf. Jn 15:13). En efecto, ¿cómo podía el Hijo de Dios entregar su vida por nosotros sin revestir nuestra carne en que poder morir? Por tanto, quien viola el amor, diga lo que diga con la lengua, niega con su vida que Jesucristo ha venido en carne, y se manifiesta como anticristo. *Pero vosotros lo habéis vencido*, dice. ¿De qué se sirvieron para vencerlo? ¿Del poder del libre albedrío? No ciertamente. Calle, pues, Pelagio ante lo que dice Juan a continuación (BEDA, *In I. ep. Ioannis*, PL 93,106-107).

129  **En vosotros.** Para que no atribuyeran la victoria a sus fuerzas y fuesen así vencidos por su arrogante orgullo –el diablo vence a todo el que se hace orgulloso–, deseando que conservaran la humildad, les dice: *Lo habéis vencido.* Todo hombre que escucha *habéis vencido* levanta la cabeza, yergue la cerviz, quiere que lo alaban. No te enorgullezcas; mira quién vence en ti. ¿Por qué has vencido? *Porque el que está en vosotros es mayor que el que está en el mundo.* Sé humilde; carga con tu Señor; sé jumento para quien te monta (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos* 7,2).

130  **Mundo.** Les enseña a mantener la humildad, no sea que atribuyan la victoria a su fuerzas y sean vencidos por la soberbia arrogancia. Enseña a tener siempre confianza y esperanza en la victoria en medio de adversidades, conservando en la memoria que es mayor el Señor que protege que el diablo que ataca (BEDA, *In I. ep. Ioannis*, PL 93,107).

131  **Hablan.** Hablan según el mundo los que hablan contra el amor. Por ejemplo, los que dicen: «¿Y no te vas a vengar, y va aregonar él lo que te hizo? Hazle sentir que tiene que vérselas con todo un hombre». Son cosas que solo dicen y escuchan quienes aman el mundo. Y quien ama el mundo y descuida el amor niega que Jesús ha venido en la carne. El murió porque quiso, sin amenazar; tú ignoras cuándo vas a morir y ¿amenazas? (cf. Lc 23:34) (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos* 7,3).

132  **Del mundo.** Los anticristos –los herejes–, aunque invoquen el nombre de Cristo, aunque estén marcados con la señal de Cristo, son del mundo, es decir, del número de los que piensan mundanamente, quienes, buscando las cosas inconsistentes e infimas, ignoran las celestiales. Hablando desde el mundo se oponen

6 Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error ¹³³.

Dios es amor

7 Amados, amémonos ¹³⁴ unos a otros; porque el amor es de Dios ¹³⁵, y todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios.

8 El que no ama no ha conocido a Dios, porque

Dios es amor ¹³⁶.


9 En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros ¹³⁷, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por medio de él ¹³⁸.


10 En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros ¹³⁹, y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados ¹⁴⁰.


11 Amados, si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros.


12 Nadie ha visto jamás a Dios ¹⁴¹. Si nos amamos


a la fe cristiana con la razón de la sabiduría mundana, sosteniendo que no puede darse que el Hijo de Dios sea coeterno con el Padre, que una virgen intacta dé a luz, que la carne convertida en polvo resucite inmortal, que el hombre sacado de la tierra obtenga un morada en los cielos, que un recién nacido se halle atado por la culpa del primer hombre, si no es salvado renaciendo en Cristo [...] (BEDA, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,107).

133  **Error.** En el hecho de que quien nos oye posee el Espíritu de Dios, quien no nos oye, el espíritu del error. En esto consiste el discernimiento de los espíritus que previamente Juan exhortó a practicar al decir: *probad si los espíritus proceden de Dios.* (BEDA, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,107).


134  **mémonos.** Igual que peca y merece reproche quien elige mal y no ama lo que debe amar, así obtienen alabanza los que aman a personas dignas y merecedoras de ser amadas. Esto se hizo posible cuando el Salvador quitó el pecado del mundo para mostrar al hombre hecho a imagen y semejanza de Dios que lo creó. Entonces el hombre se manifestó amado y digno de ser amado. El Padre envió al mundo al Salvador para perdonar su pecado y mostrar la belleza del hombre. Quienes merecieron este don, son amados y, por ello, aman a los demás (DÍDIMO, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39, 1797).


135  **De Dios.** Tras decir esto, el doctor (Juan), como estimulando e invitando al amor infirió: *Porque el amor es de Dios.* Apresurémonos a amarnos unos a otros, de modo que, trascendiendo todo, obsequemos a la bondad (DÍDIMO, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39, 1797-1798).


136  **Amor.** Es él, el *Dios amor*, y por amor a nosotros se ha dejado asir. En cuanto inexpresable es padre; en cuanto compasivo con nosotros se ha convertido en madre. Al amar, el Padre se ha hecho femenino, y la gran señal de ello es aquel a quien ha engendrado a partir de sí mismo: el fruto dado a luz por amor es amor. Si ha descendido personalmente, ha revestido la humanidad y ha aceptado sufrir las penalidades de los hombres, era para ajustarse por amor a nuestra debilidad y, a su vez, ajustarnos a su propio poder. En el momento de derramar su sangre y de ofrecerse en rescate, él nos deja una nueva alianza: *Yo os entrego mi amor* (cf. Jn 13:34). ¿Qué amor es este? ¿Cuál su grandeza? Él ha entregado su vida, del mismo valor que el universo; a cambio, nos pide que entreguemos la nuestra los unos por los otros (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Quis dives salvetur* 37,2-4: SC 537, 194-196).


137  **Nosotros.** Se nos exhorta a amar a Dios, pero ¿podríamos amarlo si él no nos hubiese amado primero? Si éramos perezosos para amarlo, no lo seamos para corresponder a su amor. Él nos amó primero y ni siquiera

así le amamos. Nos amó estando enfermos pero nos visitó para sanarnos (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos* 7,7).

138  **De él.** La prueba del amor de Cristo por nosotros es haberse entregado por nosotros (Gál 2:20), y la prueba del amor del Padre, el haber entregado a su Hijo por nosotros (Rom 8:32). Ahora bien, si el Padre entregó al Hijo y el Hijo se entregó a sí mismo, ¿qué hizo Judas? ¿Qué distingue al Padre entregando al Hijo y al Hijo entregándose a sí mismo de Judas, discípulo que entregó a su maestro? Que el Padre y el Hijo lo hicieron por amor, mientras que Judas lo hizo traicionándole. No hay que considerar solo lo que hace el hombre, sino también con qué espíritu e intención lo hace. La diversa intención hizo que fueran diversas las acciones. ¡Tan grande es el valor del amor! Él solo discierne, él solo distingue las acciones de los hombres. Pues hay acciones con apariencia de bondad, pero no provienen de la raíz del amor –también las zarzas tienen flores–; otras parecen duras e inhumanas, pero se realizan al dictado del amor. En consecuencia retén este breve precepto: «Ama y haz eso que estás pensando hacer» (AGUSTÍN, *In ep. Iohannis ad Parthos* 7,7-8).

139  **Nosotros.** Nosotros no le amamos a él antes, pues él nos amó para que le amemos a él. La gracia se anticipó al hombre, para que ame a Dios con un amor con que obre el bien. Por eso dice el salmista: *Dios mío; su misericordia irá delante de mí* (Sal 59:10) (BEDA, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,108).

140  **Pecados.** La máxima prueba del amor divino hacia nosotros es que cuando aún no sabíamos pedir por nuestros pecados, Dios nos envió a su Hijo para otorgarnos libremente el perdón a los que creemos en él, y llamarnos a participar en la comunión de la gloria paterna. En algunos códices este versículo se lee de esta manera: *Y envió a su Hijo como litador de nuestros pecados.* *Litator* equivale a sacrificador. En efecto, el Hijo de Dios ofreció por nuestros pecados un sacrificio, no con víctimas animales, sino ofreciéndose a sí mismo. A ello se ajusta lo que dice también Pablo (cf. Ef. 5:1-2) (BEDA, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,108).

141  **Dios.** Al ser invisible, nadie le ha visto nunca con los sentidos, porque la mirada corpórea no puede ver cosas incorpóreas. Algunos herejes sostienen que en el Antiguo Testamento Dios se muestra visible a los sentidos y en el Nuevo invisible a ellos. Pero si su sustancia es corpórea –la única que perciben los sentidos– se siguen conclusiones inaceptables e impías. Las teofanías del Antiguo Testamento tienen otra interpretación compatible con la invisibilidad de Dios. Conviene prestar atención a los verbos y distinguir entre lo que se ve con los sentidos y lo que se percibe con la mente (DÍDIMO, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39, 1798-1799).

unos a otros, Dios permanece en nosotros ¹⁴², y su amor se ha perfeccionado en nosotros ¹⁴³.

13 En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.


14 Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo como Salvador del mundo ¹⁴⁴.


15 Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo


de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios ¹⁴⁵.


16 Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros ¹⁴⁶. Dios es amor ¹⁴⁷; y el que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él ¹⁴⁸.


17 En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio ¹⁴⁹; pues como él es, así somos nosotros en este mundo ¹⁵⁰.


142  **En nosotros.** Nadie piense que este amor en que Dios permanece se mantiene con cierta mansedumbre abyecta y desidiosa; mejor, no mansedumbre, sino dejadez y negligencia. Ese no es amor, sino flojera; hierva el amor para enmendar y corregir. Si hay buenas costumbres, que deleiten; si malas, sean enmendadas, corregidas. Por tanto, si nos amamos unos a otros con amor sincero y disciplinado, Dios permanece en nosotros, manifiesto en las obras de su amor, aunque aún no parezca visible (**BEDA**, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,109).

143  **Perfeccionado en nosotros.** ¿Qué sentido tiene que el apóstol Juan nos recomiende como algo extraordinario el amor fraterno para alcanzar determinada perfección, mientras que el Señor dice que no basta con amar a los hermanos y que hay que hacer llegar el amor hasta los enemigos? Quien llega a los enemigos, no sale del ámbito de la fraternidad. Es necesario que el amor, como el fuego, alcance primero al entorno más cercano y que luego llegue a los objetos más lejanos. El hermano es para ti más cercano que cualquier otro hombre. A su vez, está más cercano a ti un desconocido, que un enemigo. Extiende tu amor a los próximos, pero no hables de «extensión», pues amar a los unidos a ti es casi como amarte a ti. Extiende tu amor a los desconocidos que no te han hecho ningún mal. Vete aún más allá: hasta amar a los enemigos, como manda el Señor. (**AGUSTÍN**, *In ep. Iohannis ad Parthos* 8,4).


144  **Mundo.** Estad tranquilos, enfermos. No perdáis la esperanza habiendo un médico de tal categoría. Las grandes dolencias y las heridas incurables os habían quitado toda esperanza. No te fijas en la magnitud de tu mal, sino en la omnipotencia del médico. Has perdido la esperanza, pero él es todopoderoso (**AGUSTÍN**, *In ep. Iohannis ad Parthos* 8,13).


145  **En Dios.** Llama confesión perfecta a la que no puede corromper el engaño de los herejes que aconsejan mal, ni pueden quebrar los tormentos de los perseguidores paganos, ni hacen vacilar los (malos) ejemplos de los hermanos «carnales» o la floja indolencia de la propia fragilidad. (**BEDA**, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,110).


146  **Nosotros.** Conocemos que Jesús es el Hijo de Dios y que el Padre lo envió como Salvador del mundo. Y creemos en el amor que Dios tiene en nosotros, porque, teniendo un Hijo único, no quiso que fuera único, sino que, a fin de que tuviera hermanos, le dio en adopción otros que poseyeran con él la vida eterna (**BEDA**, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,110).


147  **Dios es amor.** No es una casualidad que recomendemos a los niños abrazar a sus padres agarrándoles las orejas. Indirectamente queremos decir que el sentimiento del amor nace por medio de la audición. Ahora bien, *Dios es amor* –el que se da a conocer a los que lo aman–, igual que *Dios es fiel* (1 Cor 1:9) –el que se entrega a los fieles por el estudio–. Nosotros debemos adaptar-

nos a él por el amor divino para contemplar al semejante por el semejante, escuchando la palabra de la verdad (cf. 2 Tim 2:15) de forma pura y sin malicia, como los hijos que nos obedecen (**CLEMENTE DE ALEJANDRÍA**, *Stromata* 1,13,1-2 SC 278,44).

148  **En él.** Tal vez estabas dispuesto a despreciar el don de Dios; pero ¿también a Dios? Recíprocamente habitan el uno en el otro, el que contiene y el contenido. Tú habitas en Dios para ser contenido. Dios habita en ti para contenerte y evitar que caigas. No vayas a pensar que te conviertes en casa de Dios del mismo modo que tu casa lleva tu carne. Si la casa en que te hallas se derrumba, tú caes; en cambio, si eres tú el que se derrumba, Dios no cae. Él está íntegro cuando tú lo abandonas e íntegro cuando vuelves a él... Él es medicina para el enfermo, regla para el torcido, luz para el entenebrecido, cobijo para el desamparado (**AGUSTÍN**, *In ep. Iohannis ad Parthos* 8,14; cf. también **BEDA**, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,110).

149  **Juicio.** Indica cómo puede uno saber cuánto ha progresado en el amor. El amor es perfecto en quien tiene confianza en el día del juicio. ¿En qué consiste esa confianza? En no temer que llegue. Pues, cuando alguien, se arrepiente de sus malas acciones y se convierte, comienza temer el día del juicio, no sea que, al aparecer el juez justo, le condene por injusto. Pero, animado por el progreso en una vida santa, aprende a no temer lo que temía y a desear más bien que llegue el deseado de todos los pueblos, esperando ser coronado junto con los santos por razón de su buen obrar (**BEDA**, *In l. ep. Iohannis*, PL 93,111).

150  **Mundo.** El apóstol indica cómo puede conocer uno en qué medida ha progresado en él el amor o, mejor, cuánto ha progresado él en el amor. Se dice que progresa en ti el amor porque tú progresas en él. Para conocerlo, pregunta al corazón y advierte lo que te responde. El amor ha alcanzado su perfección en aquel que tiene confianza en el día del juicio, esto es, que no teme que llegue. Una vez que el alma haya comenzado a desear que venga Cristo, convertida en alma casta que suspira por el abrazo del esposo, renuncia al abrazo adúltero, e interiormente se vuelve virgen, en virtud de la fe misma, la esperanza y la caridad. Ya tiene confianza en el día del juicio. Cuando al orar dice: *Venga tu reino*, ya no entra en conflicto consigo misma. No hay otro criterio para comprobar si el amor ha alcanzado su perfección que comenzar a desear ese día. Se trata de un día que desea quien tiene puesta su confianza en él (**AGUSTÍN**, *In ep. Iohannis ad Parthos* 9,3).

151  **Temor.** Si alguien hubiera alcanzado la perfección del amor no temería el día del juicio. La perfección del amor se traduciría en justicia plena y no habría motivo para temer; más aún, habría motivo para anhelar que pase la maldad y llegue el reino de Dios. El temor prepara en cierto modo el lugar al amor. Pero una vez que el amor

18 En el amor no hay temor¹⁵¹, sino que el perfecto amor echa fuera al temor¹⁵²; porque el temor comporta castigo¹⁵³, y el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor.

19 Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero¹⁵⁴.

20 Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?¹⁵⁵.

21 Y nosotros tenemos este mandamiento de parte de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano.

La fe que vence al mundo


CAPÍTULO 5


Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios¹⁵⁶ y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él¹⁵⁷.


2 En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios¹⁵⁸, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos.


3 Pues éste es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos¹⁵⁹ y sus mandamientos no son gravosos¹⁶⁰.


ha empezado a habitar, expulsa al temor que le preparó el lugar. En la medida en que el amor aumenta, disminuye el temor (cf. Rom 8,35) (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos* 9,4; cf. también *In. lo. eu. tractatus* 85,3).


152  **Al temor.** Si habéis comenzado a ser movidos, no por el espíritu de temor, sino por el espíritu de adopción (cf. Rom 8:25), y si habéis progresado hasta el punto de que en vosotros el amor expulsa al temor, y si enaltecéis en vosotros el amor y lo despertáis, elevado tanto tiempo cuanto quiera el Hijo del amor, mejor, el que es amor de Dios, no sea que penséis que es suficiente la medida del amor humano y hagáis por el amor de Dios menos de lo es digno de él (ORÍGENES, *Comm. in Cant. canticorum* 3,7: SC 356, 584).


153  **Castigo.** Si la conciencia de pecado tortura el corazón, aún no es realidad la justificación. Entre el amor que sana la herida que produce el temor. Ese temor de Dios hiere como hiere el bisturí del cirujano: elimina la podredumbre, y parece como que agranda la herida. Fijaos: cuando la podredumbre estaba en el cuerpo, la herida era menor, pero peligrosa. Una vez que el médico ha aplicado el bisturí, la herida duele más: produce más dolor curarla que dejarla como está. Si se aplica es para que luego deje de doler. Que el temor, pues, se apodere de tu corazón para que dé acceso al amor: que la cicatriz siga al bisturí del cirujano (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos* 9,4; cf. también BEDA, *In l. ep. Ioannis*, PL 39,111).


154  **Primero.** ¿Cómo le podríamos amar, si no nos hubiese amado él primero? Al amarlo, nos hemos hecho amigos de él, pero él nos amó cuando éramos sus enemigos, para hacernos sus amigos. Él nos amó primero y nos otorgó amarlo a él. Aún no le amábamos y, al amarnos, nos hizo bellos. Nuestra alma, que se ha hecho fea por la maldad, se vuelve bella amando a Dios. ¡Qué amor ese que hace bella al alma que ama! Dios que es siempre hermoso, nos amó primero, no para dejarnos en nuestra fealdad, sino para transformarnos y, de deformes, hacernos bellos. ¿Cómo podemos hacernos bellos? Amando al que siempre es bello. La belleza aumenta en ti en la misma medida en que aumenta tu amor, puesto que el amor mismo es la belleza del alma. Cristo *no tenía ni forma ni belleza* (Is 53:2; Sal 45:2) para otorgarte a ti la forma y la belleza. ¿Qué forma y qué belleza? El amor de la caridad, de modo que, convertido en amante, corras y, a la vez que corras, ames. Ya tienes esa belleza, pero no te mires a ti mismo, no sea que la pierdas; mira a quien te hizo bello. Sé bello precisamente para que él te ame. Centra tu mirada en él, pide caer en sus brazos, teme alejarte de él, corre hacia él, a fin de que halle en ti el amor casto que permanece por los siglos (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos* 9,9).


155  **Visto.** El contexto declara abiertamente que el amor fraterno –el amor mutuo– no sólo es don de Dios, sino, según tan cualificada autoridad, Dios mismo. Por consiguiente, cuando amamos al hermano con caridad, amamos al hermano en Dios; y es imposible no amar al amar al amor que nos impele a amar al hermano. De donde se sigue que aquellos dos preceptos no existen nunca el uno sin el otro. Si *Dios es amor*, ciertamente ama a Dios el que ama el amor; y es necesario que ame el hermano el que ama el amor. Por eso añade el apóstol Juan: *No puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama al hermano a quien ve* (1Jn 4:20). Y la razón de no ver a Dios, es porque no ama al hermano. Quien no ama a su hermano no está en el amor, y quien no está en el amor, no está en Dios, porque *Dios es amor* (AGUSTÍN, *De trinitate*, 8,12)

156  **Dios.** Nace de Dios quien obra la virtud, creyendo que Jesús es el Cristo. A esa fe, por la que Abraham fue considerado justo, van asociadas las obras conforme a la virtud. La fe muerta no es fe en absoluto (DÍDIMO, *In l. Ep. Ioannis enarratio*, PG 39,1802).

157  **Por él.** Inmediatamente vinculó el amor a la fe, porque la fe sin amor es vana. El amor acompaña la fe de los cristianos, no la de los demonios. ¿Quién es el engendrado? El Hijo. Entonces, quien ama al Padre, ama al Hijo (AGUSTÍN, *In ep. Ioannis ad Parthos* 10,3).

158  **De Dios.** Poco antes hablaba del Hijo, no de los hijos de Dios. Ved como se ha propuesto a nuestra consideración un único Cristo. Cabía esperar que dijera: «En esto conocemos que amamos al Hijo de Dios». Llamó «hijos de Dios» al que poco antes había llamado Hijo de Dios, porque los hijos de Dios son el cuerpo del único Hijo de Dios. Y, dado que él es la Cabeza y nosotros los miembros, no hay más que un único Hijo de Dios. Por ello, quien ama a los hijos de Dios ama al Hijo de Dios y quien ama al Hijo de Dios ama al Padre. Y nadie puede amar al Padre si no ama al Hijo y quien ama al Hijo ama también a los hijos de Dios. ¿A qué hijos de Dios? A los miembros del Hijo de Dios.

159  **Sus mandamientos.** La sustancia y, por así decir, la materia del amor que conviene tener a Dios es la guarda de los mandamientos divinos que elevan a Dios a los que obran según ellos (DÍDIMO, *In l. ep. Ioannis enarratio* PG 39,1802).

160  **Gravosos.** Es decir, carecen de peso que oprima. Quien afirma que son pesados proclama su propia debilidad. Por eso no dijo que son leves, sino que no son gravosos. El que se atiene solo a lo que eleva hacia arriba, sigue lo justo, conoce por experiencia que el yugo de Cristo es leve y obtiene una suavidad abundante (DÍDIMO, *In l. ep. Ioannis enarratio*, PG 39,1803).

4 Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo ¹⁶¹; y ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe ¹⁶².

5 ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?.

El testimonio del Espíritu

6 Éste es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre ¹⁶³. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad ¹⁶⁴.

7 Porque tres son los que dan testimonio [en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo ¹⁶⁵; y estos tres son uno ¹⁶⁶.

8 Y tres son los que dan testimonio en la tierra]: el Espíritu, el agua y la sangre ¹⁶⁷; y estos tres concuerdan.

9 Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque éste es el testimonio de Dios, que ha testificado acerca de su Hijo.


10 El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo ¹⁶⁸.


11 Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.


12 El que tiene al Hijo, tiene la vida ¹⁶⁹; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.


El conocimiento de la vida eterna


13 Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que sigáis creyendo en el nombre del Hijo de Dios.


161  **Mundo.** Nace de Dios el que se educa a sí mismo con los mandamientos poniéndolos en práctica y desprecia la vida material y los halagos del mundo. Este vence al mundo al pasar de la vida de aquí a la celestial. Lo que vence al mundo es nuestra fe en que Jesús es el Hijo de Dios (**DIDIMO**, *In l. ep. Iohannis enarratio*, PG 39,1803).


162  **Fe.** Sin duda, la fe que obra por el amor (Gál 5:6); la fe por la que suplicamos humildemente el auxilio de quien dice: *En el mundo tendréis tribulaciones, pero tened confianza: Yo he vencido al mundo* (Jn 16:33) (**BEDA**, *In l. epistolam Iohannis*, PL 93,113).


163  **Sangre.** Quien era el Hijo eterno de Dios se hizo hombre en el tiempo para recrear por su humanidad a los que había creado por el poder de su divinidad. *Quien vino mediante sangre y agua:* el agua del bautismo y la sangre de su pasión. Además de dejarse bautizar, pensando en lavarnos a nosotros, para consagrar y donarnos el sacramento del bautismo, entregó su carne por nosotros y nos redimió con su pasión [...] (**BEDA**, *In l. epistolam Iohannis*, PL 93,113-114).


164  **Verdad.** Una vez bautizado el Señor en el Jordán, descendió sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma. Él dio testimonio de que Jesús es la Verdad, esto es, el verdadero Hijo de Dios, el verdadero Mediador entre Dios y los hombres, el verdadero Redentor y Reconciliador, verdaderamente limpio de todo contagio pecaminoso, verdaderamente capaz de quitar los pecados del mundo. (**BEDA**, *In l. epistolam Iohannis*, PL 93,114).

165  **Santo.** El Espíritu dio testimonio de que Jesús es la Verdad, cuando descendió sobre él una vez bautizado. Si no fuera el Hijo de Dios, el Espíritu nunca hubiera venido a él de forma tan manifiesta. También el agua y la sangre dieron testimonio de que Jesús es la Verdad cuando, ya muerto en la cruz, manaron de su costado, algo que no hubiera podido suceder en absoluto, en el caso de no tener una verdadera naturaleza de carne. El hecho mismo de que, al orar antes de la pasión, *su sudor se hizo como gotas de sangre que caen en tierra* (Lc 22,44) da testimonio en favor de que asumió una carne verdadera. (**BEDA**, *In l. epistolam Iohannis*, PL 93,114).

166  **Uno.** En efecto, estas tres realidades permanecen inseparables y ninguna de ellas se separa de la conexión recíproca, puesto que no hay que creer en su divinidad sin verdadera humanidad, ni en su humanidad sin verdadera divinidad. (**BEDA**, *In l. epistolam Iohannis*, PL 93,114-115).

167  **Agua.** En primer lugar, tiene la audacia de contar juntas cosas que no son de la misma sustancia, algo que solo se hace con cosas que poseen la misma sustancia. En efecto, ¿quién podría decir que esas tres realidades son de una única sustancia? En segundo lugar, se ha servido de las palabras sin mantener entre ellas la relación debida. Contraviniendo las reglas y leyes de la gramática, después de hablar de «tres» (*treis*) en género masculino, habló de «tres» (*tria*) en género neutro. Y, sin embargo, ¿qué diferencia hay entre poner primero «tres» en masculino y añadir uno y uno y uno en neutro, y hablar de uno y uno y uno en masculino y llamar a esas realidades no «tres» en masculino, sino «tres» en neutro? ¿Es esto lo que tú rehúas a propósito de la divinidad? (**GREGORIO NACIANCENO**, *Oratio* 31,19: SC 250,312)

168  **Hijo.** Quien no da fe a su testimonio –sacrilego es decirlo– piensa que es mentiroso quien dijo la verdad. En efecto, dado que en Cristo el Señor tenemos la salvación perpetua, se sabe que quien no quiere creerle está excluido del don de la salvación (**CASIODORO**, *Complexiones*, PL 70,1373- 1374).

169  **Vida.** Para que no pareciese poco decir que la vida está en el Hijo, añadió que el Hijo mismo es la vida. Algo que el Hijo mostró cuando, glorificando al Padre, dijo: *Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo* (Jn 5:26). Cómo la vida común al Hijo y al Padre ilumina también a los creyentes, lo indica el Hijo en otro pasaje, orando al Padre: *Para que, como le diste a él el poder sobre toda carne, les dé todo lo que le diste a él, la vida eterna. Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti el único Dios verdadero y al que tú has enviado, Jesucristo* (Jn 17:2-3) (**BEDA**, *In l. epistolam Iohannis*, PL 93,116).

14 Y esta es la confianza que tenemos ante él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye ¹⁷⁰.


15 Y si sabemos que él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho ¹⁷¹.


16 Si alguno ve a su hermano cometiendo un pecado que no sea para muerte ¹⁷², pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que come-


ten pecado que no sea para muerte. Hay pecado para muerte, por el cual yo no digo que se pida ¹⁷³.


17 Toda injusticia es pecado, y hay pecado que no es para muerte ¹⁷⁴.

18 Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no continúa pecando, sino que Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca ¹⁷⁵.


170  **Oye.** Grande es la confianza que nos otorga para que esperemos del Señor los bienes celestiales. De hecho, incluso en esta vida conseguimos cuanto le pidamos para nuestra salvación, según lo que también él mismo prometió en el evangelio, al decir: *Os digo que todo lo que pidáis en la oración, creed que lo vais a recibir, y así os sucederá* (Mc 11:24). Hay que advertir, sin embargo, que, al orar así, el Señor nos escuchará solo si pedimos lo que él mandó. Él nos dice: *Buscad primero el reino de Dios, y su justicia* (Mt 6:33). Con razón, al decir: *Nos escucha en todo lo que pidamos*, intercaló: *según su voluntad*. Por tanto, solo nos mandó tener plena confianza de ser escuchados en cosas que se ajustan a la voluntad de Dios y no a nuestras personales conveniencias o alivios temporales. Es lo mismo que se nos manda incluir en la oración del Señor: *Hágase tu voluntad* (Mt 6:10), o sea, no la nuestra. Si recordamos también lo que dice el Apóstol: *Porque no sabemos orar como conviene* (Rom 8:26), entendemos que algunas veces pedimos cosas opuestas a nuestra salvación y quien mira por nuestra utilidad mejor que nosotros nos niega lo que pedimos. Es lo que, sin duda alguna, sucedió al mismo maestro de los gentiles (2 Cor 12:8, 9) (BEDA, *In l. epistolam Ioannis*, PL 93,116-117).


171  **Hecho.** Para afianzar el pensamiento de los creyentes, asentada la raíz de la fe, afirma que, si su voluntad se atiene a la predicación recibida, se les concederá sin duda alguna todo lo que, ajustado a su salvación, quieran pedir al Señor (CASIODORO, *Complexiones*, PL 70,1374).

172  **Muerte.** Estas cosas y otras semejantes que se refieren al deber del amor fraterno se piden conforme a la voluntad del Señor. Se habla, sin embargo, de leves pecados cotidianos, que se evitan tan difícilmente como fácilmente se curan. El orden en que ha de hacerse esta petición por los pecados, lo indica más claramente Santiago: *Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orar los unos por los otros para que seáis salvados* (Sant 5:17). Por tanto, si tal vez faltaste de palabra, de pensamiento, por olvido o por ignorancia, acércate al hermano, confiéaselo, pídele su intercesión. Si él, consciente de su fragilidad, te confiesa la suya, diluye también tú sus errores, intercediendo por él. Esto en referencia a los pecados leves. Pero si cometiste algo más grave, dirígete a los presbíteros de la Iglesia y corrígete conforme a su criterio (BEDA, *In l. epistolam Ioannis*, PL 93,117).

173  **Pida.** Aquí se plantea una gran cuestión. El bienaventurado Juan muestra a las claras que hay hermanos por los cuales no se nos manda orar, siendo así que el Señor nos manda orar hasta por quienes nos persiguen.


La cuestión solo se puede resolver si reconocemos que hay pecados en los hermanos que son más graves que la persecución que se sufre de los enemigos. El pecado que conduce a la muerte al hermano se comete cuando, tras haber conocido a Dios –don de la gracia de nuestro Señor Jesucristo– alguno, movido por la pasión de la envidia, ataca a la fraternidad y actúa contra la gracia que le reconcilió con Dios. En cambio, el pecado que no lleva a la muerte no excluye el amor al hermano, sino que, debido a alguna debilidad de su espíritu, le rehúsa los servicios exigidos por la fraternidad. Por ello el Señor dijo desde la cruz: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen* (Lc 23:34). (BEDA, *In l. epistolam Ioannis*, PL 93,117-118).


174  **Muerte.** La diversidad de pecados es enorme, pues se considera pecado todo lo que se aleja del criterio de la equidad. Hay pecados levisimos que es imposible que los justos, por razón de su justicia, puedan eliminar o disminuir; son aquellos sin los cuales no pueden pasar esta vida. Pero hay otros pecados, alejados de toda clase de justicia y que se cometen con gran maldad, que, sin que nada se oponga, surgen en la pena eterna a quienes los cometen, si no se corrigen. De ellos está escrito: *El alma que peque morirá* (Ez 18:4). Con su afirmación el bienaventurado Juan desacredita una inepta argumentación de los estoicos. Contra la opinión de todo el género humano, se han atrevido a decir y a defender que todos los pecados son iguales, argumentando que no hay diferencia alguna entre robar un buey y robar una gallina, porque el autor del robo no es el animal, sino el alma del ladrón. A ellos se unió el hereje Joviniano al sostener que no hay diferencia alguna entre el matrimonio y la virginidad y que no hay que dar la preferencia a los que se abstienen de algún beneficio retributivo, sobre los que lo aceptan. Todo lo que se hace o se piensa con maldad hay que referirlo al pecado. Pero hay pecados que conducen a la muerte, de los que dice el Apóstol: *Pues los que hacen tales cosas no conseguirán el reino de Dios* (Gál 5:21) (BEDA, *In l. epistolam Ioannis*, PL 93,118).


175  **Toca.** Tras afirmar que el hombre no es hijo de Dios por naturaleza, añadió lógicamente que se guarda a sí mismo y el Maligno no lo toca. Entonces, el no pecar no lo tiene por naturaleza, sino por don. Solo que, si alguien se guarda a sí mismo, ora para que Dios lo guarde a fin de permanecer sin que el Maligno lo toque (cf. Prov. 4:23; 4:21; Sal 12:7 17:8; Jn 17:11). El Maligno toca al hombre para dañarlo y afligirlo (cf. Sal 91:10; Zac 11:8; Sal 105:15) (DÍDIMO, *In l. ep. Ioannis enarratio*, PG 39,1805).

19 Sabemos que somos de Dios, y el mundo¹⁷⁶ entero yace en poder del maligno¹⁷⁷.
 20 Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento¹⁷⁸ para conocer al


que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo¹⁷⁹. Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna¹⁸⁰.
 21 Hijitos, guardaos de los ídolos¹⁸¹. Amén.


176  **Mundo.** Algunos, al ignorar que el nombre mundo se aplica a diversas realidades, han caído en una concepción impía del Creador. No han resuelto a propósito de qué realidad se ha dicho *el mundo yace en poder del Maligno*. En este pasaje Juan emplea la palabra mundo para referirse a las realidades terrestres y humanas. Dando por hecho que la palabra significa en sí misma el conjunto del cielo, y de la tierra y de lo que ellos contienen, sacan ideas enteramente fuera de lugar y sacrílegas sobre Dios, siendo incapaces de mostrar cómo realmente el sol, la luna y los astros yacen en poder del Maligno, habida cuenta que se mueven conforme a procesos bien ordenados. Si les objetamos con la frase: *Éste es el cordero de Dios que quita el pecado del «mundo»* (Jn 1:29), para mostrarles que la palabra mundo designa aquí el lugar donde abunda el pecado, esto es, el lugar terrestre, mostrarían buen sentido aceptando estas palabras, pero con su espíritu pendenciero vuelven neciamente a sus primeras posiciones, ateniéndose a juicios descarriados, aceptados de una vez por todas, porque ignoran que un nombre puede aplicarse a diversas realidades. Si, al revés, en otro momento les citamos el texto: *Dios reconcilia consigo el mundo en Cristo* (2 Cor 5:19), ya no podrán mostrar que en este texto la palabra «mundo» tiene el sentido que ellos le han dado de «el mundo en su conjunto», es decir, lo que existe en el mundo entero, sobre todo si se atienen a sus fábulas. Pues también para ellos es indispensable que la palabra mundo sea entendida como una palabra con variedad de significados (ORÍGENES, *Philocalia*, 14,2: SC 302,410).


177  **Maligno.** Al diablo se le llama príncipe del mundo no porque él lo haya creado, sino porque son numerosos los pecadores que hay en él. Como él es el príncipe del pecado, por eso se le llama también príncipe del mundo, esto es, de los que aún no han abandonado el mundo para volver al Padre. En este sentido se dice *que todo el mundo está en poder del Maligno*. ¿De qué nos sirve sostener que Cristo es nuestro príncipe si nuestras acciones y nuestras obras muestran que estamos en poder del diablo? ¿O acaso no es evidente bajo qué príncipe actúa el impúdico, el incestuoso, el injusto? ¿Puede un hombre decir «hago estas cosas» bajo la autoridad de Cristo, incluso si en apariencia está inscrito bajo el nombre de Cristo? Donde Cristo ejerce de príncipe no puede admitirse ninguna impureza, ninguna injusticia y no hay lugar para una apariencia injusta. Desde este punto de vista, es normal que a Cristo se le llame príncipe de las virtudes y al diablo, príncipe de la malicia y de toda iniquidad (ORÍGENES, *In Numeros homilia*, 12,4,2: SC 442 [1999],104).

178  **Entendimiento.** Pablo dice que *Nosotros tenemos la mente de Cristo* (1 Cor 7,40). Quien así lo entiende y tiene esa mente conoce al Verdadero en esencia y, por

ese conocimiento, está unido a él. Jesucristo es verdadero Hijo de Dios y Dios, consustancial al Padre y distinto numéricamente del Padre, contra la opinión de Sabelio. Sabiendo que el Padre es el único Dios verdadero, ven al Hijo como verdadero Dios aquellos a los que, al venir, otorgó entenderlo así. Si el Padre y el Hijo son de sustancia diferente, como solo el Padre es verdadero Dios, el Hijo no es verdadero Dios. Pero si el Hijo es verdadero Dios y, si ambos son de diferente sustancia, el Hijo tendrá que ser verdadero Dios en apariencia. A su vez, si el Padre es verdadero Dios, no puede ser Padre. Por tanto, hay que considerar herejes a quienes afirman que el Padre y el Hijo son de distinta sustancia (DÍDIMO, *In I. ep. Ioannis enarratio*, PG 39,1807-1808).

179  **Jesucristo.** ¿Hay algo más claro y más dulce que estas palabras? ¿Se pudo decir algo más fuerte contra el conjunto de las herejías? Cristo es verdadero Hijo de Dios. El Hijo sempiterno de Dios, que estaba en el mundo y por el que fue hecho el mundo, vino en el tiempo al mundo. El único motivo fue nuestra salvación, esto es, darnos la conciencia de que conocemos al Dios verdadero. Pues nadie podía venir a la vida sin conocer a Dios y nadie podía conocerlo, si él no se lo enseñaba. Así lo dice él mismo: *Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar* (Mt 11:25). Se sobreentiende: al Padre y al Hijo. En efecto, el Hijo revela a uno y a otro el Hijo. Manifestándose en carne visible se dignó abrirnos por medio de su evangelio los secretos de su divinidad (BEDA, *In I. epistolam Ioannis*, PL 93,120).

180  **Eterna.** Repite muchas veces que el Hijo es verdadero Dios. Afirma que él es la vida eterna. No la vida eterna que se nos promete a nosotros, vida que recibimos en el tiempo, sin que luego conozca término nuestra vida feliz, pues el Hijo es vida que permanece sin inicio en el tiempo, y que permanecerá siempre sin término (BEDA, *In I. epistolam Ioannis*, PL 93,120).

181  **Ídolos.** Vosotros que habéis conocido al Dios verdadero en quien poseéis la vida eterna, guardaos de las enseñanzas de los herejes que llevan a la muerte eterna, pues quienes en lugar de Dios fabrican un ídolo, con sus insensatas enseñanzas cambian la gloria incorruptible de Dios en algo semejante, pero corruptible (cf. Rom 1:23). Guardaos del amor al dinero que es esclavitud a los ídolos. Guardaos de anteponer los halagos del mundo al amor al Creador. También esto se cuenta entre los ídolos, a fin de que, cuidando solo la Verdad y sintiendo afán por ella, merezcáis alegraros sin fin contemplándola. *El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre* (BEDA, *In I. epistolam Ioannis*, PL 93,120).

· · · A R T Í C U L O · · ·

VARIACIONES SOBRE EL MAL

en san Agustín

Introducción

||| ***“Ciertamente a alguien le podrá parecer sorprendente que neguemos la existencia de los malos, que son los más numerosos de los hombres; y, sin embargo, tal es el estado de la cuestión”.***

Así escribe Boecio, un siglo tras la muerte de Agustín, en el libro cuarto de *La Consolación de la Filosofía*, presentando como algo evidente la doctrina del mal como privación, pero a la vez reconociendo que esto podrá parecer “sorprendente”. Que el mal no existe, que no hay nada malo: ésa es la tesis de san Agustín, bien conocida por toda la comunidad filosófica. Es una tesis que en un comienzo efectivamente puede parecer una provocación a quienes la oyen, pero que a más tardar en segundo año de la carrera de filosofía, se ha llegado a comprender y a recibir como una herencia común de casi toda la tradición filosófica. En efecto, pocas tesis filosóficas parecen ser aceptadas con tan poca controversia como la idea de que, por ejemplo, la ceguera no es nada más que falta de visión, que sólo algo bueno puede ser malo: que el mal es parasitario, dependiente; en palabras de *La Ciudad de Dios*, que *“pueden existir bienes sin males [...], pero no pueden existir males sin bienes”*.

Pero la controversia no ha estado del todo ausente. Puede, por supuesto, haber quien vea en esta tesis agustiniana un excesivo optimismo. Kierkegaard, por ejemplo, en *La Enfermedad Mortal* dedica un capítulo completo a defender la tesis -si bien contra adversarios distintos de Agustín- de que *“el pecado no es una negación, sino una posición”*. Pero por otra parte, otros suelen levantar contra Agustín la queja no de haber minimizado el mal, sino de haberlo maximizado, de haber afirmado como nadie antes que él, que el mal nos tiene esclavizados. Este Agustín tardío sería demasiado pesimista, nos dicen: sería, por decirlo así, el genio maligno de Occidente.

Ahora bien, naturalmente extraña que un autor sea criticado a la vez por optimista y pesimista. Y es asimismo verdad, que este tipo de adjetivos -optimista, pesimista- pueden tener bastante sin cuidado a la filosofía. Pero estas críticas opuestas tienen al menos la ventaja de fijar nuestra mirada sobre las opuestas controversias en las que se desarrolla la concepción agustiniana del mal. El presente artículo busca presentar la concepción agustiniana del mal precisamente a partir de las tres grandes controversias doctrinales de la obra agustiniana: la antimaniquea, la antidonatista y la antipelagiana. Siendo los focos tradicionales para abordar la concepción agustiniana del mal la

pregunta por sus posibles fuentes neoplatónicas y la concentración exclusiva en los escritos antimaniqueos, aquí se busca más bien, ver cómo los resultados de las distintas controversias doctrinales en las que estubo involucrado, se equilibran recíprocamente y contribuyen a la formación de la mente del Agustín maduro.

El maniqueísmo y las dos naturalezas

Partamos dirigiendo la mirada a la discusión con los maniqueos. Está claro que es aquí donde se forma la mente de Agustín en torno al problema del mal: en discusión con un grupo gnóstico de influencia avasalladora, que supone la existencia de dos principios coeternos del bien y del mal, cuya batalla se libra en esta tierra en seres humanos compuestos precisamente por elementos de cada una de estas sustancias; seres humanos que requieren pues, librarse de parte de su sustancia, porque ella es algo ajeno a su verdadero yo, y causa del mal. Pero si acaso fue la doctrina maniquea en relación con el mal lo que atrajo a Agustín al maniqueísmo, es algo que está menos claro: en el primer libro del *De libero arbitrio* hay un indicio en esa dirección, cuando dice a su interlocutor que está tocando precisamente el tema que *“me ocupaba de modo vehemente en la juventud, y que acabó por presionarme y arrojarme en brazos de los herejes”*; pero en el relato de las «Confesiones» no se nombra la concepción maniquea del mal como motivo para haber entrado en contacto con los maniqueos. Agustín se limita ahí a nombrar la crítica maniquea al Antiguo Testamento como lo que lo cautiva tras haber tenido su primer decepcionante encuentro con las Sagradas Escrituras. Si acaso Agustín se hizo maniqueo impresionado por la doctrina maniquea sobre el mal, es algo sobre lo que puede pues haber un cierto justificado escepticismo.

Esta concepción maniquea puede no obstante seguir pareciendo muy poderosa, ya que -haya sido este el motor inicial para acercarse al maniqueísmo o no- de todos modos habría convencido a una mente como la de Agustín por al menos nueve años. Pero también aquí hay que hacer algunas precisiones. En algún momento la doctrina maniquea del mal efectivamente cautivó a Agustín. Pero el período de la pertenencia externa al maniqueísmo no es idéntico con el período de adherencia a sus doctrinas. Hay signos inequívocos de que Agustín permanece los últimos años en el maniqueísmo sin adherirse ya al mismo. Decidió así *“no separarme del todo, sino quedarme en aquello en lo que ya estaba involucrado, hasta que encontrara algo mejor”*, escribe en el libro V de las *Confesiones*. Se podría pues decir que el período escéptico de Agustín no se limita al breve lapso -entre el maniqueísmo y la conversión al cristianismo- en que profesa seguir la filosofía de la Academia, sino que el escepticismo se sobrepone con la etapa maniquea: Agustín ya no cree en la doctrina maniquea, pero, conservador como tantos otros escépticos, mantiene el vínculo externo con esta agrupación religiosa. Ahora bien, este paso del abandono de la vieja doctrina maniquea hasta la adopción de una nueva convicción, es particularmente tortuoso en relación con el problema del mal, mucho más que en relación con otras doctrinas maniqueas.

El desenlace nos es presentado en el libro VII de las *Confesiones*, que en buena medida puede ser visto como el libro de su conversión teórica, mientras que la conversión práctica es narrada en el libro VIII (al finalizar el libro VII no tiene ya duda alguna sobre la verdad del cristianismo y, sin embargo, aún no logra hacerse cristiano). Pero ¿qué paso decisivo faltaba antes para su conversión teórica? *“Aún no tenía suficientemente claro cuál es la causa u origen del mal”*, nos dice al comienzo del libro VII. Ya había oído, nos informa, que la libre elección de nuestra voluntad es la causa del mal. ¿Qué es lo que no lo satisfacía de esta respuesta? No parece haber sido un punto concreto, sino, en palabras de Agustín, *“un torbellino de pensamientos”*, como preguntas por el origen de su propia mala voluntad, siendo que proviene de un Dios bueno: *“tales eran los pensamientos que hervían en mi miserable pecho”*, *“preguntaba de dónde viene el mal, pero preguntaba mal”*. El desenlace de esta discusión es conocido: en el mismo libro VII Agustín narra su camino a la doctrina del mal como privación. Pero rara vez se repara en el hecho de que la discusión sobre el origen del mal en el libro VII se ve interrumpida: tras plantear todas sus dudas y los pensamientos que hierven en su pecho, abandona el tema. Pasa a hablar sobre su abandono de la astrología y nos conduce a uno de los pasajes más célebres de la obra: la lectura de los *libri platoniorum*, y el recuento de lo que encontró y no encontró ahí. Sólo una vez que ha terminado ese recuento retoma el problema del mal, pero ya no es un problema, sino que ahí nos comienza a hablar el Agustín que todos conocemos, presentando de modo sereno, sin más *“torbellinos de pensamientos”*, la doctrina del mal como privación.

¿Qué fue lo que encontró en esta lectura de los libros platónicos, que le permite acabar con sus dudas sobre el origen del mal? *“Se lee ahí que tu Hijo unigénito, coeterno contigo, permanece inmutable antes de todos los tiempos y por sobre todos los tiempos. Que de su plenitud reciben las almas el ser felices,*

y que son renovadas por participación de la sabiduría que permanece en sí". Agustín descubre la trascendencia. La estructura de estas páginas merece ser notada con detalle. Descubre la trascendencia por esta lectura de los platónicos y la experimenta de inmediato en una personal experiencia de ascenso. Apenas termina de narrar esa experiencia, menciona los grados de participación, que las cosas creadas ni son absolutamente ni absolutamente dejan de ser, y concluye con su fórmula predilecta para designar la felicidad (tomada del salmo 73): "Para mí el bien es adherirse a Dios". Acabada esta cadena de argumentos y experiencias -descubrimiento intelectual de la trascendencia, ascenso personal, descripción de los grados de participación, definición de la felicidad-, ahora sí fluye de la boca de Agustín con toda naturalidad lo que esperamos de él. Así comienza el párrafo siguiente: "Pude ver [manifestatum est mihi] que son bienes los que se corrompen, que ni podrían corromperse de ser el sumo bien, ni podrían corromperse de no ser bienes [...]. Y el mal, por cuyo origen andaba preguntando, no es una sustancia, porque si fuera una sustancia sería un bien". El relato de las *Confesiones* es por supuesto una reconstrucción de la conversión, una década después de la misma. Pero sea que consideremos confiable dicha reconstrucción en todos sus puntos o no, al menos podemos saber que el Agustín de las *Confesiones*, al comenzar el episcopado, tiene esta visión retrospectiva respecto de su camino hacia la doctrina del mal como privación.

Habiendo llegado a esta doctrina por este camino, el cuadro no tardará en irse completando a través de la abrumadora cantidad de sus escritos antimaniqu coastos. En primer lugar, si bien la pregunta por el origen del mal está presente en muchos escritos de Agustín, va acompañada de un explícito abandono de la primacía de dicha pregunta. Bastaría -escribe en el *De moribus*- que los maniqueos dejen de preguntarse en primer lugar por el origen del mal, y que en lugar de ello se pregunten por la naturaleza del mismo: esto derribaría todo su sistema. Y cuando él mismo trate sobre el origen del mal, sobre su origen en la voluntad humana, y en último término en la angélica, habrá un fin al "torbellino" de pensamientos que lo aquejaba antes, pues está dispuesto a reconocer la voluntad precisamente como algo último, como raíz. Aunque, Agustín, renuncie a buscar la raíz de una raíz. El pasaje más significativo a este respecto se encuentra en el libro XII de *La Ciudad de Dios*, donde, tras enunciar la pregunta por el origen de la mala voluntad de los ángeles caídos, lo rechaza:

||| "Si se busca la causa eficiente de esta mala voluntad, no se encuentra.
 ||| ¿Pues qué es lo que hace mala a la voluntad, siendo ella la que hace mala
 ||| la obra? Y así la mala voluntad es eficiente del acto malo; pero no hay nada
 ||| que sea eficiente de la mala voluntad. [...] Que nadie busque por tanto una
 ||| causa eficiente de la mala voluntad. No es eficiente, sino deficiente. [...] Es
 ||| como si alguien quisiera ver las tinieblas u oír el silencio".

Resta atender a algunas precisiones posteriores que también nacen de la controversia antimaniquera, lo cual haré mediante breve referencia a tres obras antimaniqu coastos de distinto carácter, *De libero arbitrio*, *De moribus* y *De natura boni*. Ya al comienzo del *De libero arbitrio* -primera de las obras antimaniqu coastos-, se encuentra la distinción entre un mal de culpa y un mal de pena: "Una cosa es cuando decimos que un individuo ha hecho un mal, otra cuando sufre un mal". Como bien hace notar Agustín, es sólo en relación con el primero de estos tipos de mal, el mal moral, que resulta impío calificar a Dios como autor del mal; su autoría del segundo tipo, el mal físico que sufrimos como castigo por el mal moral, no representa un problema. Para una segunda precisión conviene volver a dirigir la mirada al *De moribus*, donde se precisa que no es cualquier privación la que constituye un mal, sino una "inconveniencia enemiga de la sustancia". El veneno -así reza el ejemplo de Agustín- es un mal para nosotros, pero no para el escorpión del que proviene; para éste sería más bien un mal la privación del mismo, pues dicho veneno es algo que conviene a su sustancia. Agustín no reduce esto a una fórmula, pero sienta la base sobre la que Anselmo llegará a la definición del mal como privación del bien debido. Esta referencia a un tipo específico de privación nos conduce por último al tratado *De natura boni*, donde Agustín habla de los tres bienes generales de toda sustancia, modo, forma y orden natural. La privación del bien debido es la privación de todos o alguno de estos bienes generales y, por las implicaciones trinitarias de esta tríada, la privación de aquello por lo cual somos imagen de Dios. Con eso ya parece medianamente completa la posición de Agustín sobre el mal. Pero sólo en lo que corresponde a los resultados de la controversia antimaniquera, aquello que tradicionalmente ha sido recibido como la concepción agustiniana del mal.

El donatismo y las dos ciudades

Siguiendo el orden cronológico nos enfrentamos con aquella controversia que menos parece aportar al problema. En efecto, la discusión con el donatismo es una discusión sobre eclesiología, y, *prima facie*, la eclesiología parece uno de los campos teológicos más alejados de la filosofía. Podríamos sintetizar el conflicto entre Agustín y los donatistas en torno a la siguiente pregunta: ¿Qué valor tienen sacramentos administrados por obispos que en los momentos de persecución no permanecieron firmes, sino que entregaron códices de las Escrituras a los persegutores, convirtiéndose así en tradidores? Esta cuestión ha sido fundamental para el desarrollo de la doctrina de los sacramentos, pero también para la concepción agustiniana del mal. No ya para los aspectos ontológicos a los que lo llevaba la controversia antimaniquea, pero sí para otros aspectos del problema. Pues la posición de Agustín consiste en una afirmación del valor de la acción sacramental independientemente de la calidad moral del oficiante, pero tal posición doctrinal pasa precisamente por un reconocimiento del carácter moralmente mixto de la Iglesia. Para el donatismo, por el contrario, lo que resulta inconcebible es precisamente la idea de que pueda haber en la Iglesia una convivencia pacífica entre los malos y los buenos. Con seguridad el texto que más frecuentemente cita Agustín a este respecto es el llamado de Cristo a no separar el trigo de la cizaña antes del final. Y precisamente esto es algo no sólo teológico, sino una observación que en cierto sentido podríamos considerar como conducente a algo así como una “doctrina agustiniana de la tolerancia”. Desde luego esto puede sonar paradójico, dado que precisamente Agustín es el primer teólogo cristiano en dar fundamentos teóricos para la persecución de cismáticos. Pero ahí donde aún existe el vínculo del amor, es decir, ahí donde la unión eclesial aún no ha sido rota, Agustín se apura en mostrar a los donatistas el tolerar a los malos como nota característica de los santos:

||| ***“Aarón tolera a la multitud que exige un ídolo, lo erige y lo adora; Moisés tolera a los miles que murmuran contra Dios y ofenden su santo nombre. David tolera a Saúl, su perseguidor. [...] Todos los santos siervos y amigos de Dios tuvieron a algunos que tolerar en su pueblo; y no se apartaban de éstos en la participación de los sacramentos de aquel tiempo”.***

Esta idea, que en la recién citada carta contra los donatistas sigue apareciendo vinculada a la discusión sobre los sacramentos, es decisiva para la formación de una de las obras filosóficas mayores de Agustín, *La Ciudad de Dios*, cuya doctrina principal es precisamente la idea de dos “sociedades” en pugna a lo largo de la historia, pero no entendidas como dos instituciones en pugna, sino como dos tipos de amor que en la historia se dan mezclados en instituciones: “*Estas dos ciudades de hecho están confundidas (perplexae) y mezcladas la una con la otra, hasta que sean separadas en el último juicio*”.

No parece así nada despreciable el resultado filosófico de la aparentemente estéril (y ciertamente agotadora) discusión con los donatistas.

Pero lo que hemos citado no son las únicas observaciones importantes en relación con el mal en *La Ciudad de Dios*. La obra abre, además, llamando la atención sobre el hecho de que durante la caída de Roma también los buenos sufrieran males. La referencia al trigo y la cizaña, central para el tema antes mencionado, abre aquí paso a otro texto bíblico, a la referencia al Dios que hace salir su sol sobre buenos y malos, hace llover sobre justos e injustos. El punto de Agustín al enfatizar la gran cantidad de males que son comunes a buenos y malos, es precisamente el notar que entonces no son esos, el tipo de males que nos hacen malos. Ni los equivalentes bienes temporales serán entonces los bienes que nos hacen buenos. Precisamente el carácter de comunes a buenos y malos que tienen ciertos bienes y males es lo que lo revela como no decisivos para nuestra bondad o maldad. “*Así aprendemos a no prestar demasiada atención a aquellos bienes y males que son comunes a buenos y malos*”, escribe en el libro XX, y “*buscar aquellos bienes exclusivos de los buenos y huir de los males exclusivos de los malos*”. La aparentemente azarosa repartición de bienes y males es pues lo que lleva a Agustín al reconocimiento de ciertos bienes como bienes que no nos hacen buenos, y viceversa con los males.

En materia de clasificación de bienes, me parece que es precisamente ésta la distinción principal de san Agustín, tal como la formula en el *De libero arbitrio*: “*Hay bienes que nos hacen buenos, y bienes que nosotros hacemos buenos*”. Los bienes que nos hacen buenos son bienes exclusivos de los buenos. En lo que se refiere a estos bienes, como puede leerse en otro texto antidonatista, sí es separación lo que debe ser buscado:

“Mientras dura esta vida es lícito separarse y dejar a los malos en lo que respecta a costumbres, vida y voluntad, y conviene velar siempre por esta separación; pero la separación corporal debe ser esperada hasta el final del tiempo en confianza, paciencia y fortaleza”.

Los malos y los buenos como personas físicamente unidas pero separadas por distintos tipos de amor –eso podría ser considerado como lo principal que los textos antidonatistas aportan a nuestra pregunta por el mal. Tal vez, se pueda también suponer que a Agustín le resultó fácil enfrentarse al elitismo moral colectivo del donatismo, tras haberse enfrentado al dualismo cosmológico de los maniqueos. Pero esta aparentemente nítida separación entre los buenos y los malos, dejará de ser tal, en la controversia que ocupará los últimos años de la vida de san Agustín: en discusión con los pelagianos importará más bien el hecho de que todos somos malos.

El pelagianismo y las dos voluntades

Dirijamos finalmente la mirada a esta última controversia, la antipelagiana. Si las discusiones con un movimiento popular norteafricano, como lo es el donatismo, pueden dar la primera impresión de ser poco interesantes para la filosofía –impresión que no parece del todo acertada– la posición de Agustín contra un movimiento de élite como el pelagianismo puede dar la impresión de convertirlo más bien a él en un autor antifilosófico. En efecto, abundan en los escritos pelagianos las acusaciones precisamente contra Agustín por “vulgar” o “púnico”. Es acusado además de recaer en el maniqueísmo. No faltan textos de san Agustín para fundamentar una acusación como ésa. Así, por ejemplo, en los dos libros de respuestas a Simpliciano habla del pecado original como nuestra actual naturaleza y de los pecados actuales añadiendo sobre eso la costumbre, suerte de segunda naturaleza, de modo que “*estos dos, como naturaleza y hábito, forman una robustísima e invencible cupiditas*”. El mal como naturaleza y junto al hábito formando un bloque invencible, añadiendo así otra nota maniquea cual es el determinismo: si esto se ha de tomar *ad litteram*, se puede entender la inquietud de los pelagianos.

Pero me centraré aquí en otro aspecto. He dicho que la posición de Agustín puede parecer antifilosófica, y esto se puede corroborar en muchos puntos. Pensemos, por ejemplo, en la célebre afirmación según la cual las virtudes de los paganos serían más bien vicios que virtudes, afirmación típica de su etapa antipelagiana, que parece distanciar a Agustín de toda aproximación racional a los problemas humanos, cortando con la tradición filosófica. Pero también hay indicios en sentido contrario. Quiero limitarme a un solo ejemplo de un texto agustiniano de corte antipelagiano en que este énfasis en el poder del mal sobre nosotros no parece ir contra la tradición filosófica, sino que, por el contrario, parece enriquecerla. El texto se encuentra en las *Confesiones*. No pertenece por tanto propiamente a la etapa antipelagiana, pero debe tenerse en cuenta que es precisamente una oración de las *Confesiones* –*“da lo que pides y pide lo que quieras”*– la que irrita a Pelagio, desencadenando algunos años más tarde la controversia antipelagiana (*Sensu lato* es pues una obra antipelagiana tal como el contemporáneo *Ad Simplicianum*). El texto que me interesa se encuentra en el libro VIII. Ya he hablado del libro VII como el libro en que se completa la conversión teórica, mientras que el octavo es el libro de la conversión práctica. Al comenzar el libro Agustín afirma, en efecto, que “*ya no deseaba saber con más certeza sobre ti, sino estar más firmemente en ti*”, y todo el libro trata sobre este problema: el hecho de que convencido ya, y queriendo ser un hombre nuevo, no llegue a serlo. Una década antes, en el de libero arbitrio, Agustín escribía “*¿Qué está tan en manos de nuestra voluntad, como la voluntad misma?*” La voluntad, creía entonces, dispone de sí misma más que de cualquier otra cosa. Ahora, en las *Confesiones*, la afirmación es que “*mi voluntad estaba en manos del enemigo*”. ¿Qué quiere decir esto? Por una parte lo que hace Agustín es una simple observación respecto de la formación de una cierta necesidad tras una serie de libres elecciones malas: “*Mi voluntad estaba en manos del enemigo. De ella había hecho una cadena con la que me tenía preso. Pues de la voluntad pervertida nace la pasión, de servir a la pasión nace la costumbre, y de la costumbre no combatida nace la necesidad*”. Se trata de una cadena que va desde *voluntas perversa*, a *libido* y *consuetudo*, para acabar en *necessitas*. Conviene hacer una precisión respecto de *voluntas*. No parece aquí estar entendida como libertad de albedrío, sino como tendencia. Existe una libertad de albedrío para dar lugar a una nueva *voluntas*, para hacer surgir la voluntad de vida nueva –eso no es negado por Agustín. Pero no está a disposición nuestra la totalidad de nuestra tendencia volitiva, como para poder transformar esa voluntad que está en manos del enemigo en una voluntad nueva. Por eso Agustín habla a continuación de una lucha entre dos voluntades: “*Así mis dos voluntades, una vieja y una nueva, una carnal y una espiritual, estaban en conflicto y en su discordia destruían mi alma*”. La lucha no es entre dos decisiones libres, sino entre el conjunto de dos tendencias. La agudeza con que Agustín describe su ausencia de dominio sobre la

voluntad mala es, me parece, una clara muestra de positivo desarrollo producido por su “pesimista” visión del hombre. En muchas acciones, observa, el querer y el poder son idénticos; pero precisamente en el campo más decisivo no parece ser así: “*Más fácilmente obedece el cuerpo al más sutil mandato del alma, que el alma a sí misma*”. Y un poco más adelante: “*¿De dónde proviene esta monstruosidad? El alma manda al cuerpo, y la obediencia es inmediata, el alma se manda a sí misma, y experimenta resistencia*”. La salida práctica que aquí se ofrecerá a una parte del problema del mal, consiste por supuesto en que somos remitidos a la gracia. Pero el texto de *Confesiones VIII* es una muestra clara de que esto no consiste en una simple prédica sobre la *massa damnata* remitida a la gracia, sino que media entre esas dos instancias un fino análisis de la condición humana.

Conclusión

¿Qué se gana con el recorrido por las tres controversias doctrinales? Agustín es un platónico cristiano. Y la idea de que el mal sea privación de bien por supuesto no es nada exclusivo de él, sino herencia común de la tradición de platonismo cristiano (y más allá del cristiano). ¿Cómo caracterizar entonces con más precisión la posición específica de Agustín? Me parece –y con ello pienso no sólo en el problema del mal, sino en el pensamiento de Agustín en general- que una manera de caracterizarlo adecuadamente sería decir que es un platonismo cristiano pasado por el cedazo de las controversias antimaniquea, antidonatista y antipelagiana. Hemos podido ver cierta relación entre cada una de las polémicas: el argumento de la *privatio boni* desarrollado sobre todo en discusión con los maniqueos lo había preparado en alguna medida para la discusión con los donatistas, donde se enfrentará al problema de la pureza de una institución y sus representantes:

Agustín rechaza la idea de una separación física o institucional entre buenos y malos del mismo modo como rechazaría la idea del bien y el mal como distintas sustancias. Asimismo, es común notar paralelos entre la controversia antimaniquea y la antipelagiana, sobre todo a partir del hecho de que destacados pelagianos lo acusaran de recaer en el maniqueísmo. Pero los paralelos que hemos notado aquí no ceden ante dicha acusación, sino que más bien nos llevan a fijar la atención en el hecho de que el mal no sólo es una privación de bien, sino enemistad con el bien; y en ese sentido sin duda es importante notar, como muchas veces se hace, que el bien y el mal no deben ser comprendidos como opuestos, sino más bien como realidades radicalmente asimétricas. Por último, si bien es menos común notar paralelos entre la controversia antidonatista y la antipelagiana, en ambos casos Agustín se está enfrentando a pretensiones de una perfección que él no considera alcanzable por el hombre mientras aún está en el *saeculum*: sólo que en un caso es la posición de una élite ascética y, en otro caso, la de un popular movimiento eclesial. El resultado del paso por estas controversias es el Agustín maduro, del cual aquí hemos visto un ejemplo a propósito del problema del mal. Pero podrían multiplicarse los ejemplos de cómo tres controversias en apariencia tan poco filosóficas formaron la mente de uno de los grandes genios de la tradición filosófica occidental.

Manfred Svensson

Usado con permiso de *Revista de Filosofía*, N° 61, 2009-1.
Este estudio contiene numerosas referencias a pie de página que
pueden consultarse en esta revista.

... ARTÍCULO ...

LAS SETENTA *semanas*

Le doy cuenta de que esta cuestión ha sido discutida de diversas maneras por los hombres más sabios, y que cada uno de ellos ha expresado sus puntos de vista según la capacidad de su propio genio. Por lo tanto, como no es seguro juzgar las opiniones de los grandes maestros de la Iglesia y poner a uno por encima de otro, me limitaré a repetir el punto de vista de cada uno, y dejaré al juicio del lector la explicación de quién debe seguir. En el quinto volumen de su *Chronographiai* [Cronología], Sexto Julio Africano [historiador y apologista] dice lo siguiente sobre las setenta semanas:

«El capítulo que leemos en Daniel sobre las setenta semanas contiene muchos detalles notables, que requieren una discusión demasiado larga en este punto; y así debemos discutir sólo lo que pertenece a nuestra tarea actual, es decir, lo que se refiere a la cronología. No hay duda de que constituye una predicción del advenimiento de Cristo, pues Él apareció al mundo al final de las setenta semanas. Después de Él se consumaron los crímenes y el pecado alcanzó su fin y la iniquidad fue destruida. También se proclamó una justicia eterna que superó la mera justicia de la ley; y la visión y la profecía se cumplieron, ya que la Ley y los Profetas perduraron hasta el tiempo de Juan el Bautista (Lc. 16), y entonces fue ungido el santo de los santos. Y todas estas cosas fueron objeto de esperanza, antes de la encarnación de Cristo, más bien que objetos de posesión real. Ahora bien, el ángel mismo especificó setenta semanas de años, es decir, cuatrocientos noventa años a partir de la emisión de la palabra de que se concediera la petición y se reconstruyera Jerusalén. El intervalo especificado comenzó en el vigésimo año de Artajerjes, rey de los persas; porque fue su copero, Nehemías (Neh. 1), quien, como leemos en el libro de Esdras [la *Vulgata* cuenta a Nehemías como II Esdras], solicitó al rey y obtuvo su petición de que Jerusalén fuera reconstruida. Y esta fue la palabra, o el decreto, que concedió el permiso para la construcción de la ciudad y su cerramiento con murallas; pues hasta ese momento había permanecido abierta a las incursiones de las naciones circundantes. Pero si se apunta a la orden del rey Ciro, que concedió a todos los que lo desearan permiso para regresar a Jerusalén, el hecho es que el sumo sacerdote Josué [*Jeshua*] y Zorobabel, y más tarde el sacerdote Esdras, junto con los demás que habían estado dispuestos a partir de Babilonia con ellos, solo hicieron un intento frustrado de construir el Templo y la ciudad con sus murallas, pero las naciones circundantes les impidieron completar la tarea, con el pretexto de que el rey no lo había ordenado. Y así la obra quedó incompleta hasta la época de Nehemías y el vigésimo año del rey Artajerjes. Por lo tanto, el cautiverio duró setenta años antes del dominio persa.

»En este período del Imperio persa habían transcurrido ciento quince años desde su inicio, pero era el año ciento ochenta y cinco desde el cautiverio de Jerusalén cuando Artajerjes dio la primera orden de construir las murallas de Jerusalén. [En realidad sólo 141 años, el intervalo entre 587 a.C. y 446 a.C.] Nehemías estaba a cargo de esta empresa, y se construyó la calle y se levantaron los muros circundantes. Ahora bien, si se calculan setenta semanas de años a partir de esa fecha, se puede llegar al tiempo de Cristo. Pero si queremos tomar cualquier otra fecha como punto de partida para estas semanas, entonces las fechas mostrarán una discrepancia y encontraremos muchas dificultades. Porque si las setenta semanas se calculan desde el tiempo de Ciro y su decreto de indulgencia que efectuó la liberación de los cautivos judíos, entonces nos encontraremos con un déficit de cien años y más del número declarado de setenta semanas [sólo setenta y ocho años, según un cálculo más reciente, ya que el decreto de Ciro fue dado en 538 a.C.]. Si contamos desde el día en que el ángel le habló a Daniel, el déficit sería mucho mayor [en realidad no más de unos pocos meses o un año]. Se añade un número aún mayor de años, si se quiere poner el inicio de las semanas al comienzo del cautiverio. Porque el reino de los persas duró doscientos treinta años hasta el surgimiento del reino macedonio; luego los propios macedonios reinaron durante trescientos años. Desde esa fecha hasta el decimosexto (es decir, el decimoquinto) año de Tiberio César, cuando Cristo sufrió la muerte, hay un intervalo de sesenta años [contando desde la muerte de Cleopatra, la última de los Ptolomeos macedonios]. Todos estos años sumados llegan al número de quinientos noventa, con el resultado de que quedan cien años por contabilizar. Por otra parte, el intervalo desde el vigésimo año de Artajerjes hasta la época de Cristo completa la cifra de setenta semanas, si contamos según el cómputo lunar de los hebreos, que no numeraban sus meses según el movimiento del sol, sino según la luna. Pues el intervalo desde el año ciento cincuenta del Imperio persa, cuando Artajerjes, como rey del mismo, alcanzó el vigésimo año de su reinado (y éste fue el cuarto año de la octogésima tercera Olimpiada), hasta la segunda Olimpiada (pues fue el segundo año de esa Olimpiada el decimoquinto año de Tiberio César) viene a ser el gran total de cuatrocientos setenta y cinco años. Esto resultaría en cuatrocientos noventa años hebreos, contando según los meses lunares como hemos sugerido. Pues según su cálculo, estos años pueden estar compuestos por meses de veintinueve días y medio cada uno. Esto significa que el sol, durante un período de cuatrocientos noventa años, completa su revolución en trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, y esto equivale a doce meses lunares para cada año individual, con once días y cuarto de sobra. Por consiguiente, los griegos y los judíos, en un período de ocho años, intercalan tres meses intercalares (*embolimoí*). Pues si multiplicas once días y cuarto por ocho, te saldrán noventa días, que equivalen a tres meses. Ahora bien, si divides los períodos de ocho años en cuatrocientos setenta y cinco años, tu cociente será de cincuenta y nueve más tres meses. Estos cincuenta y nueve más ocho años producen suficientes meses intercalares como para formar quince años, más o menos; y si sumas estos quince años a los cuatrocientos setenta y cinco años, te saldrán setenta semanas de años, es decir, un total de cuatrocientos noventa años».

Pasemos a Eusebio de Cesarea [el famoso historiador de la iglesia], que en el octavo libro de su *Euangelike Apodeixis* [*Preparación para la demostración del Evangelio*]; aventura alguna conjetura como ésta:

«No me parece que las setenta semanas hayan sido divididas sin propósito, en el sentido de que primero se mencionan siete, y luego sesenta y dos, y después se añade una última semana, que a su vez se divide en dos partes. Porque está escrito: “Sabrás y entenderás que desde la emisión de la palabra (orden) de que se conceda la petición y se edifique Jerusalén hasta Cristo Príncipe habrá siete semanas y sesenta y dos semanas”. Y después del resto que relata en la sección intermedia, afirma al final: “Él confirmará un testimonio (pacto) con muchos durante una semana”. Está claro que el ángel no detalló estas cosas en su respuesta sin ningún propósito o aparte de la inspiración de Dios. Esta observación parece requerir un razonamiento prudente y cuidadoso, para que el lector preste atención diligente e indague la causa de esta división. Pero si debemos expresar nuestra propia opinión, de conformidad con el resto de la interpretación que concierne a este contexto presente, en la declaración del ángel: “Desde la emisión de la palabra de que se conceda la petición y se edifique Jerusalén, hasta el tiempo de Cristo Príncipe”, sólo debemos pensar en otros príncipes que tuvieron a su cargo al pueblo judío con posterioridad a esta profecía y posterior al regreso de Babilonia. Es decir, debemos pensar en los *arkhieréis* [sumos sacerdotes] y pontífices a los que la Escritura atribuye el título de *cristos*, por el hecho de haber sido ungidos. El primero de ellos fue Josué [*Jeshua*] el hijo de Josadac, el sumo sacerdote, y luego el resto que tuvo ese cargo hasta el tiempo del advenimiento de nuestro Señor y Salvador. Y es a estos a quienes se refiere la

predicción del profeta cuando afirma: “Desde la emisión de la palabra de que se conceda la petición y se edifique Jerusalén hasta Cristo Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas”, es decir, el propósito es que se cuenten siete semanas, y luego sesenta y dos semanas, que vienen a ser un total de cuatrocientos ochenta y tres años después del tiempo de Ciro. Y para que no parezca que estamos exponiendo una mera conjetura demasiado precipitada y sin comprobar la veracidad de nuestras afirmaciones, hagamos un recuento de los que ejercieron el oficio de cristos sobre el pueblo desde el tiempo de Josué, hijo de Josadac, hasta el advenimiento del Señor; es decir, los que fueron ungidos para el sumo sacerdocio. En primer lugar, como ya hemos dicho, después de la profecía de Daniel, que ocurrió en el reinado de Ciro, y después del regreso del pueblo de Babilonia, Josué hijo de Josadac era el sumo sacerdote, y junto con Zorobabel, hijo de Salatiel, pusieron los cimientos del templo. Y como la empresa se vio obstaculizada por los samaritanos y las demás naciones circundantes, transcurrieron siete semanas de años (es decir, cuarenta y nueve años), durante las cuales la obra del templo quedó inconclusa. Estas semanas están separadas por la profecía de las restantes sesenta y dos semanas. Y por último, los judíos también siguieron este punto de vista cuando le dijeron al Señor en el relato evangélico: “Este templo fue construido en un período de cuarenta y seis años, ¿y tú lo levantarás en tres días?” (Jn 2:20). Porque este fue el número de años que transcurrieron entre el primer año de Ciro, que concedió a los judíos que lo desearon el permiso de regresar a su patria, y el sexto año del rey Darío, en cuyo reinado se terminó toda la obra del templo. [En realidad, las dos fechas implicadas son 538 a.C. y 516 a.C., un intervalo de sólo veintidós años]. Además, Josefo añadió tres años más, durante los cuales se completaron los *periboloi* (recintos) y algunas otras construcciones que habían quedado sin hacer; y cuando se añaden a los cuarenta y seis años, resultan cuarenta y nueve años, o siete semanas de años. Y las sesenta y dos semanas restantes se calculan a partir del séptimo año de Darío. En aquel tiempo Josué, hijo de Josadac, y Zorobabel (que ya había alcanzado la mayoría de edad) estaban al frente del pueblo, y fue en su tiempo cuando profetizaron Hageo y Zacarías. Después de ellos vinieron Esdras y Nehemías desde Babilonia y construyeron las murallas de la ciudad durante el sumo sacerdocio de Joakim, hijo de Josué, que tenía el apellido de Josadac. Después de él, Eliasib añadió a en el sacerdocio, y después Joiada y Johanan. Después de él hubo Jaddua, en cuya vida Alejandro, el rey de los macedonios, fundó Alejandría, como Josefo relata en sus libros de las *Antigüedades*, y realmente vino a Jerusalén y ofreció sacrificios en el Templo. Ahora bien, Alejandro murió en la decimotercera Olimpiada, en el año doscientos treinta y seis del Imperio persa, que a su vez había comenzado en el primer año de la quincuagésima quinta Olimpiada. Esa fue la fecha en que Ciro, rey de los persas, conquistó a los babilonios y caldeos. Tras la muerte del sacerdote Jaddua, que había estado a cargo del templo en el reinado de Alejandro, Onías recibió el sumo sacerdocio. Fue en este período que Seleuco, después de la conquista de Babilonia, colocó sobre su propia cabeza la corona de toda Siria y Asia, en el duodécimo año después de la muerte de Alejandro. Hasta ese momento los años que habían transcurrido desde el gobierno de Ciro, cuando se computan juntos, eran doscientos cuarenta y ocho. A partir de esa fecha la Escritura de los Macabeos computa el reino de los griegos. Después de Onías, el sumo sacerdote Eleazar se convirtió en jefe de los judíos. Ese fue el período en que se dice que los Setenta traductores trajeron las Sagradas Escrituras al griego en Alejandría. Después de él vino Onías II, al que siguió Simón, que gobernaba el pueblo cuando Jesús, hijo de Sirácide, escribió el libro que lleva el título griego de *Panaretos* (*Un hombre completamente virtuoso*), y que la mayoría de la gente atribuye falsamente a Salomón. Otro Onías le siguió en el sumo sacerdocio, y fue el período en que Antíoco intentaba obligar a los judíos a sacrificar a los dioses de los gentiles. Después de la muerte de Onías, Judas Macabeo limpió el Templo y destrozó las estatuas de los ídolos. Su hermano Jonatán le siguió, y después de Jonatán su hermano Simón gobernó el pueblo. A su muerte había transcurrido el año doscientos setenta y siete del reino sirio, y el *Primer Libro de los Macabeos* contiene un registro de los acontecimientos hasta ese momento. Así que el número total de años desde el primer año de Ciro, rey de Persia, hasta el final del *Primer Libro de los Macabeos* y la muerte del sumo sacerdote Simón es de cuatrocientos veinticinco. Después de él Juan [Hircano] ocupó el sumo sacerdocio durante veintinueve años, y a su muerte Aristóbulo se convirtió en jefe del pueblo durante un año y fue el primer hombre después del regreso de Babilonia que asoció a la dignidad del sumo sacerdocio la autoridad de la realeza. Su sucesor fue Alejandro, que también fue sumo sacerdote y rey, y que gobernó al pueblo durante veintisiete años. Hasta este punto, el número de años desde el primer año de Ciro y el regreso de los cautivos que deseaban volver a Judea debe computarse en cuatrocientos ochenta y tres. Este total se compone de las siete semanas y las sesenta y dos semanas, o sea sesenta y nueve semanas en total. Y durante todo este período los sumos sacerdotes gobernaron sobre el pueblo judío, y ahora

creo que son los referidos como príncipes de Cristo. Y cuando el último de ellos, Alejandro, murió, la nación judía se dividió en varias facciones, y fue acosada por sediciones internas en su condición de líder; y eso también hasta tal punto que Alexandra, que también se llamaba Salina, y que era la esposa del mismo Alejandro, tomó el poder y mantuvo el sumo sacerdocio para su hijo, Hircano. Pero ella pasó el poder real a su otro hijo, Aristóbulo, y éste lo ejerció durante diez años. Pero cuando los hermanos lucharon entre sí en la guerra civil y la nación judía se vio envuelta en varias facciones, entonces entró en escena Gneo Pompeyo, el general del ejército romano. Habiendo capturado Jerusalén, penetró hasta el santuario en el templo que se llamaba el Santo de los Santos. Envío a Aristóbulo de vuelta a Roma encadenado, reteniéndolo para su procesión triunfal, y luego dio el sumo sacerdocio a su hermano, Hircano. Entonces, por primera vez, la nación judía se convirtió en tributaria de los romanos. Herodes, el hijo de Antípatro, recibió la autoridad real sobre los judíos por decreto senatorial, después de que Hircano había sido asesinado; y así fue el primer extranjero en convertirse en gobernador de los judíos. Además, cuando sus padres murieron, entregó el sumo sacerdocio a sus hijos, aunque no eran judíos, lo que es totalmente contrario a la ley de Moisés. Tampoco les confió el cargo por mucho tiempo, salvo que le concedieran favores y sobornos, pues despreciaba los mandatos de la ley de Dios.

El mismo Eusebio ofreció también otra explicación, [...] Y así el sentido de su interpretación es este:

«Que el número de años desde el sexto año de Darío, que reinó después de Ciro y su hijo, Cambises — y esta fue la fecha en que se completó el trabajo en el templo—, hasta el tiempo de Herodes y César Augusto se calcula en siete semanas más sesenta y dos semanas, que hacen un total de cuatrocientos ochenta y tres años. Esa fue la fecha en que el cristo [el ungido], es decir, Hircano, siendo el último sumo sacerdote de la línea macabea, fue asesinado por Herodes, y la sucesión de sumos sacerdotes llegó a su fin, en lo que respecta a la ley de Dios. Fue entonces también cuando un ejército romano bajo el liderazgo de un general romano devastó tanto la ciudad como el propio santuario. O bien fue el propio Herodes quien cometió la devastación, después de haberse apropiado, a través de los romanos, de una autoridad gubernamental a la que no tenía derecho. Y en cuanto a la afirmación del ángel: “Porque establecerá un pacto con muchos por una semana, y a la mitad de la semana cesarán los sacrificios y las ofrendas”, debe entenderse así, que Cristo nació mientras Herodes reinaba en Judea y Augusto en Roma, y predicó el Evangelio durante tres años y seis meses, según el evangelista Juan. Y estableció el culto al Dios verdadero con mucha gente, refiriéndose sin duda a los Apóstoles y a los creyentes en general. Y entonces, después de la pasión de nuestro Señor, el sacrificio y la ofrenda cesaron a mitad de semana. Porque todo lo que tenía lugar en el Templo después de esa fecha no era un sacrificio válido a Dios, sino una mera adoración al diablo, mientras todos gritaban juntos: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Mt 27:25); y de nuevo: “No tenemos más rey que el César”.» Cualquier lector que esté interesado puede buscar este pasaje en la *Crónica* de este mismo Eusebio. Pero en cuanto a su afirmación de que el número de años que hay que contar desde la terminación del templo hasta el décimo año del emperador Augusto, es decir, cuando Hircano fue asesinado y Herodes obtuvo Judea, asciende a un total de siete más sesenta y dos semanas, o sea cuatrocientos ochenta y tres años, podemos comprobarlo de la siguiente manera. La construcción del templo se terminó en la septuagésima sexta Olimpiada, que fue el sexto año de Darío. En el tercer año de la centésima octogésima sexta Olimpiada, es decir, el décimo año de Augusto, Herodes se apoderó del gobierno de los judíos. Esto hace que el intervalo sea de cuatrocientos diez y tres años, calculando por las Olimpiadas individuales y computándolas a cuatro años cada una. Este mismo Eusebio informa de otro punto de vista también, que no rechazo del todo, que la mayoría de las autoridades extienden la única [última] semana de años a la suma de setenta años, contando cada año como un período de diez años. También afirman que transcurrieron treinta y cinco años entre la pasión del Señor y el reinado de Nerón, y que fue en esta última fecha cuando las armas de Roma se levantaron por primera vez contra los judíos, siendo éste el punto medio de la semana de setenta años. Después de eso, en efecto, desde la época de Vespasiano y Tito (y fue justo después de su llegada al poder que Jerusalén y el templo fueron quemados) hasta el reinado de Trajano transcurrieron otros treinta y cinco años. Y esta, afirman, fue la semana de la que el ángel dijo a Daniel: «Y establecerá un pacto con muchos durante una semana». Porque el Evangelio fue predicado por los Apóstoles en todo el mundo, ya que sobrevivieron incluso hasta esa fecha tardía. Según la tradición de los historiadores de la Iglesia, Juan el Evangelista vivió hasta la época de Trajano. Sin embargo, no sé cómo podemos entender que las siete semanas anteriores y las sesenta y dos semanas implican siete años cada una, y sólo esta última implica diez años por cada unidad de las siete, o setenta años en total.

Esto es lo que dice Eusebio. Pero Hipólito ha expresado la siguiente opinión sobre estas mismas semanas:

«Cuenta las siete semanas como anteriores al regreso del pueblo de Babilonia, y las sesenta y dos semanas como posteriores a su regreso y que se extienden hasta el nacimiento de Cristo. Pero las fechas no coinciden en absoluto. Si la duración del Imperio persa se calcula en doscientos treinta años, y la del Imperio macedonio en trescientos, y el período posterior hasta el nacimiento del Señor es de treinta años, entonces el total desde el comienzo del reinado de Ciro, rey de los persas, hasta el advenimiento del Salvador será de quinientos sesenta años. Además, Hipólito sitúa la última semana en el fin del mundo y la divide en el período de Elías y el período del Anticristo, de modo que durante los [primeros] tres años y medio de la última semana se establece el conocimiento de Dios. Y en cuanto a la declaración: “Establecerá un pacto con muchos durante una semana” (Dan. 9:27), durante los otros tres años bajo el Anticristo el sacrificio y la ofrenda cesarán. Pero cuando Cristo venga y mate al malvado con el aliento de su boca, la desolación se mantendrá hasta el final.»

Por otra parte, Apollinario de Laodicea, en su investigación del problema, se desprende de la corriente del pasado y dirige sus anhelantes deseos hacia el futuro, aventurando muy inseguramente una opinión sobre asuntos tan oscuros. Y si por casualidad los de las generaciones futuras no ven cumplidas estas predicciones suyas en el tiempo que él fijó, entonces se verán obligados a buscar otra solución y a condenar al propio maestro por interpretación errónea. Y así, para evitar la apariencia de calumniar a un hombre como si hubiera hecho una declaración que nunca hizo, hace la siguiente afirmación:

«Al período de cuatrocientos noventa años han de confinarse los actos malvados así como todos los crímenes que se derivarán de esos actos. Después de esto vendrán los tiempos de bendición, y el mundo será reconciliado con Dios en el advenimiento de Cristo, su Hijo. Porque desde la salida del Verbo, cuando Cristo nació de la Virgen María, hasta el año cuarenta y nueve, es decir, el final de las siete semanas, [Dios] esperó a que Israel se arrepintiera. A partir de entonces, en efecto, desde el octavo año de Claudio César [es decir, el 48 d.C.], los romanos se levantaron en armas contra los judíos. Porque fue en su trigésimo año, según el evangelista Lucas, que el Señor encarnado comenzó su predicación del Evangelio. Según el evangelista Juan, Cristo cumplió dos años en un período de tres pascuas. Los años del reinado de Tiberio a partir de ese momento deben contarse en seis; luego hubo los cuatro años del reinado de Cayo César, apellidado Calígula, y ocho años más en el reinado de Claudio. Esto hace un total de cuarenta y nueve años, o el equivalente a siete semanas de años. Pero cuando hayan transcurrido cuatrocientos treinta y cuatro años después de esa fecha, es decir, las sesenta y dos semanas, entonces [es decir, en el año 482 d.C.] Jerusalén y el Templo serán reconstruidos durante tres años y medio dentro de la semana final, comenzando con el advenimiento de Elías, que según el dictado de nuestro Señor y Salvador va a venir y va a volver los corazones de los padres hacia sus hijos. Y entonces vendrá el Anticristo, y según el Apóstol va a sentarse en el templo de Dios (2 Ts. 2) y será matado por el aliento de nuestro Señor y Salvador después de haber hecho la guerra contra los santos. Y así sucederá que la mitad de la semana marcará la confirmación del pacto de Dios con los santos, y la mitad de la semana a su vez marcará la emisión del decreto bajo la autoridad del Anticristo de que no se ofrezcan más sacrificios. Porque el Anticristo levantará la abominación de la desolación, es decir, un ídolo o estatua de su propio dios, dentro del Templo. Entonces sobrevendrá la devastación final y la condenación del pueblo judío, que después de su rechazo de la verdad de Cristo abrazará la mentira del Anticristo.»

Además, este mismo Apollinario afirma que concibió esta idea sobre la datación adecuada a partir del hecho de que Julio Africano, el autor de *Chronographiai*, afirma que la semana final ocurrirá en el fin del mundo. Sin embargo, dice Apollinario, es imposible que se separen períodos tan vinculados entre sí, sino que los segmentos de tiempo deben estar todos unidos de conformidad con la profecía de Daniel.

El erudito Clemente, presbítero de la iglesia de Alejandría, considera el número de años como una cuestión de poca importancia, afirmando que las setenta semanas de años se completaron con el lapso de tiempo desde el reinado de Ciro, rey de los persas, hasta el reinado de los emperadores romanos, Vespasiano y Tito; es decir, el intervalo de cuatrocientos noventa años, con la adición en esa misma cifra de los dos mil trescientos días de los que hicimos mención anteriormente. Intenta contar en estas setenta semanas las edades de los persas, los macedonios y los césares, a pesar de que,

según el cálculo más cuidadoso, el número de años desde el primer año de Ciro, rey de los persas y los medos, cuando Darío también gobernaba, hasta el reinado de Vespasiano y la destrucción del Templo asciende a seiscientos treinta.

Cuando Orígenes trató este capítulo, nos instó a buscar la información que no poseemos; y como no tenía margen para la interpretación alegórica, en la que se puede argumentar sin restricciones, sino que se limitaba a cuestiones de hechos históricos, hizo esta breve observación en el décimo volumen de los *Stromata*:

«Debemos determinar cuidadosamente el tiempo transcurrido entre el primer año de Darío, hijo de Asuero, y el advenimiento de Cristo, y descubrir de cuántos años se trata y qué acontecimientos se dice que ocurrieron durante ellos. Luego debemos ver si podemos encajar estos datos con el tiempo de la venida del Señor».

Podemos saber lo que Tertuliano tenía que decir sobre el tema consultando el libro que escribió contra los judíos (*Contra Judaeos*), y sus observaciones pueden ser expuestas brevemente:

«¿Cómo, entonces, hemos de demostrar que Cristo vino dentro de las sesenta y dos semanas? Este cálculo comienza con el primer año de Darío, ya que ese fue el momento en que la visión misma fue revelada a Daniel. Porque se le dijo: “Entiende y concluye de la profecía de la orden para que te dé esta respuesta.” [...] De ahí que debamos comenzar nuestro cómputo con el primer año de Darío, cuando Daniel contempló esta visión. Veamos, pues, cómo se cumplen los años hasta el advenimiento de Cristo. Darío reinó diecinueve años; Artajerjes cuarenta años; el Oco que se apellidaba Ciro veinticuatro años; Argo, un año. Luego Darío II, que se llamaba Melas, veintiún años. Alejandro el Macedonio reinó doce años. Y después de Alejandro (que había gobernado sobre los medos y los persas, después de haberlos conquistado, y había establecido su gobierno en Alejandría, llamándola con su propio nombre), Soter reinó allí en Alejandría durante treinta y cinco años, y fue sucedido por Filadelfo, que reinó durante treinta y ocho años. Después de él reinó Euergetes durante veinticinco años, y luego Filopátor durante diecisiete años, seguido por Epífanos durante veinticuatro años. Además, el segundo Euergetes gobernó durante veinte y nueve años, y Soter durante treinta y ocho años. Ptolomeo durante treinta y siete años, y Cleopatra durante veinte años y cinco meses. Además, Cleopatra compartió el gobierno con Augusto durante trece años. Después de Cleopatra, Augusto reinó cuarenta y tres años más. Pues todos los años del reinado de Augusto fueron cincuenta y seis. Y veamos que en el año cuarenta y uno del reinado de Augusto, que gobernó después de la muerte de Cleopatra, nació Cristo. Y este mismo Augusto vivió durante quince años después de la época en que nació Cristo. Y así los períodos resultantes de años hasta el día del nacimiento de Cristo y el cuadragésimo primer año de Augusto, después de la muerte de Cleopatra [en realidad sólo veintinueve años después de la muerte de Cleopatra], llegan a la cifra total de cuatrocientos treinta y siete años y cinco meses. Esto significa que se agotaron sesenta y dos semanas y media, o el equivalente a cuatrocientos treinta y siete años y seis meses, para el día en que nació Cristo. Entonces se reveló la justicia eterna, y fue ungido el Santo de los santos, es decir, Cristo, y se sellaron la visión y la profecía, y se remitieron los pecados que se permiten por la fe en el nombre de Cristo a todos los que creen en él».

Pero, ¿cuál es el significado de la afirmación de que la «visión y la profecía son confirmadas por un sello»? Significa que todos los profetas hicieron la proclamación concerniente a Cristo mismo, diciendo que iba a venir y que tendría que sufrir. De ahí que leamos poco después en este pasaje de Tertuliano: «Los años fueron cincuenta y seis; además, Cleopatra siguió reinando conjuntamente bajo Augusto». Fue porque la profecía se cumplió con su advenimiento que la visión fue confirmada por un sello; y se llamó profecía porque Cristo mismo es el sello de todos los profetas, cumpliendo como lo hizo todo lo que los profetas habían declarado previamente sobre Él. Por supuesto después de su advenimiento y su pasión, ya no hay ninguna visión o profecía que declara que Cristo vendrá [...] Y entonces un poco más tarde Tertuliano dice:

«Veamos cuál es el significado de las siete semanas y media, que a su vez se dividen en una subsección de semanas anteriores; ¿por qué transacción se cumplieron? Pues bien, después de Augusto, que vivió después del nacimiento de Cristo, transcurrieron quince años. Le sucedió Tiberio César, y éste reinó durante veintidós años, siete meses y veintiocho días. En el decimoquinto año de su reinado padeció Cristo, que tenía unos treinta y tres años cuando sufrió. Luego hubo Cayo César, también llamado Calígula, que reinó durante tres años, ocho meses y trece días. [Nótese que el reinado de Claudio de 13 años se omite aquí] Nerón reinó

durante nueve años, nueve meses y trece días. Galba gobernó durante siete meses y veintiocho días; Otón durante tres meses y cinco días; y Vitelio durante ocho meses y veintiocho días. Vespasiano derrotó a los judíos en el primer año de su reinado, con lo que el número de años ascendió a un total de cincuenta y dos, más seis meses. Pues gobernó durante once años, por lo que en la fecha de su asalto a Jerusalén, los judíos habían completado las setenta semanas predichas por Daniel».

En cuanto al punto de vista que los hebreos sostienen sobre este pasaje, lo expondré sumariamente y dentro de un breve compás, dejando la credibilidad de sus afirmaciones a quienes las afirmaron. Así que permitanme exponerlo en forma de paráfrasis para resaltar el sentido más claramente.

«Oh Daniel, debes saber que desde este día en que te hablo (y que fue el primer año de Darío que mató a Belsasar y transfirió el Imperio caldeo a los medos y persas) hasta la septuagésima semana de años (es decir, cuatrocientos noventa años) sucederán a tu pueblo los siguientes acontecimientos por etapas. En primer lugar, Dios será aplacado por ti en vista de la ferviente intercesión que acabas de ofrecerle, y el pecado será cancelado y la transgresión llegará a su fin. Porque aunque la ciudad en este momento yace desierta y el Templo yace destruido hasta sus mismos cimientos, de modo que la nación está sumida en el luto, sin embargo dentro de un tiempo bastante corto será restaurado. Y no sólo sucederá dentro de estas setenta semanas que la ciudad será reconstruida y el Templo restaurado, sino que también nacerá el Cristo [Mesías, Ungido], que es la justicia eterna. Y así se sellará la visión y la profecía, con el resultado de que no habrá más profeta que se encuentre en Israel, y el Santo de los santos será unguido. Leemos sobre Él en el Salterio: «Porque Dios, tu Dios, te ha unguido con aceite de alegría más que a tus compañeros» (Sal. 45:7). Y en otro pasaje dice de sí mismo: «Sed santos, porque yo también soy santo» (Lv. 19:2). Sabe, pues, que desde este día en que te hablo y te hago la promesa por palabra del Señor de que la nación volverá y Jerusalén será restaurada, habrá sesenta y dos semanas contadas hasta el tiempo de Cristo Príncipe y de la desolación perpetua del Templo; y que también habrá siete semanas en las que tendrán lugar los dos acontecimientos que ya he mencionado, a saber, que la nación volverá y la nación será reconstruida por Nehemías y Esdras. Y así, al final de las semanas se cumplirá el decreto de Dios en tiempos angustiosos, cuando el Templo sea nuevamente destruido, y la ciudad llevada en cautiverio. Porque después de las sesenta y dos semanas el Cristo será muerto, y la nación que lo rechazará dejará de existir», o, como los mismos judíos dicen, el reino de Cristo que ellos imaginaron que retendrían ni siquiera será. ¿Y por qué hablo de la muerte de Cristo, y de la pérdida total de la nación de la ayuda de Dios, ya que el pueblo romano iba a demoler la ciudad y el santuario bajo Vespasiano, el líder que iba a venir? A su muerte se completaron las siete semanas o cuarenta y nueve años, y después de que la ciudad de Aelia se estableciera sobre las ruinas de Jerusalén, Aelio Adriano venció a los judíos rebeldes en su conflicto con el general Timo Rufo. Fue en ese momento que el sacrificio y la ofrenda (cesaron y) continuarán cesando incluso hasta la terminación de la era, y la desolación va a durar hasta el mismo fin. No nos impresiona mucho, dicen los judíos, el hecho de que se mencionen primero las siete semanas, y después las sesenta y dos, y de nuevo una sola semana dividida en dos partes. Porque es simplemente el uso idiomático de la lengua hebrea, así como del latín antiguo, que al citar una cifra, se da primero el número pequeño y luego el mayor. Por ejemplo, nosotros no decimos, según el buen uso, en nuestra lengua, «Abraham vivió ciento setenta y cinco años»; por el contrario, los hebreos dicen: «Abraham vivió cinco y setenta y cien años». Así pues, el cumplimiento no ha de seguir el orden literal de las palabras, sino que se cumplirá en función de la suma total, tomada en conjunto. También sé que algunos judíos afirman que, en cuanto a la declaración sobre la semana única, «establecerá un pacto con muchos durante una semana», la división es entre los reinados de Vespasiano y Adriano. Según la historia de Josefo, Vespasiano y Tito concluyeron la paz con los judíos durante tres años y seis meses. Y los [otros] tres años y seis meses se contabilizan en el reinado de Adriano, cuando Jerusalén fue completamente destruida y la nación judía fue masacrada en grandes grupos a la vez, con el resultado de que incluso fueron expulsados de las fronteras de Judea. Esto es lo que los hebreos tienen que decir sobre el tema, prestando poca atención al hecho de que desde el primer año de Darío, rey de los persas, hasta el derrocamiento final de Jerusalén, que les sobrevino bajo Adriano, el período implicado es de ciento setenta y cuatro olimpiadas o seiscientos noventa y seis años, que suman noventa y nueve semanas hebreas más tres años, que es el tiempo en que Bar Kochba [Simón Bar Kocjba, recibido por los judíos como Mesías], el líder de los judíos, fue aplastado y Jerusalén fue demolida hasta los cimientos.

Jerónimo,
Comentario a Daniel

